

Mariano Baptista Gumucio

LA GUERRA DEL CHACO

HISTORIA (GRÁFICA) Y LITERATURA

Con seis cuentos bolivianos y seis paraguayos
sobre el conflicto

Edición, impresión: Comunicaciones El País; La Razón

Diseño y diagramación: Ninel Orozco Grandi, Diseño editorial; La Razón

Depósito legal N° 2066 La Paz.

Quinta Edición

En la carátula: Combatientes bolivianos, óleo de Gil Coimbra

En la contratapa: Caídos en el Chaco, agua fuerte de Raúl Lara

Dibujos insertados en los cuentos, de postales bolivianas de la época, de Roland Kuhule

TERCIANA MUDA Augusto Céspedes

I

Chaco,
Infierno pálido y lejano
que te aproximas a mi lámpara:
quiero hallar
Tu corazón absorto bajo el beso del polvo
o tal vez muerto
En la alambrada de una lluvia negra.
Tu paisaje incurable es una tarde plana
En que giraba el disco
De moscas que rezaban un réquiem
azul-verde
Por los hombres y animales muertos
bajo la corona de espigas
De tu arboleda enferma con terciana
muda.
Olor a deguello, a gasolina,
Y alguna vez también
el santo olor del guayacán
quemaba sueños del otro mundo
Hacia donde se arrastran tus picadas.
Tu llanura... erupción cutánea de
tuscales,
Espectros de una sed
Dilatada hasta la blanca sed de tu
horizonte.
Cuando tu enigma con jaqueca
dormía al sol del pajonal.
(Todo dormía en ti. Sólo la Muerte
despierta nos miraba
con el ojo tuerto de la Brno...)
La sinfonía de tus montes
yacía muerta en brazos
de tus calores amarillos
¡oh, calavera de un verde proyecto
vegetal!
Talado tu destino por sequías
Humanizarte no pudieron los caminos
Arrugados y eternos
Cual tus hembras: la Muerte y la Distancia.
Chaco, país insepulto,



*Torna sedienta
Después de siglos tu alma que se extravió en el monte,
Tu alma
Espejo del agua que no existe
En el fondo de tus jornadas que acaban sin recuerdo.
Monstruo que ibas a no sé dónde,
Siempre al lado del camión,
Plomizo, soñoliento, siniestro y melancólico,
Ya no te irás jamás de nuestro canto.*

II

*Trae la brújula, hermano muerto,
Y orienta el Chaco hacia la vida.
Chaco:
Te contemplo en el atlas de mis sueños
A mi patria clavado como un cardo,
Porque los indios desterrados de los Andes,
caídos debajo de tus árboles,
en un otoño uniforme
con sangre lo regaron.
En la página blanca de tu arena
sombra de buitres escribió tu historia...
y fuiste del Demonio por monedas rojas.
Un batallón de espectros zapadores
fundió sangre
En los altos hornos de tu ocaso.
Te araron gritos y cañones,
Florecieron tus rosas: las heridas
Maduraron tus frutos: las granadas,
¡oh, jardín de suplicios!...
Ya está acabado tu paisaje,
Ya tienes esqueletos de soldados
Bajo los esqueletos de tus árboles.
Ahora eres patria, Chaco,
De los muertos sumidos en tu vientre
En busca del alma que no existe en el fondo de
tus pozos.
Enciende tu cigarro, hermano muerto,
En las pálidas llamas de este infierno.*

*Augusto Céspedes
De "Sangre de mestizos"
1935*

RAZON DE ESTE LIBRO

*A la memoria de José Vallejos Baptista
Caido en Campo Via el 11 de diciembre de 1932
Mariano Baptista Guzmán (+)
Alfonso Gumucio Reyes (+)
Roberto Gumucio Reyes (+)
ex-combatientes de la guerra del Chaco*

En julio del presente año se cumplirán 70 años del inicio de la guerra del Chaco. Ningún acontecimiento en la historia boliviana de este siglo puede compararse a ese conflicto en su intensidad dramática y en sus consecuencias posteriores. Cincuenta mil vidas, tronchadas en su mayoría, en la mocedad, y la pérdida del inmenso territorio chaqueño es el resultado abrumador que arrojó, para Bolivia, la confrontación con el Paraguay.

El Chaco representó la toma de conciencia de la nacionalidad y el detonante de la transformación social boliviana. No solamente acudieron al sudeste hombres de todas las regiones -altiplánicos, vallunos y orientales- sino también de todos los sectores sociales, desde la obrera masa campesina que sostuvo el mayor esfuerzo bélico, hasta los empleados, obreros y estudiantes de las ciudades. Allí se hizo trizas la ficción liberal del país rico -porque fue capaz de permitir que tres personas se hicieran opulentas mientras la mayoría de la población debía contentarse con ingresos de hambre- o democrático- cuando apenas 30.000 a 40.000 personas tenían acceso a la vida política y cultural y la masa indígena permanecía atada a formas feudales de sometimiento y explotación. "Las grandes catástrofes -ha escrito Fernand Braudel- no son necesariamente los artifices pero sí, con toda seguridad, los pregoneros infalibles de revoluciones reales; en todo caso constituyen siempre una incitación a pensar, o más bien a replantearse, el universo". Así sucedió con la generación que volvió del infierno verde, generación que, bajo distintas orientaciones y signos ideológicos, ha dominado la escena contemporánea de Bolivia hasta nuestros días. Desde el Gral. David Toro, hasta el Gral. Alfredo Ovando en 1970, todos los Presidentes bolivianos participaron en el conflicto chaqueño, con excepción de Barrientos, Siles Salinas, Torrez y Banzer, que pertenecen a promociones siguientes.

Todavía mi generación creció bajo el impacto de los recuerdos y evocaciones de los combatientes de esa guerra. En mi caso, recuerdo nítidamente los pocos relatos de mi padre (prefería no recordar lo sufrido) y mis tíos maternos sobre las incidencias que les tocó vivir a casi dos mil kilómetros de distancia de su Cochabamba natal, en medio de los pajonales chaqueños.

Pero han pasado muchos años y a los jóvenes bolivianos que están llegando a su mayoría de edad, preguntarles por el Chaco es como inquirirles sobre la guerra del Peloponeso, tan ajena y lejana les parece. En buena medida, no es culpa de ellos su total ignorancia sobre la historia contemporánea de Bolivia y menos sobre el conflicto chaqueño. Nuestros programas escolares no consideran nece-

sario que los estudiantes del país se interesen en las páginas recientes de la propia historia patria.

Hemos querido remediar en parte esta situación y traer a la memoria, una síntesis sumaria del conflicto chaqueño, ilustrada por las dos pinturas de excombatientes que con el tiempo estarían entre los grandes de la plástica boliviana: Gil Coimbra Ojopi y Cecilio Guzmán de Rojas y las fotografías que por encargo de los Presidentes Salamanca y Tejada Sorzano, tomó Luis Bazoberry. Los mapas corresponden al libro "Masamaclay" de Roberto Querejazu Calvo, la obra más completa y medular que se ha publicado sobre la guerra del Chaco. Las fotografías del lado paraguayo han sido tomadas, con autorización del autor Alfredo M. Seiferheld, quien me obsequió su lujoso libro "Album Gráfico del cincuentenario de la Guerra del Chaco" en Asunción, en 1987, cuando lo visitamos con Luis Ramiro Beltrán, fallecido poco tiempo después víctima del cáncer. Alfredo me confesó que su obra fue inspirada por la mía, que llegó a sus manos gracias a un viajero. Las ediciones anteriores de este libro publicadas por "Ultima Hora", en papel periódico, resultaban muy inferiores a la suya y yo me hice entonces, mentalmente la promesa de reeditar la obra en una edición de mejor calidad, que es la que ahora presenta "La Razón" al público.



Veterano

DIBUJOS DE GIL COIMBRA



Artillería en acción



"Exodo" Parapetí



Apuntadores



Cueca



"Exodo" Charagua

Cuaterros



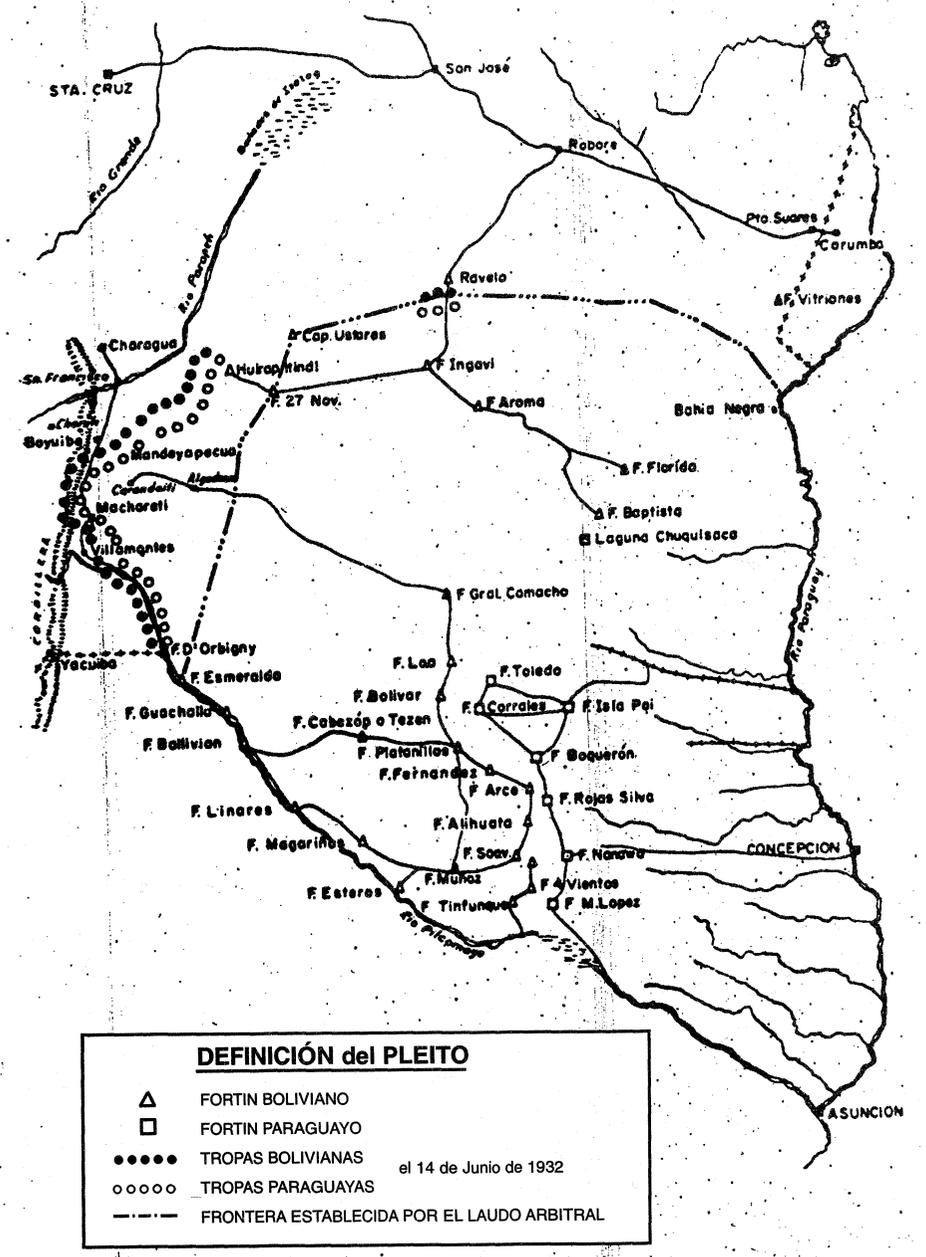
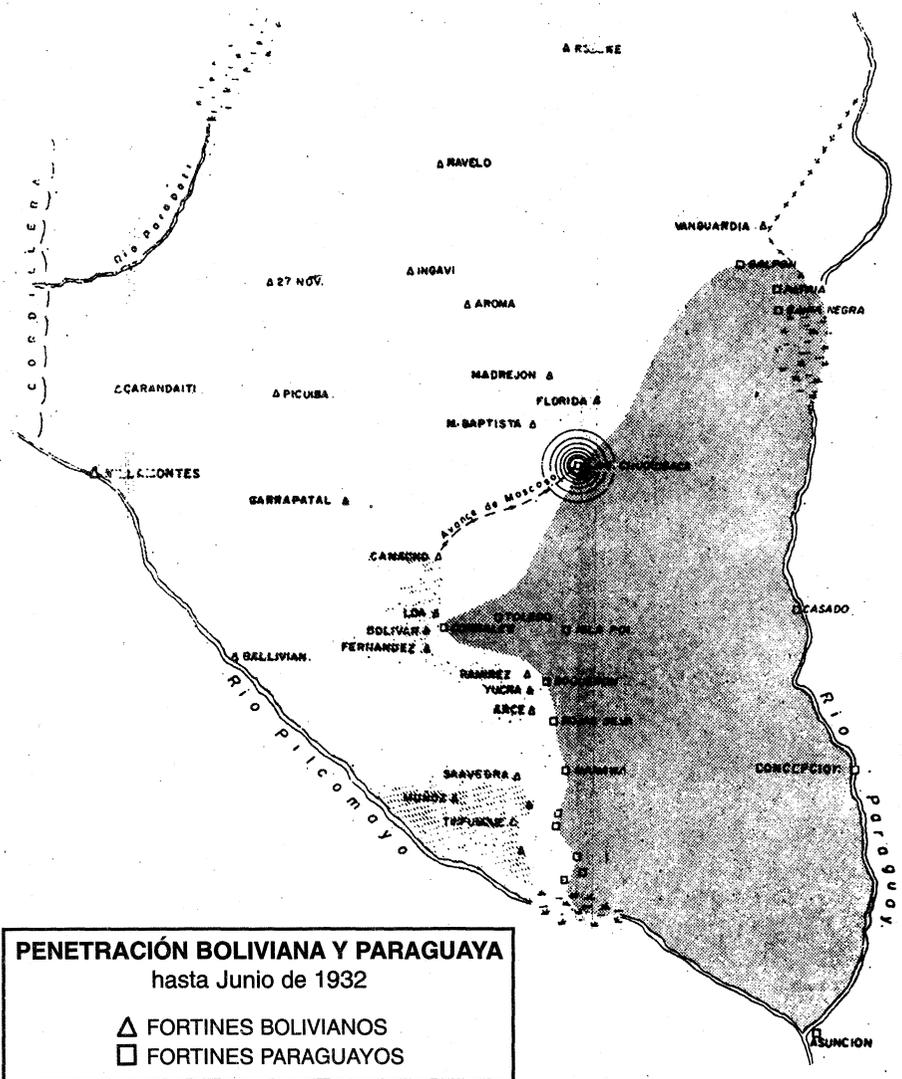
Mostrenco



Fuego y sangre

Un pila





LA PARTIDA





I

La guerra del Chaco partió, como un cuchillo, la historia boliviana del siglo XX, dividiéndola en dos porciones distintas. Sin embargo, la impronta o el germen de los acontecimientos de la post-guerra se remonta al período anterior a la contienda bélica. El conflicto en los pajonales del sudeste fue el formidable catalizador que produjo la crisis de la oligarquía y la insurgencia de las fuerzas populares, originando un vivaz proceso de reforma y contrarreforma, revolución y contrarrevolución, democracia formal y exclusión económica y marginación social, en cuya vorágine seguimos viviendo.

Durante la gestión gubernamental de Hernando Siles hizo crisis el problema de las relaciones boliviano-paraguayas sobre el Chaco, extenso territorio despoblado que pertenecía a nuestro país desde la época de la Audiencia de Charcas, pero que el Paraguay también reivindicaba como propio, por su proximidad. Los afanes paraguayos tenían asidero, inclusive, en los errores de los gobiernos liberales de Bolivia. En 1907 de paso por Buenos Aires, el Ministro de Relaciones Exteriores boliviano, Claudio Pinilla había suscrito con el Canciller del Paraguay, Adolfo L. Soler, un protocolo preliminar, por el que nuestro país renunciaba a extensos territorios, tal protocolo considerado como uno de los más desfavorables a nuestro país, quedó en el papel, hasta la guerra.

Saavedra y Siles, que eran "reivindicacionistas", por oposición al "practicismo" liberal, fundaron algunos fortines en la baja planicie chaqueña. Durante sus gobiernos produjeron incidentes entre soldados bolivianos y paraguayos, pero el mayor problema -como el antecedente inmediato de la guerra del Chaco- fue el ataque paraguayo al fortín Vanguardia, en la parte norte del territorio en cuestión, a fines de 1928. El Presidente Siles ordenó la retoma del puesto militar y como ello no fuera posible, por estar inundada el área, las represalias se cobraron sobre el fortín paraguayo Boquerón, en la parte centro-sur. El régimen boliviano denunció la agresión al mismo tiempo, a la Comisión de Conciliación y Arbitraje de la Unión Panamericana más conocida como la Comisión de Neutrales, pidiendo su intervención para resguardar la paz. La acción diplomática de Siles evitó la escalada belicista con la firma de un acta de conciliación entre los países involucrados.

Obreros latinoamericanos, bajo la inspiración de la III Internacional, celebraron una Conferencia continental contra la guerra, cuya resolución central señalaba que, en caso de conflagración, no ganarían los pueblos de Bolivia o del Paraguay, sino la Standard Oil -norteamericana- o las empresas argentinas ubicadas en suelo paraguayo "y tras de las que se halla el imperialismo inglés". La Conferencia planteó la fraternización de los trabajadores de ambos países y la lucha contra el peligro de guerra mediante una "declaración de guerra a los imperialistas". En marzo de 1931, a sus 63 años, Salamanca se sentaba finalmente en la silla presidencial.

Ideólogo del librecambio en la semicolonía era el “hombre símbolo” pues durante treinta años, desde su retiro cochabambino o en las cámaras, había fustigado implacablemente a los regímenes de turno, reclamando entre otras cosas, la pureza del sufragio. Sus credenciales eran la honradez y la devoción a las instituciones republicanas y su austeridad era proverbial en un vecindario como el cochabambino, “de vecinos epicúreos, escépticos y socráticos”, como calificara Augusto Céspedes a sus coterráneos. Tan solo una vez había llegado antes al gobierno, como Ministro de Hacienda del Presidente Pando, y en tal carácter aprobó y defendió en las Cámaras el Tratado de Petrópolis, cediendo al Brasil la extensa zona del Acre, acto que a juicio de Céspedes, incubó en su ser un complejo de culpa, complejo del que trataría de liberarse, 30 años más tarde, “pisando fuerte en el Chaco”. Otra clave para entender la sombría personalidad de Salamanca es la de su salud. “Nació con un mal orgánico –dice el mismo autor– signo nefasto de una existencia condenada a la enfermedad y a sus inseparables compañeras Soledad y Austeridad. Sus hadas madrinas le hicieron los dones de la posición social, la riqueza y la inteligencia, pero, como en el cuento de Perrault, el hada que no había sido invitada se vengó donándole una estenosis del píloro que convertía el acto cotidiano de comer en un sufrimiento”. Jamás reía y siempre vestía de negro, guardando un silencio distante y misterioso. Formidable orador, en sus arengas se sobreponía a sus malestares físicos, conmoviendo a sus partidarios y amedrentando a sus enemigos.

Salamanca impulsó, sobre el papel, los ambiciosos planes de penetración en el Chaco, elaborados por el Estado Mayor, más la penuria económica fiscal, los desbarató. Mientras el gasto público alcanzaba, aquel año, a 35 millones de bolivianos, los ingresos llegaban solamente a 15 millones, cubriéndose el saldo con emisiones monetarias del Banco Central. En la medida en que se acrecentaba su desprestigio y sufría derrotas internas, el Presidente se volvía más arrogante y meditabundo, retornando a su antiguo belicismo. Un belicismo que tenía una base asombrosamente endeble: apenas 1.200 soldados bolivianos que debían proteger 400 kilómetros de frente, ante la penetración paraguaya, con unos cuantos pozos de agua, y senderos completamente precarios.

En su obra **El último jirón de la patria**, escrita después del conflicto, Bautista Saavedra analizaría duramente otro de los factores en el que debió haberse pensado antes de afrontar el desafío “En cuanto a la deficiencia profesional de los señores militares –decía el viejo caudillo republicano– no hay mucho que decir. Al comienzo del conflicto bélico habían en Bolivia veintiún generales, incluso el general Montes, y ninguno era capaz de manejar y dirigir un ejército, menos una guerra. Es que todos ellos carecían de instrucción, ciencia y práctica militares. Salidos casi todos del Colegio Militar, a donde iban a parar todos los jóvenes indóciles a la educación paterna, los indómitos para el estudio, aquellos que desde temprana edad eran reacios a toda disciplina y buenas costumbres, ese centro no podía ser sino un seminario de fracasados y de candidatos a la disipación. Los gobiernos pusieron muchos y solícitos cuidados para que ese plantel fuera hogar de cultura y moral, pero, en manos de jefes militares que no velaron porque el reuniese condiciones educativas siquiera a medias no llegó nunca a ser

selección de futuros soldados de honor y trabajo. ... Salidos del seminario militar y desparramados por los cuarteles, no se preocupaban de completar su espíritu militar ni ilustrar su inteligencia. Después de las faenas cotidianas de carácter usual, el juego, las diversiones, las jaranas y las mujeres eran sus habituales ocupaciones. ¿Es que con tales elementos podía ganarse la guerra? ¿Es qué tal composición militar podía formar un ejército capaz de defender el honor y la integridad territoriales?”

Tales fueron los antecedentes y los días que precedieron el desencadenamiento de la tragedia.



Coronel Manuel Marzana

EL CIEGO DE BOQUERON

Avelino G. Nogales.
Preciso es haberle escuchado a Terán para comprender la nobleza de ese corazón de patriota. Terán Clavijo cuenta su desgracia con desgarradora tristeza, pero cuando se siente verdaderamente conmovido es al comprender que no volverá al Chaco, donde parece haber dejado toda su alegría. Terán Clavijo, señor, cuando se le narran acciones de guerra de nuestros hermanos que triunfan; olvida su desgracia al escuchar hazuñas de nuestros aviadores. Su corazón aun palpita, al llamado del deber y del heroísmo.
¡Alma de temple admirable! Hoy atacado de una dolencia cardíaca, se ha retirado a la provincia de Ayopaya.

Proyectamos una colecta y se rifará un cuadro de arte, para proporcionarle los medios económicos que alivien la pobreza de ese hogar, donde falta el trabajo del hijo y sólo su madre anciana, se afana por sostenerlo. Terán, quería labrarse un porvenir de descanso con su trabajo honrado. Hoy, que a la Patria, ha ofrendado tan nobles anhelos, debemos aliviar su pobreza, con respetuosa gratitud; más aún, debemos sentirnos orgullosos de él.

Todo pueblo culto honra a sus buenos hijos. Cochabamba lo es y Terán lo merece.

RAQUEL AYAVIRI GONZALEZ



Boquerón, grupo de oficiales



El comandante de la división con tropas en Boquerón

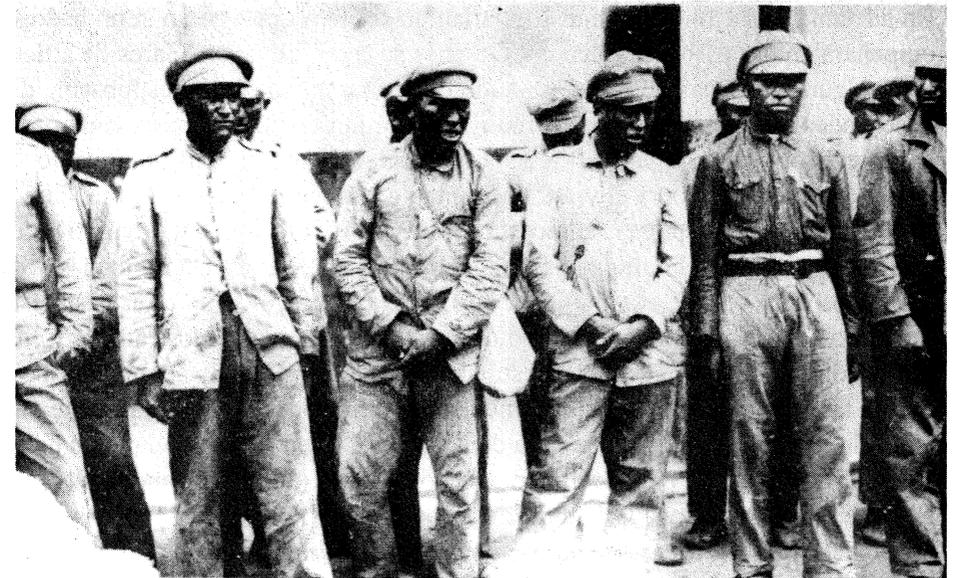


Fusil ametralladora "Brno" cubriendo una senda

II

El triángulo formado por los ríos Paraguay, Pilcomayo y Parapetí, en el sudeste del territorio boliviano, constituía de acuerdo a los límites de la Audiencia de Charcas, nuestro Chaco Boreal: una tierra avara, de flora magra y espinosa, que la canícula castigaba de día y el frío de noche. En 1935, el médico y polígrafo Jaime Mendoza publicó **El macizo andino**, libro de socio- geografía que es una de las obras capitales para entender la realidad física de Bolivia. Según Mendoza, el Chaco no es sino una prolongación de las estribaciones andinas sobre la ribera oriental del río Pilcomayo. "El Chaco es hijo de los Andes", es su afirmación concluyente.

En su poema "Tierra Sedienta", Raúl Otero Reiche describió así la naturaleza chaqueña: *Tierra seca y salobre, retostada de ocasos/ que atormentan las fiebres y enrojecen las savias/ de los bosques enjutos, retorcidos de angustia;/ silenciosos y tristes quebrachales oscuros./ Sed profunda, insaciable, de las pampas estériles,/ sin senderos, sin huellas, sin un surco de agua./ desoladas, inmóviles, grandes sabanas grises,/ que atirantan los vientos trasmontados del sur. Torturada y quemada, pobre tierra sufrida/ que ahora gimes y tiembles bajo el rudo dominio/ del dolor, de la ira, de la envidia, del odio / y ante el rojo deshiele de las lunas de sangre/ Al final, cuando el grito de amenaza se rompa y el silencio derrame sus caudales de estrellas/ tus boscajes que hoy arden en el trágico incendio/ quedarán para siempre con sus ramas en cruz.*



Soldados bolivianos capturados en Boquerón y trasladados a Asunción

Cuatro décadas después de los hechos escribió Roberto Prudencio: "La nación "vivió" el suceso más por sus consecuencias que por su presencia lancinante y horrible. Sólo los soldados la vivieron realmente: fue como una guerra colonial en nuestro propio territorio; una guerra en un suelo desconocido y hostil; una guerra en un predio lejano, más lejano que si fuera extranjero, una guerra en un paraje despoblado; una guerra en una tierra estéril; una guerra en un planeta gris, donde ni la sangre era roja, sino terrosa y sucia; una guerra en un mundo sin vida, a no ser la de los insectos y serpientes; una guerra en un lugar sin paisaje y sin tiempo... una guerra sin odio, porque fue una guerra sin amor. Ningún soldado boliviano amaba a la tierra por la cual luchaba y por la cual moría. El Paraguay, la nación adversaria, nos era ajena, no teníamos ningún conocimiento de ella. No había pues porque odiarla. Y la guerra misma no nos enseñó a odiar. Hoy mismo la idea que tenemos del Paraguay es en extremo simple y esquemática. Conocemos algo de su música: las polcas paraguayas que agradan a nuestro pueblo. Y sabemos algo más del Paraguay: que se quedó con el Chaco, es decir con las hormigas, con las arañas y con las serpientes. Eso es todo".

Pero Bolivia, además de perder ese inmenso territorio poblado de alimañas, que sirvió de osario a noventa mil jóvenes, no logró tampoco el único objetivo que habría paliado en cierta medida la carnicería: un puerto sobre el río Paraguay para romper la angustiante asfixia de la mediterraneidad impuesta por Chile desde 1879.

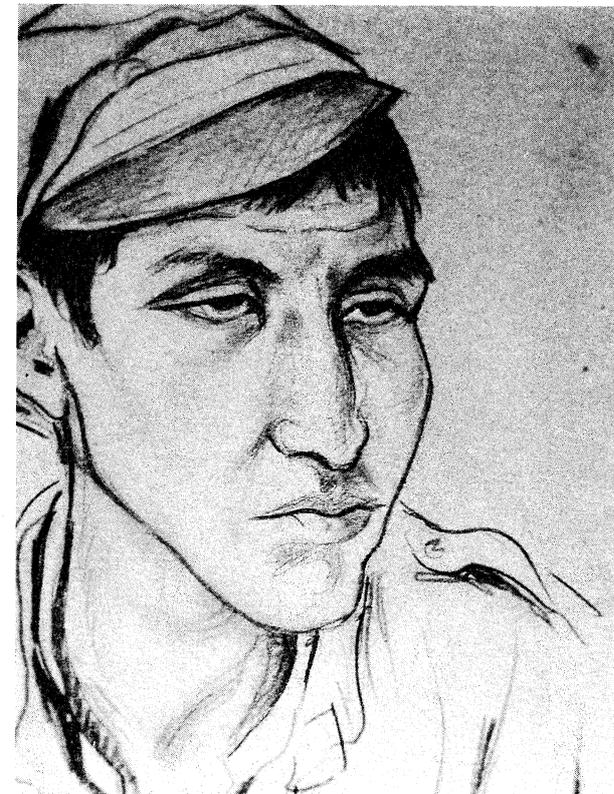
En tal escenario surgió la guerra, como la pústula que se forma de una insignificante picadura, de incidentes entre las patrullas bolivianas y paraguayas. Los afanes de exploración y asentamiento de ambas partes, eran patentes. Uno de esos incidentes sirvió de motivo para que el Presidente Salamanca rompiera relaciones con el Paraguay.

En adelante, los acontecimientos tomarían un ritmo propio, como si un hado se empeñara en dar paso a la tragedia. Después se escribirían centenares de artículos y algunas decenas de libros tratando de probar quien fue el responsable del desencadenamiento de la guerra. Inútil y bizantino empeño cuando cada paso, cada omisión, cada iniciativa, llevaba ineluctablemente al confrontamiento. Y empezó la movilización y el viaje interminable, en tren, en camión, a pie, durante semanas, a veces meses, como sucedió con los soldados del Beni. "De las montañas gélidas de la altipampa andina, de los valles entre las montañas y de los llanos del oriente, -escribe Roberto Querejazu Calvo- acudieron hasta este territorio siniestro los pobladores indios, mestizos y blancos de los campos y ciudades bolivianas. El contraste les resultaba absoluto y brutal. Su adaptación a ese medio tan extraño les era difícil y muchos sucumbían física y moralmente aún antes de enfrentar la realidad misma de la guerra". El ejército boliviano no había sido entrenado nunca para actuar en terreno boscoso. Su desventaja resultó evidente. en el curso de toda la campaña. Su punto más vulnerable estaba en su poca resistencia y la sed fue causa predominante en los desastres de Campo Grande, Campo Vía, Cañada Tarija, Cañada El Carmen y Picuiba.

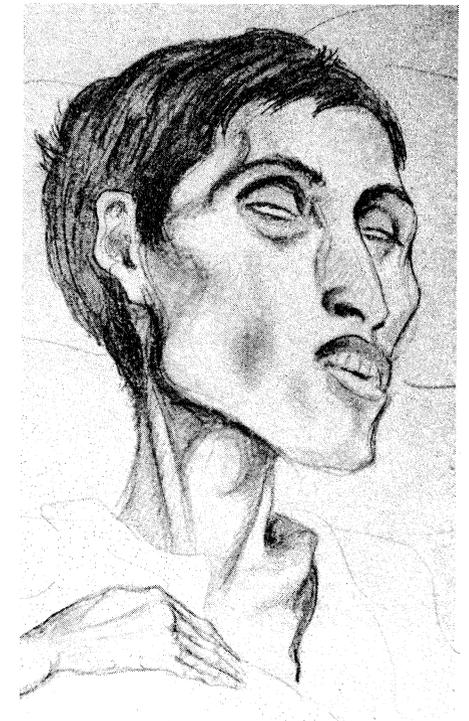
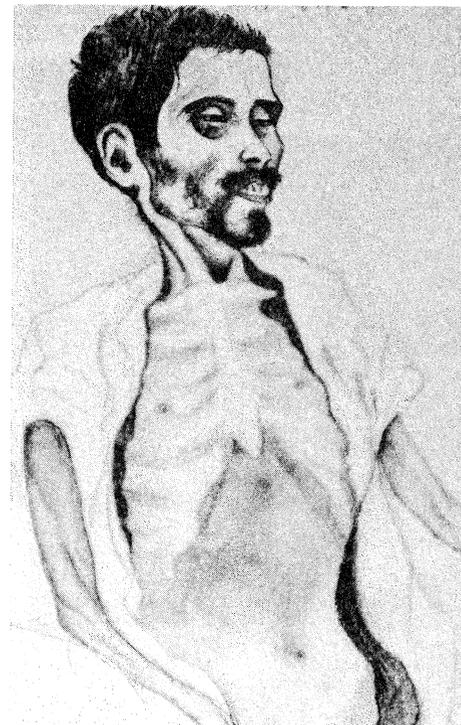
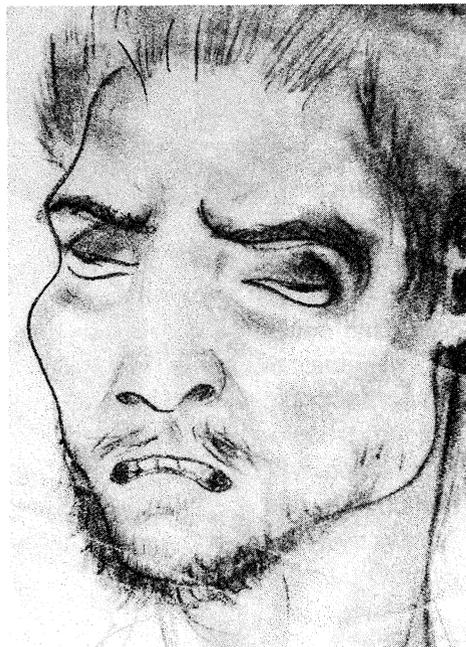
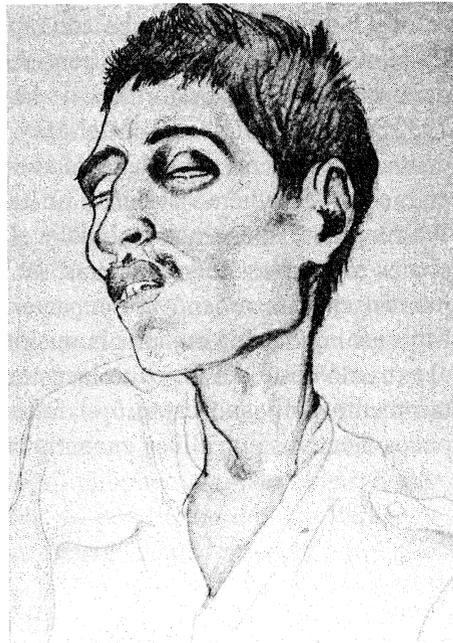
El organismo del combatiente boliviano, acostumbrado al clima seco y frío de las alturas, donde la transpiración es escasa, al sentir la canícula. del llano cha-

queño se deshidrataba fácilmente y claudicaba hasta la muerte en dos o tres días sin agua. Su naturaleza de montañés, acostumbrada a los espacios abiertos, sufría de claustrofobia al verse rodeada de ramas y troncos. Mientras el soldado boliviano se veía perdido entre la maraña el soldado paraguayo, habituado al calor y la selva se desplazaba con rapidez y habilidad felinas".

En el afán de cubrir la región central del territorio boliviano del Chaco, cerrando la brecha entre los fortines de las Divisiones Tercera y Cuarta, en abril de 1932, un avión piloteado por el Mayor Jorge Jordán descubrió una gran laguna cubierta de vegetación y llena de aves acuáticas. Era un oasis líquido milagroso en medio del sediento desierto. En este momento, la Comisión de Neutrales de Washington dispuso que Bolivia y el Paraguay señalen con precisión las posiciones avanzadas de sus fuerzas, de manera que el Estado Mayor General de nuestro ejército ordenó la ocupación urgente del gran lago. El Mayor Oscar Moscoso, que debía cumplir la misión después de una marcha de 20 días, llegó al extremo oeste del depósito lacustre. En la madrugada del 15 de junio, el destacamento boliviano capturó el fortín paraguayo, ahuyentando sin bajas a los pocos efectivos que allí se encontraban.



**EL FEO ROSTRO DE LA GUERRA EN EL LAPIZ DE
CECILIO GUZMÁN DE ROJAS**



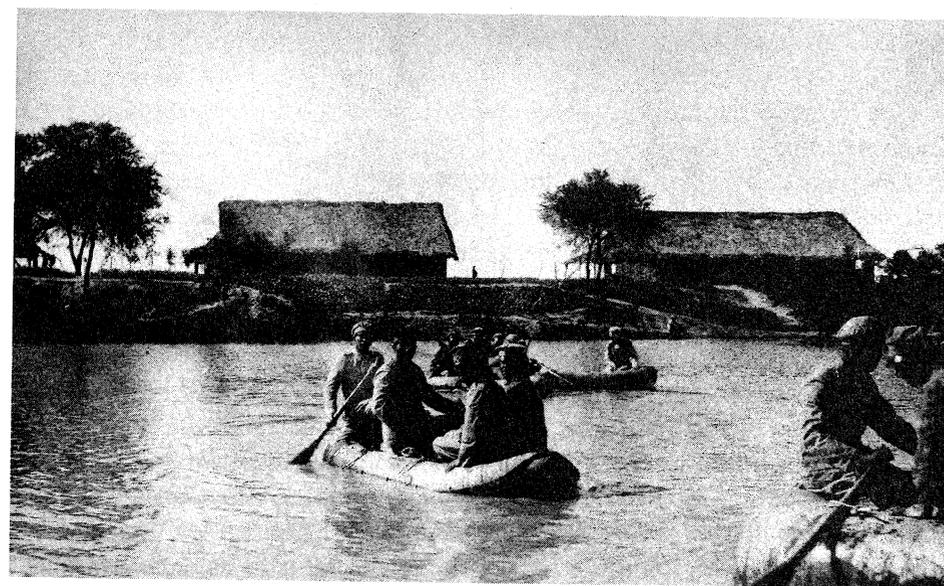
Salamanca se alarmó por la magnitud del hecho, y por las circunstancias desfavorables que se presentaban. La Comisión de Neutrales había propuesto un pacto de no-agresión, que Bolivia aceptó. El Presidente mandó la desocupación del puesto capturado, orden que el General Filiberto Osorio transmitió formalmente por la vía regular, el Coronel Enrique Peñaranda representó la disposición de Salamanca e informó erróneamente a la superioridad sobre la ubicación exacta del campamento boliviano denominado fortín Santa Cruz. En realidad entre este puesto y el fortín paraguayo Carlos Antonio López había sólo una corta distancia. Los partes bolivianos llamaron Chuquisaca a la laguna grande que el Paraguay habla bautizado con el nombre de Pitiantuta, cuando la descubrió y se instaló a su vera en 1931.

La opinión presidencial terminó por ceder a las razones castrenses de manera que el destacamento boliviano recibió instrucciones de mantenerse en la ribera oeste. Más cuando se produjo la esperada represalia de las tropas paraguayas el Mayor Moscoso tuvo que replegarse debido que estaba en una posición muy aislada a tres o cuatro días de camino del fortín más próximo.

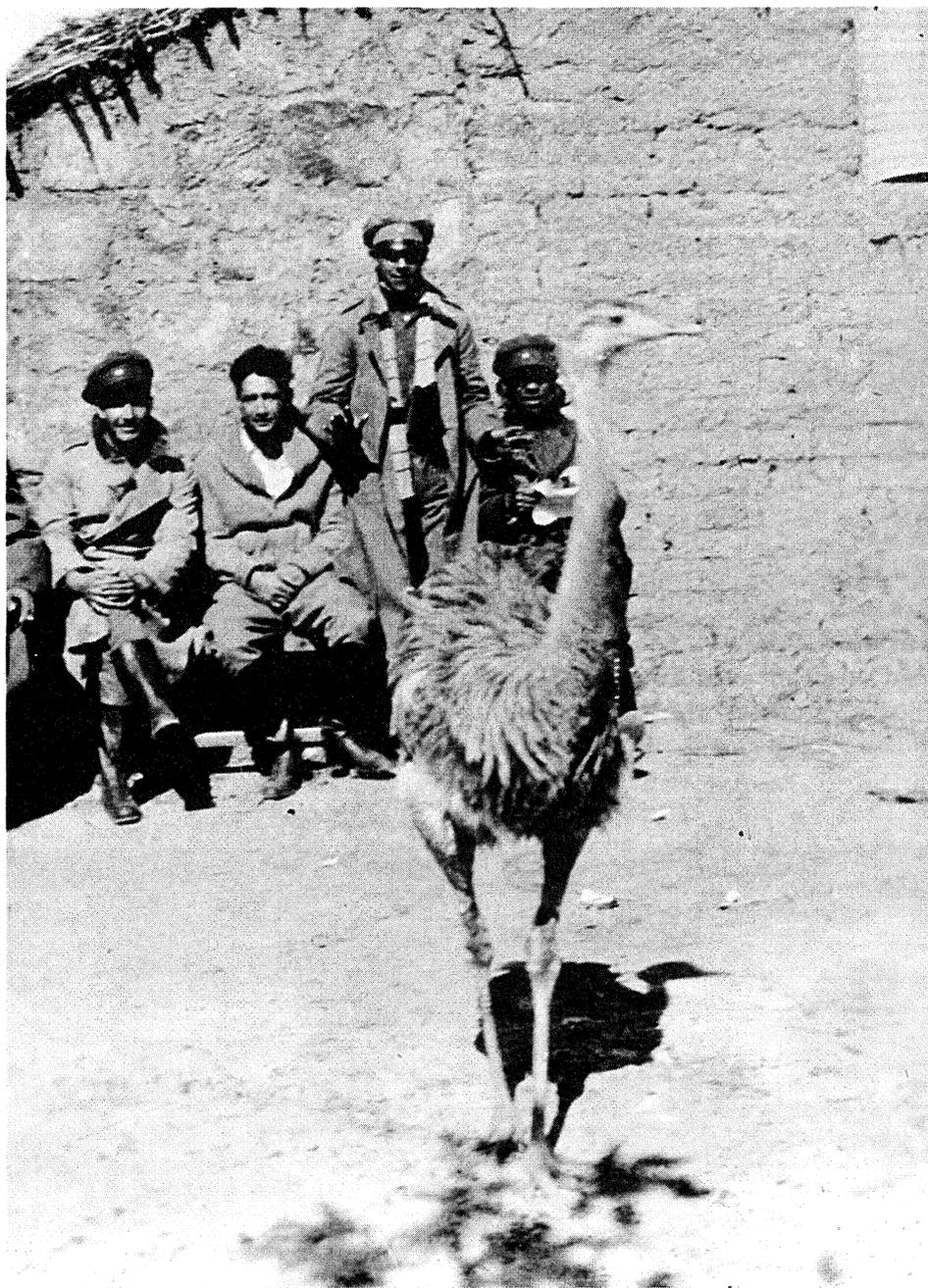
Este hecho originó otra disputa con cambio de papeleta. El jefe del E.M.G. propuso que el conflicto de la laguna Chuquisaca-Pitiantuta se sometiese a un arreglo diplomático, en tanto que el jefe del poder ejecutivo ordenó que se tomaran contra-represalias, luego de zanjar el desacuerdo con la aceptación de la renuncia del General Osorio. Al nuevo comandante designado Salamanca le dijo: "Ejecute la orden, si hay en ello algún mérito será suyo, si surgen responsabilidades serán mías".



1er. Batallón Reg. Campos Saavedra



Ejercicio de paso de río



Un pío, variedad criolla del Ñandú, mascota del ejército

III

Muchos intelectuales suscribieron una declaración que coincidía con las posiciones belicistas del Gobierno. Los enemigos de la guerra, como José Aguirre Gainsborg, Ricardo Anaya y Porfirio Díaz Machicao, en cambio, fueron detenidos en Cochabamba junto con la plana mayor del movimiento obrero. Los afortunados salieron al destierro, pero los menos tuvieron que marchar a la primera línea a morir por las balas enemigas o ser ejecutados por los pelotones de fusilamiento. Esta última suerte corrió, en el curso de la contienda, el joven poeta Raúl de Bejar, que fue fusilado por negarse a disparar sobre los paraguayos, a quienes consideraba sus hermanos de clase. Seguirían otros fusilamientos a desertores e "izquierdistas" (llamados así por dispararse en la mano o el pie izquierdos en la esperanza de ser evacuados).

Las desarmonías en la cúpula del gobierno y del alto mando se produjeron cuando Bolivia se encontraba en lo más hondo de la crisis económica. Un nuevo tipo de cambio, que estableció un trato preferencial para el grupo privilegiado de la gran minería, causó la repulsa del pueblo, cuyas condiciones de vida fueron agravadas. Una manifestación, realizada en La Paz, con la concurrencia de obreros, estudiantes, artesanos y comerciantes establecidos (dañados por la medida gubernamental), que encabezó la FOT, exigió pan, trabajo y la terminación del dominio de Patiño, Hochschild y Aramayo. El régimen estableció el depósito obligatorio del 65% de las divisas extranjeras provenientes de las exportaciones, casi exclusivamente de productos básicos minerales.

En tanto la prensa paraguaya magnificaba el potencial bélico boliviano cual si nuestro país se hubiese preparado cuidadosamente para el conflicto, cuando en verdad el gobierno pudo conseguir 20 camiones de los 400 que pedía el ejército para la movilización.

El gobierno paraguayo, presidido por Eusebio Ayala creyó que las acciones sucedidas en la laguna conflictiva acabarían, como en el caso del fortín Vanguardia, en un arreglo diplomático, por lo que indicó a la Comisión de Neutrales su deseo de que se reanudasen las tratativas sobre el pacto de no-agresión. Grande fue la sorpresa del Paraguay, cuando el ejército boliviano, mediante un operativo comandado por el Coronel Peñaranda, tomó los fortines de Corrales y Toledo, que eran las avanzadas de la penetración paraguaya. Al mismo tiempo, la tropa del Teniente Coronel Luis Emilio Aguirre tomó el fortín Boquerón, si bien este jefe murió poco después de resultar de una grave herida. Desde el punto de vista táctico-militar pudo suponerse que lo conveniente era seguir la progresión de las contrarepresalias, empero, el Presidente Salamanca, mandó la suspensión de las operaciones bélicas. Al parecer, juzgaba que las fuerzas armadas del Paraguay serían incapaces de devolver los golpes y se resignarían a sentarse en la mesa de conferencias. La captura de fortines débiles por Bolivia significaba muy poco. El alto mando paraguayo, encabezado por el Coronel Félix Estigarribia, estaba en Isla Poi organizando un ejército numeroso y bien templado, enteramente apto para pelear en la llanura ardiente. En cambio, durante toda la contienda, los hombres de trincheras de Bolivia fueron, en su

mayoría, los indios y los mestizos del bajo pueblo, esto es, los "pongos" de las haciendas y los indígenas comunarios, los cholos artesanos, asalariados y subproletarios. El gobierno de Salamanca, utilizó un sistema de enrolamiento compulsivo, que no fue más que una extensa cacería humana, en la que la prepotencia de los grupos armados hizo estragos en la gente humilde. Los campesinos huían de sus lares y se "emboscaban" en la espesura de la selva y entre los riscos de la montaña. Boquerón estaba solamente a 60 kilómetros de Isla Poi, la ciudadela militar repleta de tropas, talleres, vehículos y pertrechos distante, a su vez, 80 kilómetros de la punta de rieles del ferrocarril a Puerto Casado. Desde el centro neurálgico paraguayo, en septiembre de 1932, cinco mil soldados guaraníes marcharon sobre Boquerón, que se hallaba guarnecido por apenas 1.200 efectivos bolivianos.

El mes anterior, Salamanca, al leer su mensaje al Congreso Nacional, se refirió nuevamente al comunismo como amenaza real en el país y, en un "post scriptum", rechazó el llamamiento de los Neutrales a cesar las hostilidades y devolver al Paraguay los fortines tomados. Dijo el Presidente: "Los neutrales por consentimiento nuestro no ejercían más que los buenos oficios admitidos por el Derecho Internacional y que podían poner su benévola influencia para allanar dificultades a fin de llevar a los contendientes a un entendimiento. Ahora se alzan con el papel de tutores y jueces y pretenden tomar el conocimiento de nuestros asuntos ejerciendo una jurisdicción que no les hemos conferido". Esta torpeza fue como una invitación a la gran ofensiva paraguaya.

El primer punto boliviano en caer fue el puesto Tejerina. Más, la defensa y la caída de Boquerón fue la acción más notable del primer período de la guerra. La guarnición boliviana se encontraba a cargo del Teniente Coronel Manuel Marzana, quien recibió la orden superior de resistir el ataque de los efectivos paraguayos hasta el último cartucho y el último hombre. Las arremetidas de los adversarios fueron detenidas por certero fuego de los soldados bolivianos, que dando frustrada su táctica -relámpago. El ejército combatiente del Paraguay optó por el sitio, evitando que los defensores de Boquerón fueran abastecidos de agua, alimentos y municiones. Los intentos de romper el cerco desde afuera resultaron vanos, excepto el de un reducido grupo dirigido por el Capitán Víctor Ustarez, que burló la vigilancia enemiga. Este oficial murió, poco después, durante una misión de reconocimiento.

Mientras los sitiadores se reforzaban con nuevas tropas, armas y abastecimientos, la situación de los bolivianos se hizo difícil, a tal punto que, además del racionamiento de los víveres, se hizo el de proyectiles. Los soldados tenían órdenes de disparar solo sobre blancos visibles y accesibles. A una semana del encierro, la tropa boliviana no tenía alimentos más que para un día. La mayor parte de los bultos arrojados desde aviones, conteniendo munición, quedaron inutilizados por el impacto. Los heridos carecían de los elementos farmacéuticos más elementales. Hubo, no obstante, suficiente coraje como para repeler una embestida paraguaya, esta vez de 9.000 soldados. Ante un estado desesperado semejante, la orden elaborada por un cónclave de jefes militares en Muñoz, que decía: "Diez días más de inquebrantable resistencia y la victoria será nuestra", era una

orden ya ridícula, ya espeluznante. ¡No había munición ni para un combate de horas!

Obsesionado por el tormento de la sed, como todos los que han escrito sobre el Chaco, Augusto Roa Bastos, en su novela **Hijo de Hombre** ofrece la mejor imagen de lo que fue Boquerón y sus defensores;

"No menos de diez mil hombres -relata el novelista paraguayo- y un enorme despliegue de material, se disponen a yugular el bastión acorralado, que parece tener siete vidas como los gatos. Lo sentimos en realidad como un gran tigre hambriento y sediento, sentado sobre los cuartos traseros, relamiéndose sus heridas, invisible dentro del monte en llamas, pero capaz todavía de saltar al fin, por encima de la trampa que le hemos tendido, para desintegrarse en la embriaguez de cósmica violencia que lanza a las fieras más allá de la muerte ...

"La batalla de Boquerón no lleva trazas, ni remotamente, de llegar a su fin. El ímpetu del ataque ha vuelto a agotarse en sí mismo. Boquerón es un hueso duro de digerir. El movimiento peristáltico de nuestras líneas trabaja inútilmente para deglutirlo. Hay algo de magia en ese puñado de invisibles defensores, que resisten con endemoniada obcecación en el reducto boscoso. Es pelear contra fantasmas, saturados de una fuerza agónica, mórbidamente siniestra, que ha sobrepasado todos los límites de la consunción, del aniquilamiento, de la desesperación. De muchacho, un día mi padre me mandó sacrificar un gato enfermo y agusanado. Lleno de repugnancia, no supe sino meterlo en una bolsa y me puse a acuchillarlo ciegamente con un machete, hasta que se me durmieron los brazos. La bolsa se deshizo y el animal destripado, salió dando saltos ante mí hipnotizado aturdimiento, perforándome el vientre con sus chillidos atroces".

Después de 23 días de cerco, el 29 de septiembre, salieron de Boquerón unos emisarios con banderas blancas, para parlamentar, pero las avanzadas paraguayas, creyendo que era una rendición formal, no tuvieron obstáculo en ingresar al fortín. Los paraguayos no podían concebir que tan pocos defensores hubieran causado tanto estrago. El cuadro que vieron era conmovedor: 20 oficiales y 446 soldados harapientos y esqueléticos, más una centena de heridos gangrenados, que se revolcaban sobre sus miasmas. Después del desastre boliviano de Boquerón, el propio Presidente del Paraguay reconoció la bravura de los sitiados.

EL ADVERSARIO



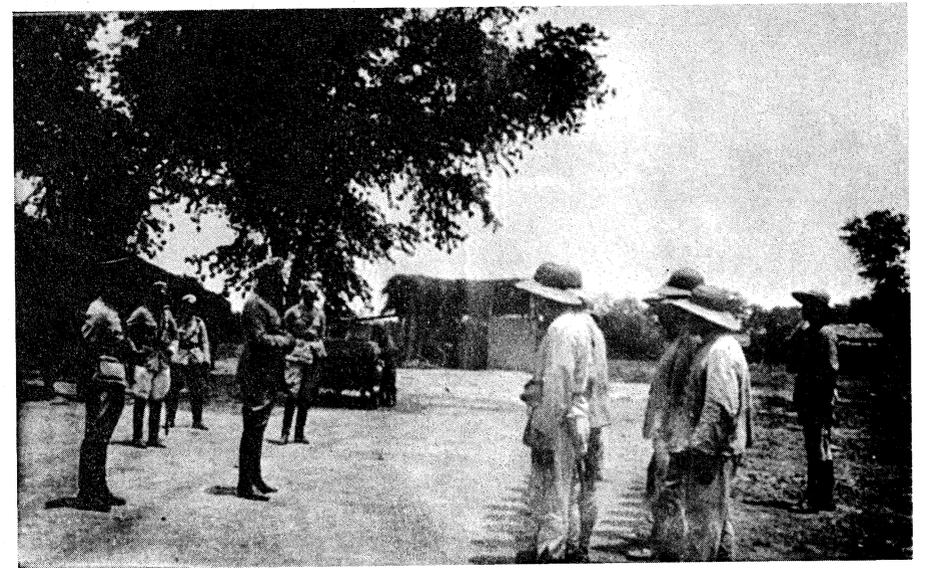
Los paraguayos en sus propias trincheras



Soldado paraguayo abatido de un balazo



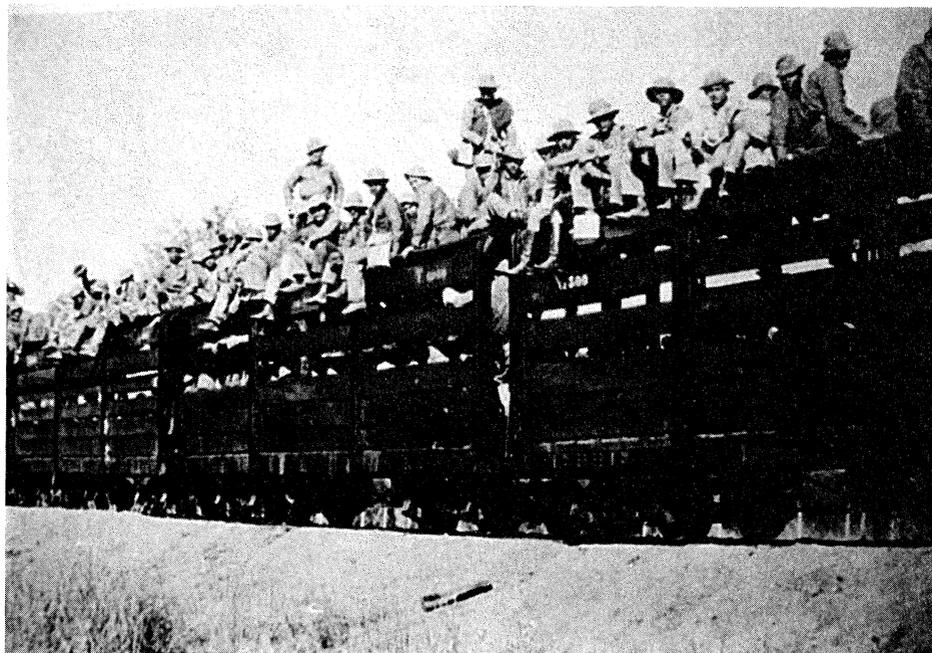
Paraguayo caído en el asalto a Villamontes



Soldados en ropa de agricultores, Paraguay



Tropa paraguaya en Nanawa



Las tropas paraguayas movilizadas alcanzaban, vía río Paraguay puerto Casado, punto desde donde eran llevadas por tren hasta el Km. 145 de la vía férrea (punto riel). El traslado hasta el cuartel de Isla Poi (Villa Militar), se hacía a pie o en camiones. El ferrocarril de Casado, realizaba tres a cuatro viajes por día, transportando alrededor de mil soldados por jornada, cuando así requerían las urgencias de la lucha



La ayuda que el gobierno argentino del General Agustín P. Justo prestó al Paraguay, entregándole nafta, fuel oil y kerosene a más de municiones y pertrechos fue fundamental el éxito de sus armas. En una gráfica, un depósito de combustible paraguayo, a retaguardia



En Boquerón, el Paraguay empleó sus recursos en armamentos, capturando las primeras piezas de importancia. Aquí un oficial paraguayo con dos ametralladoras pesadas, al término de la lucha



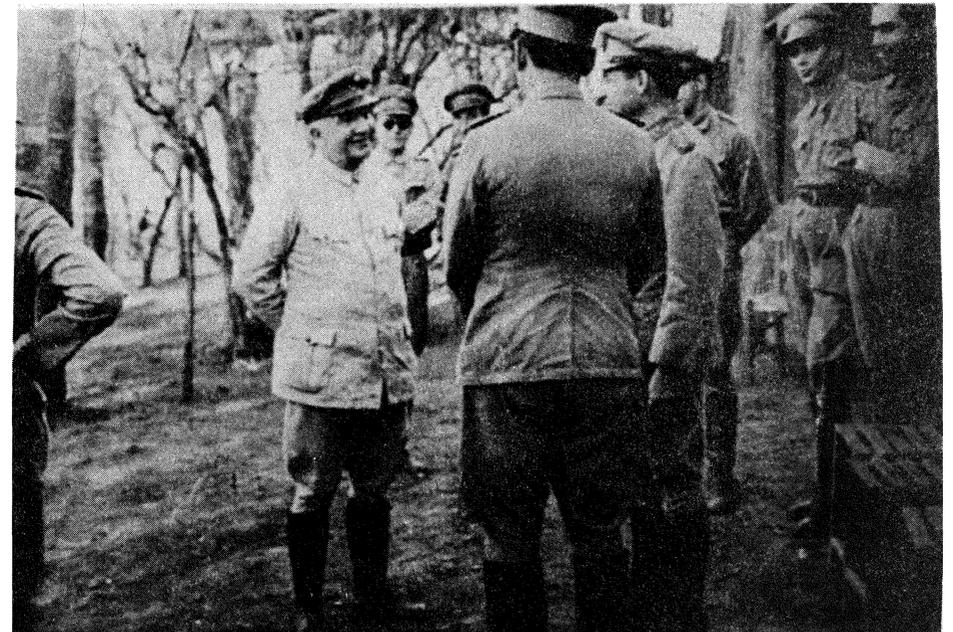
Listos para marchar al frente (Paraguay)



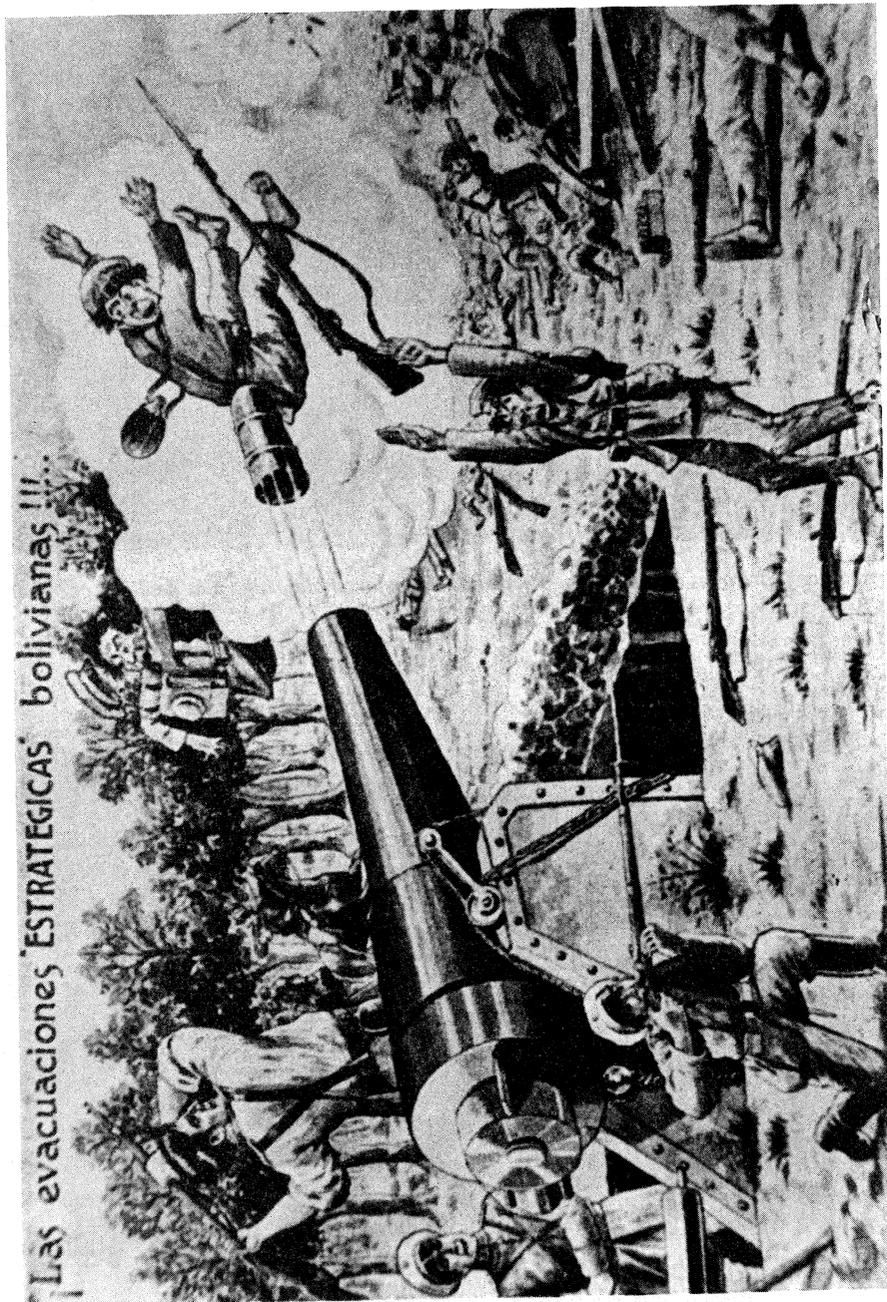
Carrocerías fabricadas en Asunción, por pedido de los arsenales, algo más de 2.300 carrocerías



El presidente paraguayo Eusebio Ayala, le entrega una carta a su hijo de su madre, Marcelle Durand de Ayala



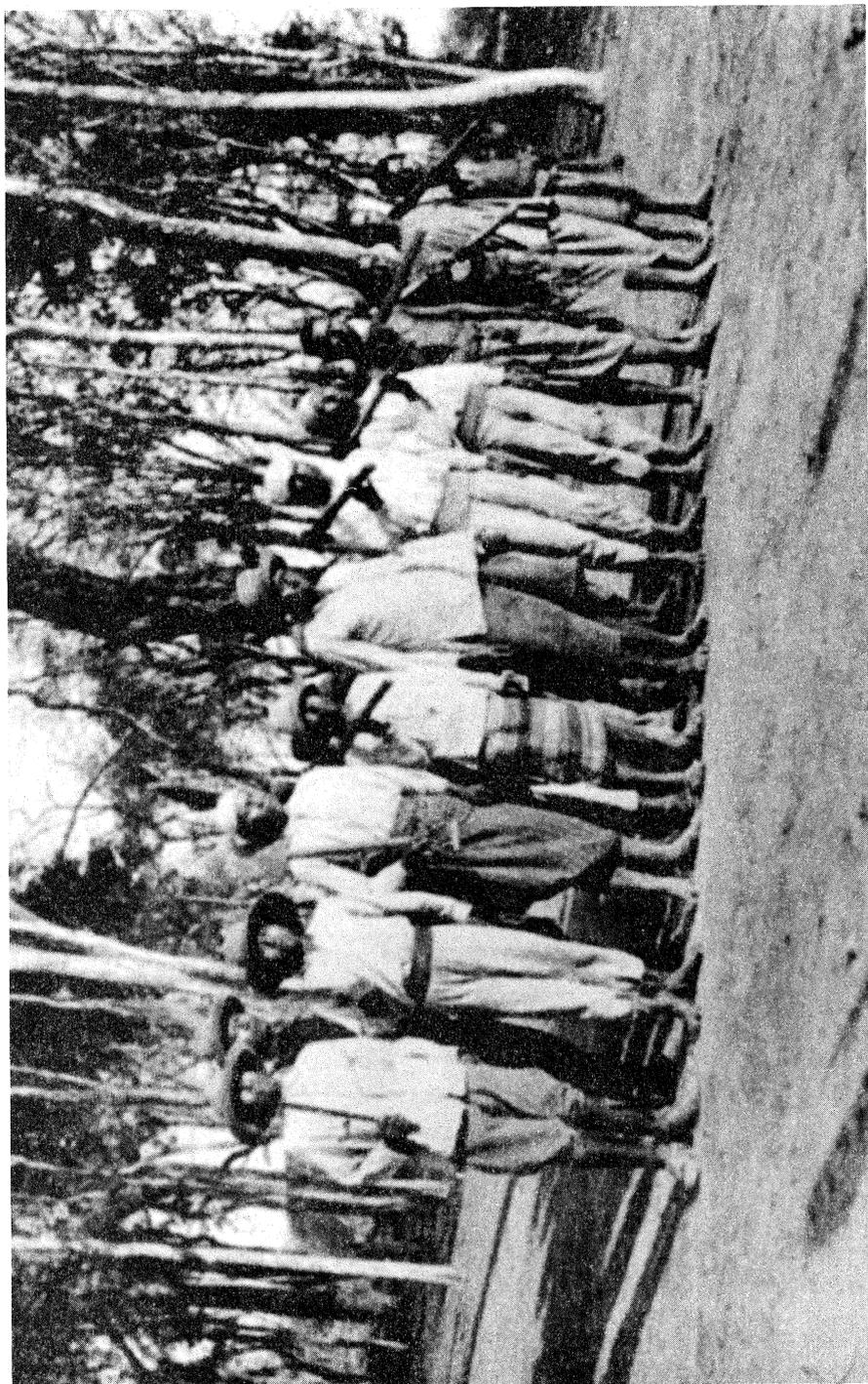
Ayala y Estigarribia se complementaron sin roces durante la guerra, a diferencia del Presidente boliviano Daniel Salamanca, cuyos desacuerdos eran frecuentes con los generales Hans Kundt y Enrique Peñaranda, ambos comandantes en jefe durante su presidencia



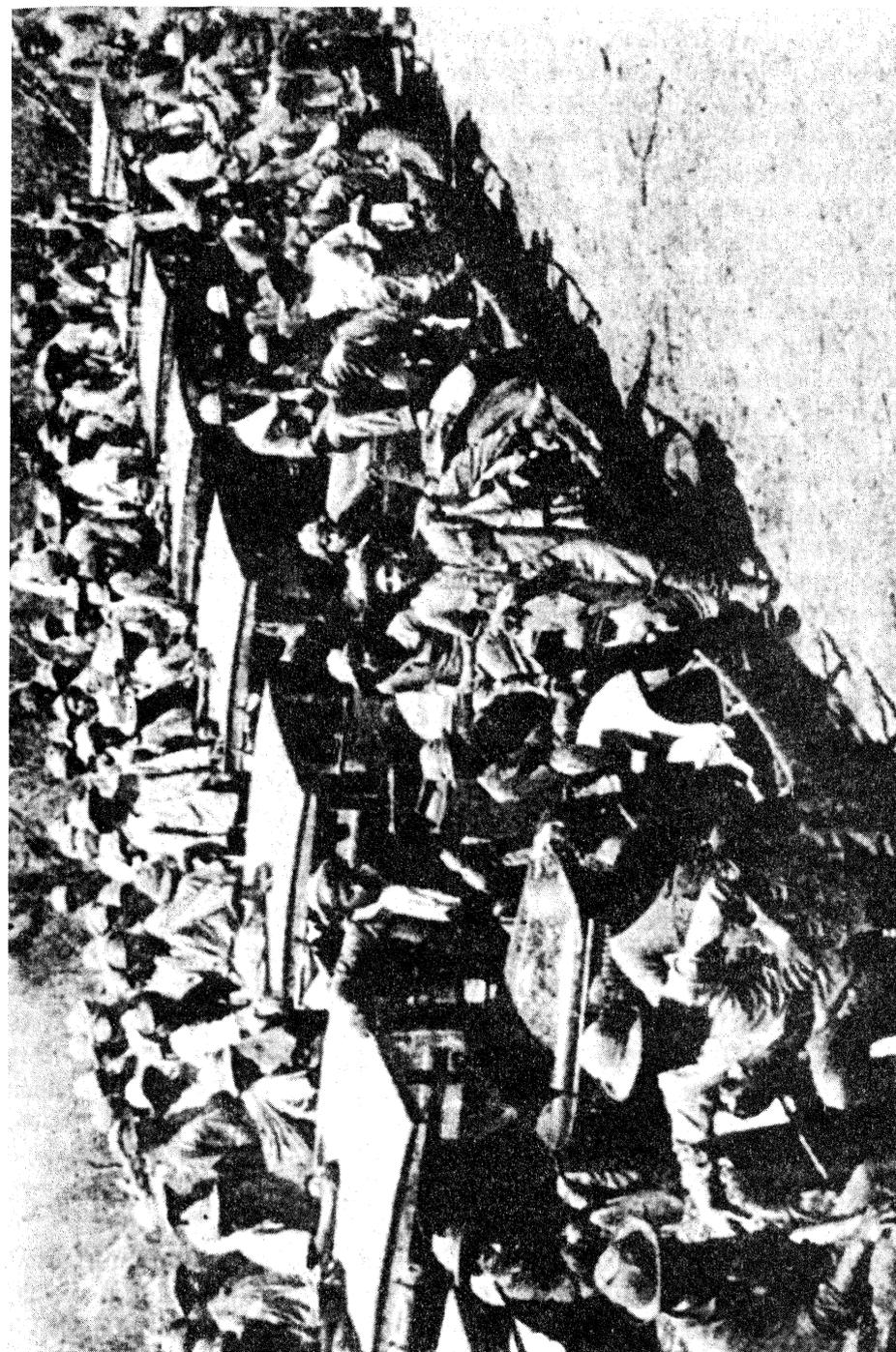
En el Paraguay alguien concibió plasmar tarjetas numeradas, con todas las características de las postales de la época



El modelo Ford fué preferido por el ejército paraguayo



Sección zapadores paraguayos N° 1, Fortín Arce



Transporte de prisioneros paraguayos

IV

La mala conducción de las operaciones militares corría paralela a la mala conducción de la política, influyéndose mutuamente una sobre otra. Salamanca, cuyo Olimpo estaba por encima del común de los mortales, prefirió rodearse de un gabinete unipartidista de republicanos genuinos, devolviendo un ministerio a Demetrio Canelas, lo que no había de hacer ninguna gracia a las cámaras. Los pedidos de unión nacional, o reducidos a los partidos tradicionales, para hacer frente a la emergencia bélica, sonaban a los oídos del Presidente como subversión. El diario liberal "El Tiempo" de Cochabamba, que sostuvo esa consigna y pidió amnistía general, fue clausurado. La represión contra el movimiento obrero y contra las fuerzas de izquierda recrudecieron e, incluso, se ampliaron hasta la oposición permitida. En el terreno internacional, el gobierno boliviano seguía desestimando las iniciativas de la Comisión de Neutrales.

De parte de Bolivia, se encaró toda la contienda, de principio a fin, con una discordia permanente entre el alto mando militar y Salamanca, cuya capacidad era motivo de sarcasmo de los oficiales. El Presidente, mapas en mano, se puso a dirigir la guerra, subalternizando al E.M.G., que tampoco era una maravilla. véase, por ejemplo, este telegrama: "A CICE. Muñoz.- Toda actividad para atacar o avanzar contra adversario o contra sus posiciones debe ser previamente consultada a Esmayoral objeto confirmarle autorización Capitán General-Osorio JEMG". De Salamanca, dice Augusto Céspedes: "Clavaba banderitas en un territorio metafísico sobre el que volaba como en sueños, sorteando las contradicciones. .." El poder civil y el poder militar llegaron al extremo de tener, cada uno por su lado, sus correspondientes objetivos estratégicos discrepantes. Luego de Boquerón, el pleito del gobierno y el alto mando bolivianos se hizo más vivo. Una manifestación belicista de la oposición liberal saavedrista - Bautista Saavedra fue siempre un furibundo crítico de Salamanca desde posiciones guerreras- pidió la renuncia del Presidente y el regreso del teutón Hans Kundt que había dirigido en períodos anteriores al ejército boliviano.

Otra contra-manifestación oficialista atacó "La República", diario de los saavedristas y apedreó las casas de los jefes políticos opositores. El poder ejecutivo se puso a descubrir conspiraciones "extremistas" para aumentar la dosis de la represión, aprovechándose del pretexto para implantar la temida Ley de Defensa Social. Así, quedó destruido lo que quedaba del movimiento laboral, y las cárceles y el exilio se llenaron de disidentes, se implantó la censura de prensa y se determinó que no habría más sindicalismo que el destinado al mutualismo y la beneficencia. .

Salamanca quiso desviar los dardos de la crítica opositora sobre la conducción de la guerra hacia los militares, llamando a Kundt, que estaba en Europa, para reemplazar al Jefe del E.M.G. La Cámara de Diputados había aprobado una resolución en ese sentido, haciéndose eco de la exasperación pública por el mal manejo que hacían los militares de la campaña. Esta determinación de poner un extranjero a la cabeza del ejército boliviano, alborotó la opinión castrense. Desde Muñoz, sede del Comando Superior de las fuerzas en campaña, el

General Carlos Quintanilla y el Coronel David Toro con la anuencia de una mayoría de jefes y oficiales de la 4a. y 7a. División enviaron a La Paz una comunicación terminante, que decía:

"1.- Ejército combatiente sabe que único responsable situación actual es Gobierno, cuya actitud y propaganda guerrista contrastó con lentitud y falta previsión para dotar y organizar Ejército, con la anticipación que requería para responder esa política, habiendo por contrario desatendido las más premiosas necesidades del Ejército reduciéndole incluso efectivos. 2.- Presidente de la República y Gabinete obligaron al Ejército iniciar operaciones precipitadamente y a destiempo, con propósitos exclusivos obtener éxitos efectistas que respondían sólo fines política interna. 3.- Presidente de la República asumió de hecho dirección operaciones coartando libertad Comando Militar que vióse obligado a supeditar sus exclusivas atribuciones para dar paso órdenes Gobierno. 4.- Ejército hallase convencido que destitución Jefe de Estado Mayor General, en actuales momentos, constituye grave ofensa a su honor y dignidad ante propios y extraños ya que expresa concretamente que la situación actual débese sólo a ineptitud Comandos. 5.- Vista razones expuestas, Ejército sigue reconociendo autoridad General Osorio y demás Comandos que no podrán ser cambiados, hállanse dispuestos desconocer órdenes Gobierno siempre que ellas afecten a puntos que indican. 6.- Ejército créese capacitado para seguir defendiendo honor nacional en puesto deber, con fe inquebrantable en éxito final".

La respuesta del gobierno, para ganar tiempo, fue apenas un llamado a la reflexión al principal jefe firmante. Pasada la tormenta el General Quintanilla, fue destituido. En el campo político Salamanca hizo una finta para soslayar la exigencia de un gabinete de concentración nacional, invitando a algunas personalidades de la oposición, como a individuos, pero la maniobra fracasó, recibiendo un voto de enérgica discrepancia de la Cámara de Diputados. Las tropas paraguayas que reconquistaron Boquerón fueron reforzadas hasta llegar a 13.000 efectivos, en tanto que el ejército boliviano contaba con unos 4.000 hombres, moral y materialmente cansados y repartidos en distintos fortines del Chaco. Salvo la primera movilización, de las clases de 1927-31, en que hubo un considerable porcentaje de estudiantes y jóvenes profesionales, el ejército boliviano en campaña se compuso de "repetes", es decir de la carne de cañón indígena. Los soldados aimaras y quechuas, atragantados por el idioma de los blancos, ansiaban satisfacer su hambre pidiendo la repetición del rancho. La comida diaria consistía en una lagua de maíz, a la que se le añadía cualquier cosa, preparada en latas de gasolina deshechadas. Los oficiales tenían ocasionalmente una ración de carne de conserva en lata, que les provocaba más sed. Muchos soldados morían de empacho por la harina del árbol de toborochi, que resulta indigerible. De pedir más rancho les vino el calificativo de "repetes". ¡Quien podía exigirles patriotismo a esos hombres salidos de las fincas donde vivían sometidos a instituciones que provenían de la colonia española, sin retoque alguno. Semi-esclavizados, ajenos no solamente a la cultura impresa, sino incluso al idioma oficial del país? Cuando algún oficial de buena voluntad trataba de inculcar en los flamantes soldados, la obligación que tenían de defender su tierra, no faltaba algu-

no que con lógica aplastante le contestara en tartajante español que ellos no tenían tierra, que la tierra era de los patrones y que por tanto aquellos debían ocuparse de defenderla, si tanto la querían. Mi padre me solía contar la anécdota, de la que fue protagonista, con uno de sus soldados quechuas con el que tenía la familiaridad suficiente como para que, en una oportunidad, cuando le instruyó que disparara su arma sobre el enemigo invisible en el monte, el conscripto le replicó sabiamente. que era mejor no hacerlo, porque, del otro lado del frente, podían replicarles con la misma moneda. El enemigo paraguayo al que desconocía totalmente, era equiparado en su mente de campesino cauteloso, con una alimaña a la que era mejor no perturbar para no encolerizarla.

La mayoría de los soldados provenía de las alturas andinas con sus noches de frío siberiano que habían tenido que recorrer hasta dos mil kilómetros para enfrentar una naturaleza absolutamente hostil y llena de alimañas y donde el calor fluctuaba entre los 40 y 50 grados, llevándolos a las alucinaciones o hasta la locura.

El Tte. Coronel Carlos Soria Galvarro ofrece este retrato del soldado indígena boliviano:

"Serenos, impenetrables, de sensibilidad embotada, faltos de conocimientos geográficos hasta la total ignorancia, esclavizados, subyugados por el patrón, por el soez mando del corregidor y la artera y repugnante expoliación del cura rural ¿que podía saber de lo que era la guerra con el Paraguay?.. Fue arrancado de su pasividad primitiva y conducido a los cuarteles para cambiar su rudimentaria vestimenta por el uniforme del soldado. Luego, acaso por primera vez, venció distancias en montón dentro de carros de ferrocarril, cruzando el altiplano y hubo de caminar hacia el llano chaqueño a pie, fusil al hombro, con los ojos azorados, descubriendo un nuevo paisaje que pasmaba su febril fantasía, bajo el castigo del hambre y de un sol tórrido, desfalleciente por los nuevos usos a que había sido sometido como "repete"... Más por sumisión que por convencimiento, se improvisó miliciano y venció enfermedades, luchó contra alimañas y pudo llegar frente a un enemigo a quien no conocía ni le guardaba odio ni rencor. Y a la voz de mando de sus superiores, juguete de su propio destino, combatió, muchas veces con bravura, porque en él se despertaba de improviso el hombre primitivo, cruel y sanguinario; otras por instinto de vida y las más de las veces por obedecer la voz de mando Y así la guerra fue sacrificada y a la vez absurda, con un ejército compuesto en gran parte de indios del altiplano, señores de la sierra, domadores de la montaña y en el valle profundo pobres pingajos de carne humana, con el espíritu a rastras por el temor estúpido a la selva enmarañada e inviolada".

El mayor paraguayo Antonio E. González, añade este juicio: "Aún con las trabas que pesaban sobre él, fue un gran soldado... En general el soldado boliviano, de una u otra raza, era sufrido, abnegado y valiente... No era cruel, pero si indiferente al dolor ajeno. En la defensa era temible..., en el ataque actuaba con empuje feroz. Agachaba la cabeza y avanzaba bajo fuego de ametralladoras a trote vivaz y rápido. Apenas existía fuerza humana capaz de detenerlo".

El siguiente objetivo de Estigarribia fue la toma del fortín Arce, un puesto ade-

lantado boliviano. que resultó fácil por una nueva confusión de banderas blancas. La ofensiva paraguaya obligó a las tropas bolivianas a abandonar los puestos de Yujra y Castillo. Los peores enemigos resultaron ser la insolación, la sed y la gangrena. Acerca de la captura de Arce, el comentarista militar chileno Aquiles Vergara Vicuña, expresa que "3.000 hombres armados, que mantenían en rehenes a sus oficiales, huían por caminos y sendas y a través de la maraña acosados por el hambre, la sed y el terror". Unos pocos defensores que mantenían la disciplina, pudieron sacar lo transportable e incendiar el campamento de la Mula Muerta, delante de Arce.

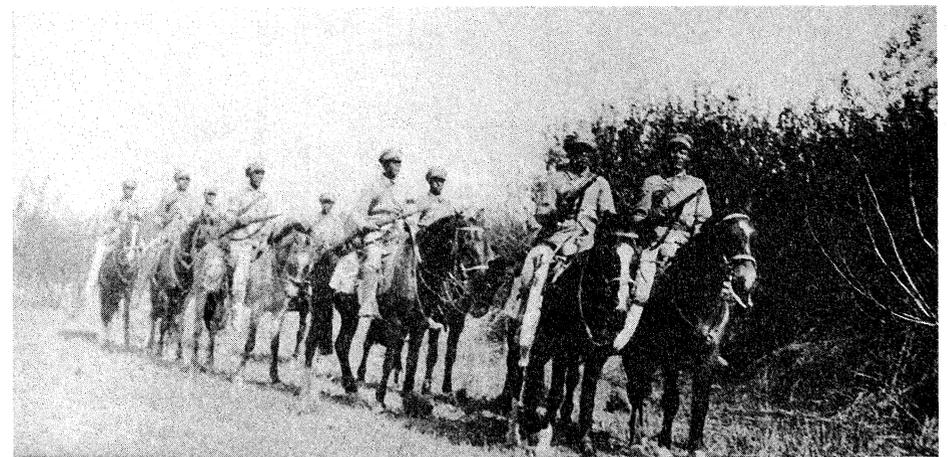


Disparando morteros

EL FRENTE DE BATALLA



Un observatorio



Ejercicio de exploración



Tropas y comando en una "picada"



Miles de combatientes tuvieron por fosa apenas un trozo de tierra. Otros tuvieron la muerte en el espantoso arenal



Todos se ayudan en la muerte: paraguayos y bolivianos volvieron al polvo que fueron. Pero habían fertilizado el Chaco en su sangre y ligado un mensaje al mañana. Un mensaje de paz y sin guerras.



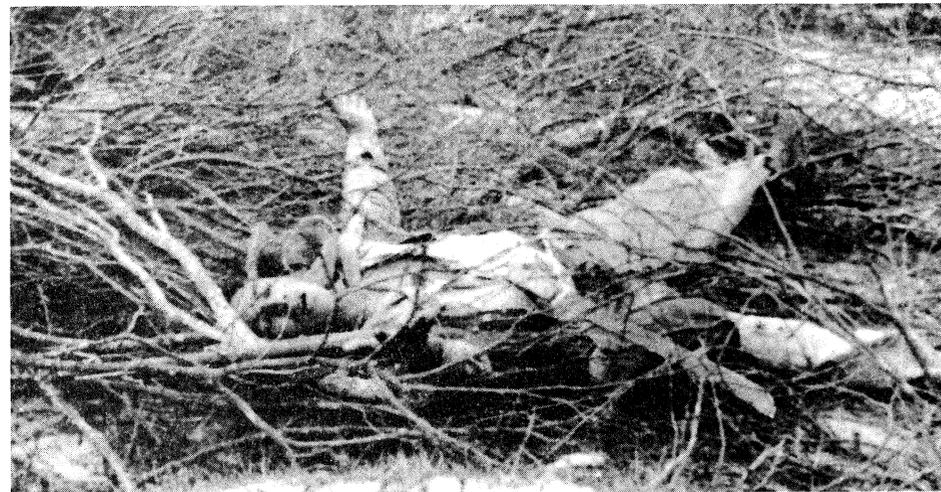
Muerto en la trinchera



Abandonado en el Chaco



Caído al borde de la trinchera



Caído en la maleza



Muerto en línea de fuego



Tipo de soldados del altiplano



El retorno de un estafeta



Una "tuca", otra forma de abrigo



Pertrechos abandonados al borde del sendero



No pudieron pasar



Escribiendo a la familia



Mimetizaje total de ametralladora pesada



Nuestras posiciones



Ametralladora pesada en acción



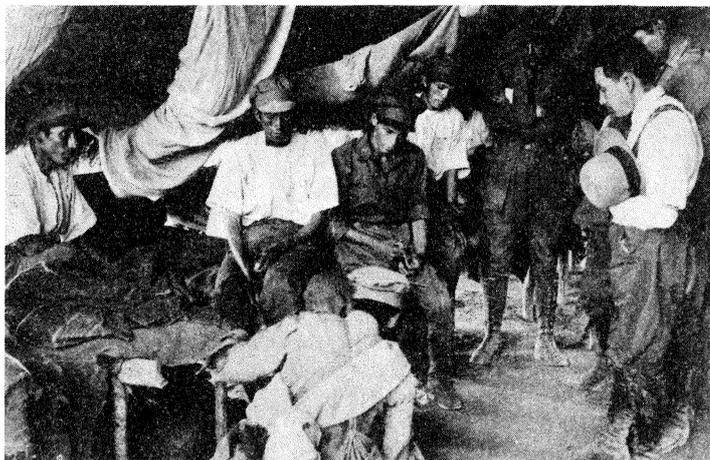
Camión "aguatero"



Pertrechos tomados en Carandaití



Soldado boliviano caído en Nanawa



Hospital de campaña



Despedida y "entrada al frente"



Revista a la tropa



Casas de oficiales



Ametralladora antiáerea "Derlikan" emplazada en un camión



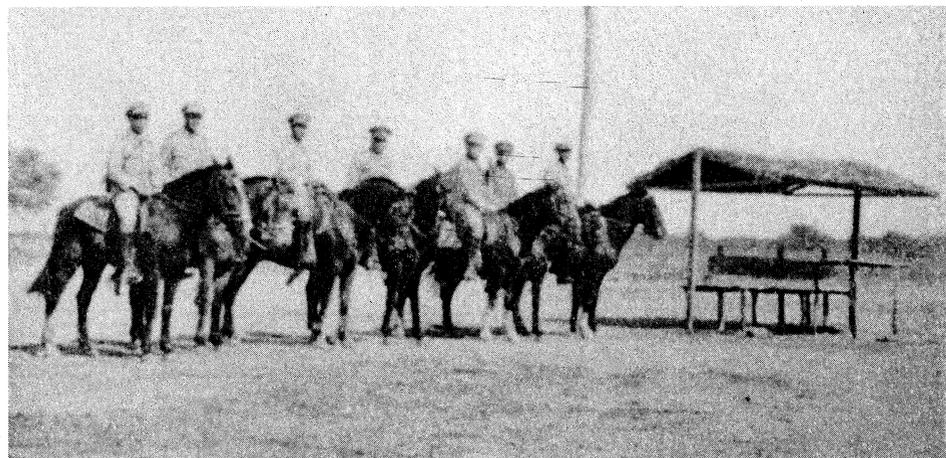
Capellán bendiciendo a la tropa antes de entrar al combate



Casas de oficiales



Ganado del fortín



Pista de aterrizaje



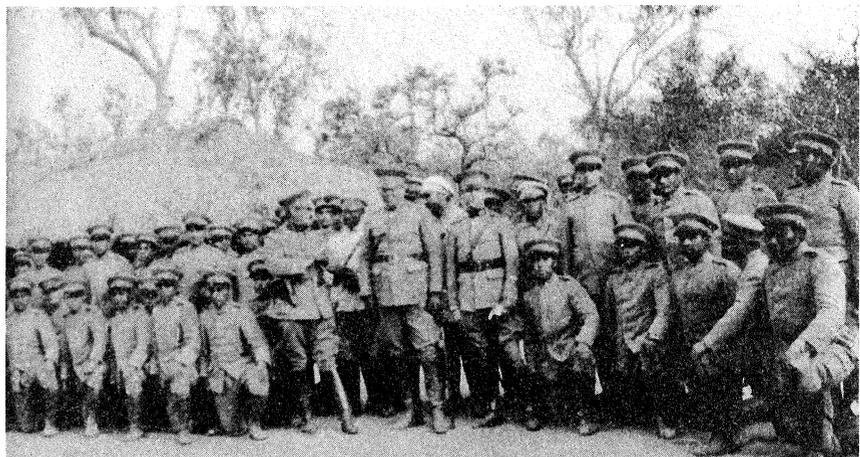
Tte. Santa Cruz y su sección de zapadores (Constructores del camino Arce-Ballivián)



Traslado de los restos de los caídos en la toma de fortín Arce



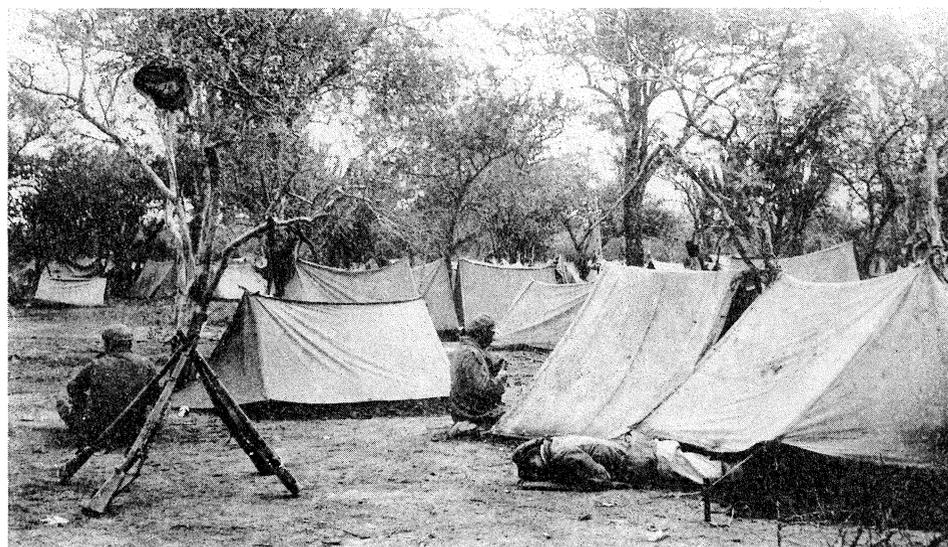
Honores en la exhumación



Defensores del fortín Ballivián



Muerto en la trinchera



Un vivac



Avanzando en el pajonal



Nuestra artillería en posición de acecho



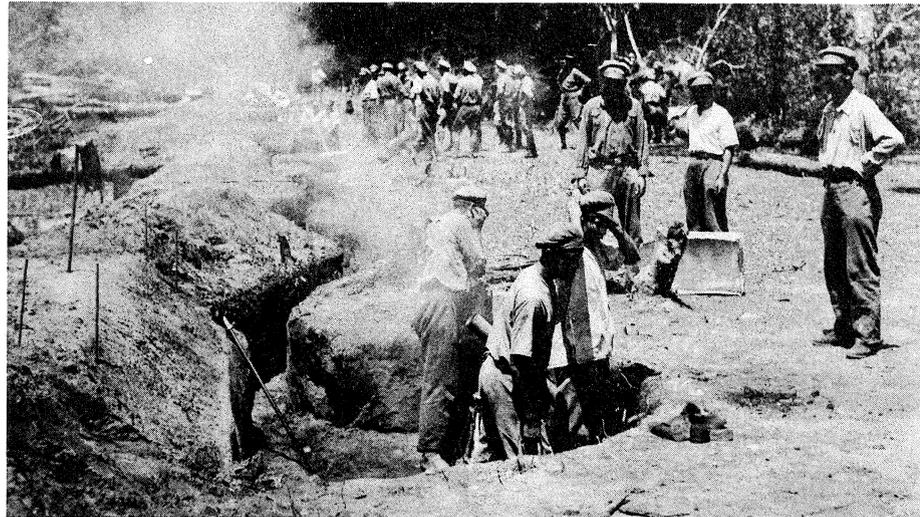
Puesto de comando de batalla



El comando en Magariños



Oficiales visitando las trincheras



Trincheras en zig zag hechas con pico y pala



Distribución del rancho en la trinchera. Se utilizaban latas de gasolina para calentar la lagua



Trincheras y tuscales



Ametralladora pesada Vickers en un nido



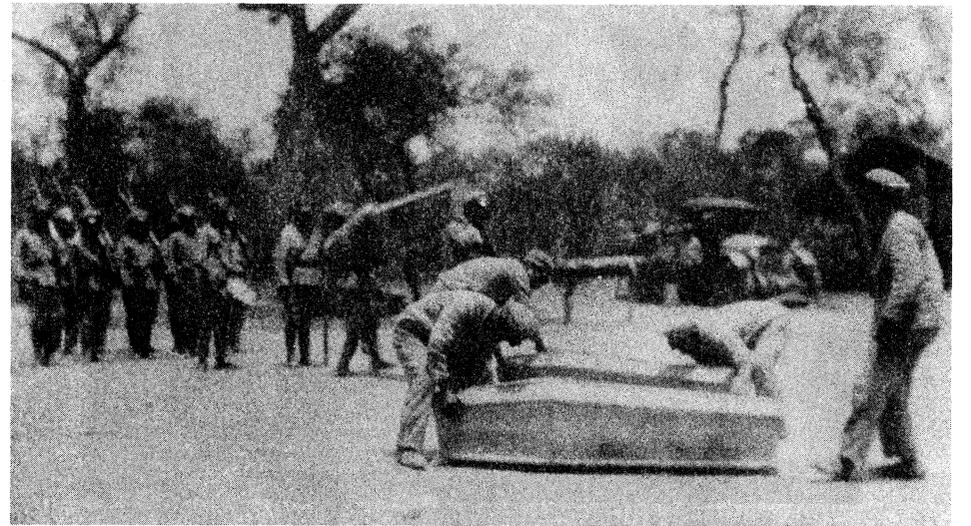
Componiendo los equipos



Avanzando con cautela



Una patrulla en marcha



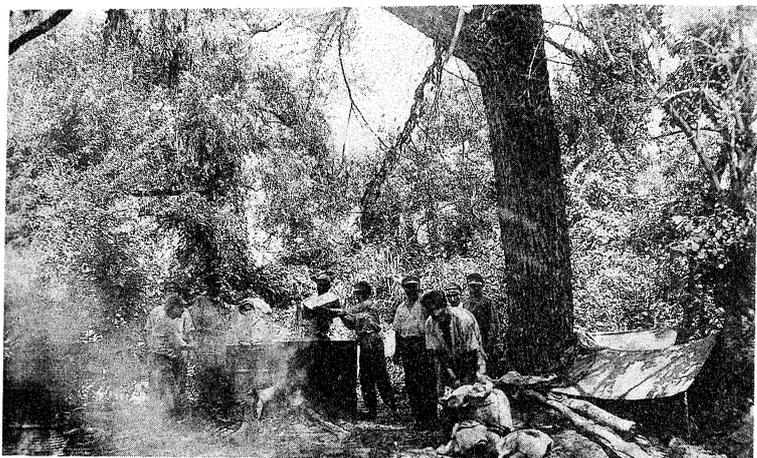
Soldados enterrando a los primeros caídos



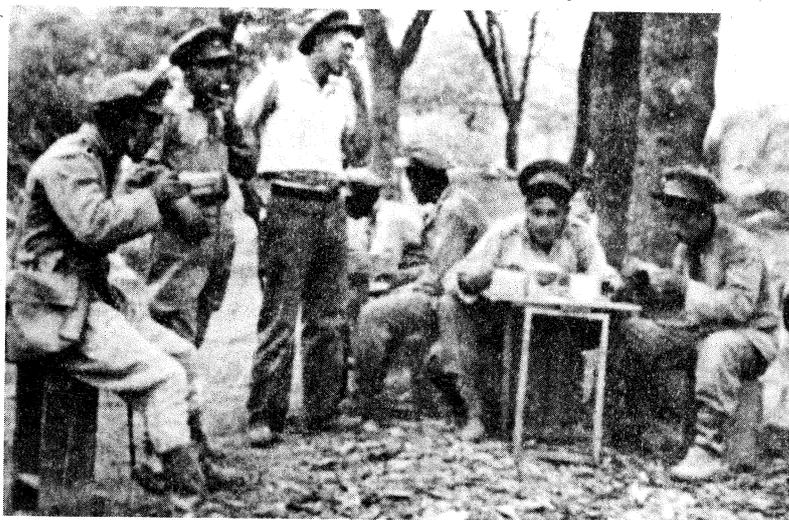
Camión enfangado



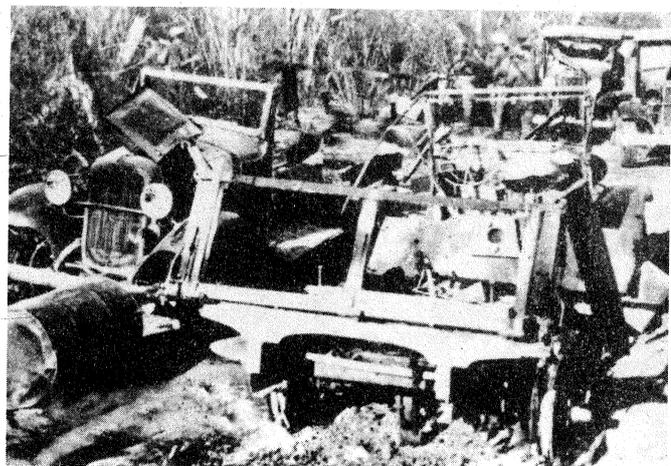
Muerto en la línea de fuego



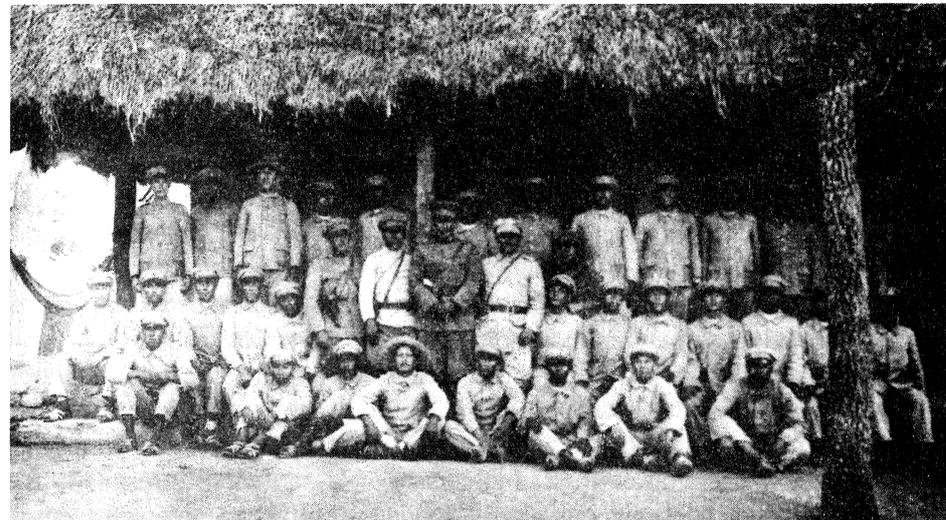
La hora del rancho en uno de los puestos del "infierno verde"



Oficiales sirviéndose el rancho. Ordinariamente consistía de una lagua de harina y pedazos de carne de lata, muy salados



Columna incendiada



Alihuatá, defensores del fortín



Avanzando en los tuscales



Después del incendio

El Presidente Salamanca ordenó el repliegue de las fuerzas bolivianas hasta la línea Esteros -Muñoz -Platanillos más, contrariando el esquematismo de la decisión gubernamental, la Cuarta División resolvió resistir en el Kilómetro 7, cuyo jefe de Estado Mayor, recientemente nombrado, era el Teniente Coronel Bernardino Bilbao Rioja. El Kilómetro 7 era el borde de un pajonal existente en la parte delantera del fortín Saavedra. En un intervalo del avance paraguayo, de 15 días, Bilbao Rioja y sus ayudantes reorganizaron la tropa a su mando, devolviéndole la moral. Eran 1.500 hombres, a cargo de 80 oficiales. La arremetida paraguaya fue detenida, quedando sus efectivos, en posesión de una isla de monte a corta distancia. Los regimientos bolivianos, envalentonados pasaron al contra ataque y pusieron en fuga al adversario. Ni siquiera este resultado fue suficiente para detener a una parte de los soldados bolivianos, que se lanzaron, indisciplinadamente, hacia Saavedra. Tuvieron que regresar a las trincheras, cabizbajos, apuntados por los fusiles de sus compañeros. El campamento del Kilómetro 7 fue reforzado lo que permitió rechazar otros asaltos paraguayos, de modo que el combate se estabilizó en posiciones enfrentadas.

El objetivo paraguayo de capturar el fortín Saavedra y barrer la defensa boliviana hasta la frontera argentina no dio resultado por la resistencia boliviana, aunque se produjeron grandes bajas de los contendientes. Entabláronse combates adicionales, sin definición militar. El Capitán Rafael Pabón piloto militar boliviano, logró derribar un avión paraguayo. Los defensores del Kilómetro 7 se portaron bien, distinguiéndose por su valor el Mayor Germán Jordán muerto en combate. En su homenaje, el área fue bautizada con el nombre de Campo Jordán. Con los soldados de Saavedra, el Mayor Germán Busch logró incluso, incursiones de buen éxito contra el enemigo. La situación del ejército boliviano mejoró ya que, antes de fin de año, se obtuvieron los fortines Loa, Platanillos, Bolívar y Corrales.

En diciembre de 1932 volvió al país el General Hans Kundt, de 60 años, quien en tres oportunidades anteriores dirigió el ejército boliviano y que en su cargo de jefe del E.M.G. iba a gozar de un poder absoluto, dado que Salamanca se retrajo de su propensión a ordenar avances y repliegues tácticos. Kundt, por desgracia, no era un hombre de Estado Mayor, sino un militar "tropero", que se inquietaba más por la corrección de los uniformes y las formaciones que por la dotación al ejército boliviano de un cerebro colectivo estratégico. Al posesionarse, el jefe teutón manifestó presuntuosamente: "Ni en los archivos, ni en el comando superior existía una idea sobre la forma de conducir las operaciones..."

Kundt elaboró un ambicioso plan de contraofensiva boliviana dirigido a la captura de la cabeza del ejército paraguayo, es decir de Isla Poi, despejando el camino mediante la toma del fortín Nanawa. Este proyecto de ataque en profundidad requería elementos imprescindibles, como tropa adiestrada para la lid en la llanura candente, medios efectivos y suficientes de movilización y un sistema logístico perfeccionado, elementos de los que se carecía.

Estigarribia, apercebido de las intenciones contrarias, por los informes de los servicios de inteligencia paraguayos y argentinos, se aprestó a la defensa de Nanawa, reforzando y fortificando este puesto. El 20 de enero de 1933, el ejército boliviano se lanzó a un ataque frontal, al que sobrevino un denodado combate. Nuestras tropas lograron rodear el fortín más para capturarlo se precisaba de la ayuda de un destacamento, el mismo que, debido a las torrenciales lluvias de verano, avanzaba a paso de tortuga, en brega con los lodazales. Los días siguientes prosiguió la lucha con pérdida de muchos soldados bolivianos en las tentativas de penetrar al fuerte.

Otra parte del ejército boliviano, paralelamente al sitio de Nanawa, se dirigió a tomar los fortines paraguayos de Corrales y Toledo. El primero cayó con más rapidez de lo esperado a causa de que, por error, las tropas adversarias combatió entre sí. De Corrales a Toledo no habían más que 30 kilómetros de camino, que las tropas bolivianas cubrieron en el asombroso plazo de 15 días, a un promedio de 2 kilómetros por día, debido al barro y la falta de camiones.

La imagen de hacer la guerra sin suficientes vehículos motorizados era ciertamente surrealista pero no para el Gobierno. Algunos meses antes, el E.M.G. había solicitado la compra de camiones al gobierno. En lugar de la adquisición, Salamanca, interrogó con sorna, al jefe del alto mando, aludiendo a un asunto sucio: "¿Dígame, señor General, qué piensa hacer con 605 camiones y que han hecho con los 20 camiones que he comprado hace dos meses?". Después de todo, las denuncias de las oposiciones de derecha y de izquierda, sobre los "negociados" de gobernantes y poderosos, por lo que se los acusaba con indignación no parecían estar desprovistas de fundamento.

La batalla de Toledo se mantuvo encarnizadamente por varios días, sin resolverse. Aquí también se presentó el monstruo de la falta del líquido elemento. Un grupo de reconocimiento paraguayo capturó los planos y la información secreta que la Tercera División boliviana enviaba a la superioridad, determinando que las tropas enemigas saliesen a cortar el camino a Corrales, operación ésta que logró impedirse. El agotamiento físico y las privaciones minaron el ánimo de algunos regimientos bolivianos, que desertaron. Se consiguió restablecer el orden con el fusilamiento de los cabecillas. La falta de abastecimientos obligó a realizar el repliegue hasta Corrales. En suma, el ataque boliviano en profundidad quedó estancado ante Nanawa y las proximidades de Toledo.

En marzo, Kundt lanzó a los soldados del ejército en campaña a la reconquista de Alihuatá, puesto de importancia secundaria que sólo podía servir de apoyo a las tropas apostadas en Campo Jordán y del fortín Arce. Los combates fueron singularmente sangrientos y prolongados. El precio en vidas humanas que se pagó fue alto: en Arce, de 291 combatientes bolivianos, fueron sacrificados en estériles asaltos frontales, 238. Al final de cuentas, los 2.000 componentes de la Octava División boliviana quedaron reducidos a menos de una decena de oficiales y a medio millar de soldados.

La opinión pública de la retaguardia comentaba, entre tanto, el famoso artículo "Sartor Resartor" que publicó, en febrero, en el diario "La Republica", el gue-

rrista y demoleedor crítico Bautista Saavedra. En el acusaba a Salamanca de haber perdido contacto con la realidad y de haber cultivado la democracia en la oposición solo por no haber tenido la oportunidad de conculcar las leyes. "Por pisar fuerte en el Chaco, y escapar a la tormenta política que amenazaba descargar sobre su cabeza -decía-, nos ha llevado a la guerra cruenta, que desangra la patria y lleva al país a su ruina, para después terminarla con un arreglo claudicante en que nada habremos ganado". Saavedra terminaba de esta manera corrosiva: "Y así, a causa de su falaz inconciencia estamos donde estamos: en medio de la bancarrota económica y financiera; el hambre a la boca; anegados en sangre generosa; girando en dantescos círculos de dolor, de miseria, de luto, de vergüenza. Estas son las bienandanzas paradisiacas a las que nos ha arrastrado la vanidad, la soberbia y la ignorancia de este Mesías durante treinta años prometido. Los grandes hombres emprenden grandes empresas, porque ellos son grandes. Los locos y los fatuos, porque las creen fáciles". La respuesta fue el cierre de "La República " y la expatriación del ex Presidente Saavedra.



Cnl. Peñaranda y Cnl. Toro con un Misionero y un indio de la misión de Cuevo

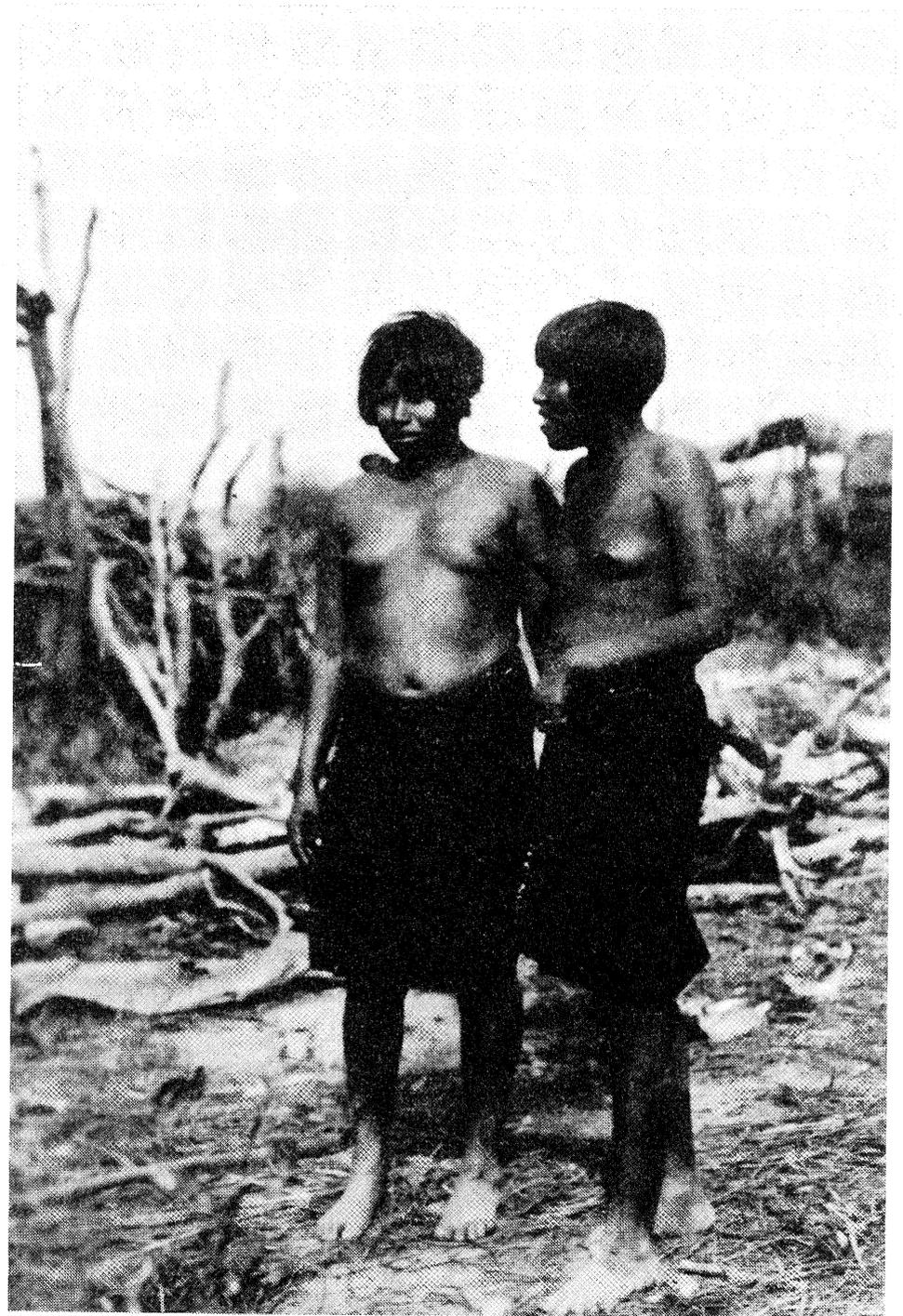
POBLACION ABORIGEN



Campamento de indios maticos



Oficiales bolivianos con indios yacubabas que colaboraron con el ejército



Dos muchachas de la tribu matacos



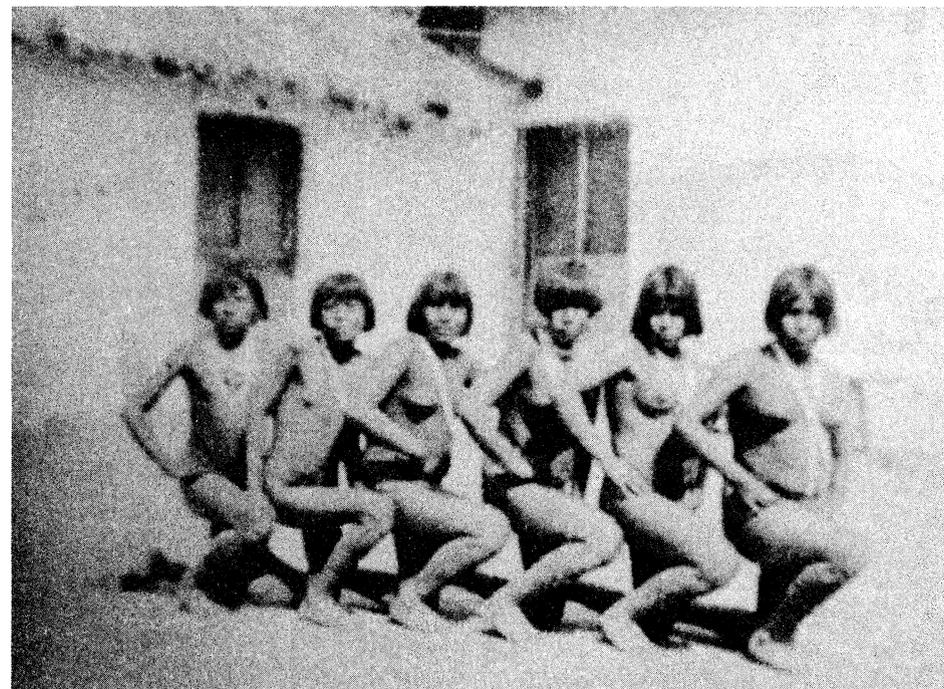
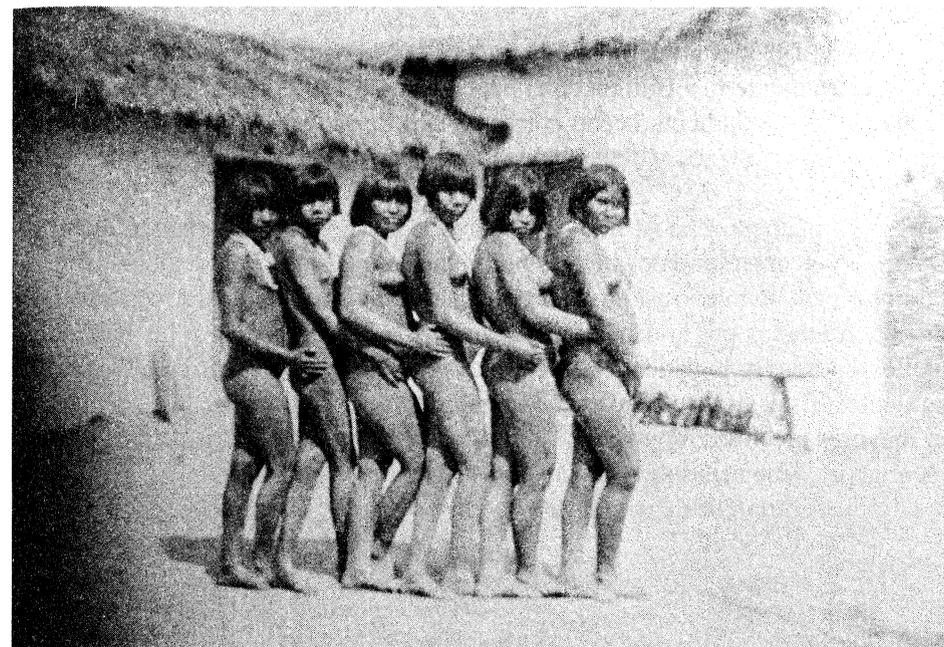
Otro grupo de aborígenes con oficiales bolivianos



Con indígenas maticos



Indios maticos que colaboraron con el ejército boliviano



Un problema nunca solucionado durante el largo conflicto fue el de la falta de mujeres para los combatientes. Estas curiosas tomas muestran a un grupo de muchachas maticas reclutadas para prestar servicios eróticos a los oficiales, en una determinada zona del conflicto

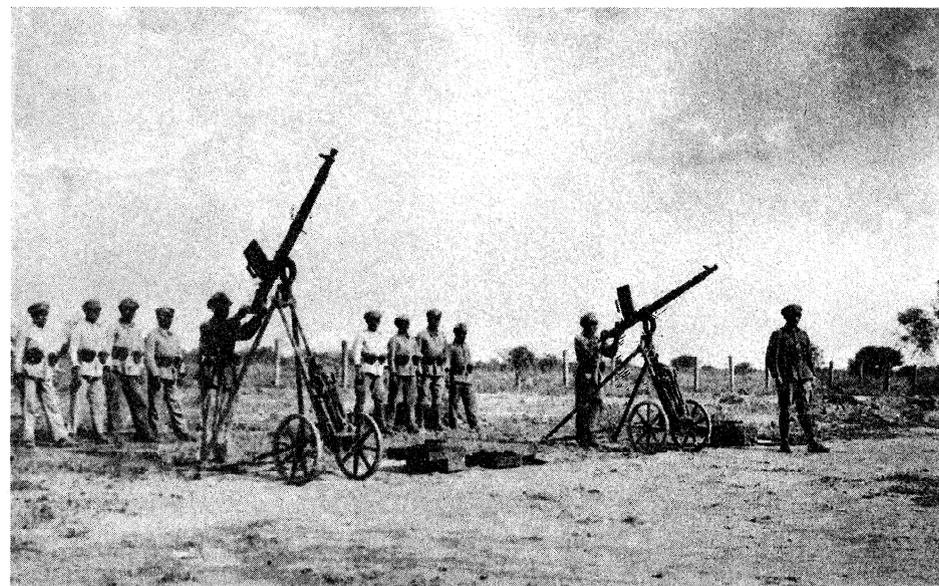
En mayo de 1933, el gobierno del Paraguay, accediendo a las presiones argentinas, declaró la guerra a Bolivia en el papel, cuando desde el año anterior la contienda no declarada había hecho correr ya ríos de sangre de dos pueblos igualmente subdesarrollados y dependientes, que eran parte de la misma comunidad americana.

Ante la inminencia de la Asamblea General de la Liga de las Naciones, que examinaría los acontecimientos bélicos boliviano-paraguayos, Kundt ajustó los preparativos para un nuevo asalto al fortín Nanawa, más tales preparativos eran parciales y limitados por la dificultad de enviar tropas de refresco y los habituales cuellos de botella logísticos. Las carencias se justificaban con frases como la siguiente: "Estas razones hacen que el gobierno y el General en Jefe no piensen en mayores efectivos, que por lo demás tampoco son indispensables, ya que el enemigo no tiene más soldados que nosotros". Nanawa, ínterin, había sido reforzada y fortificada por Estigarribia.

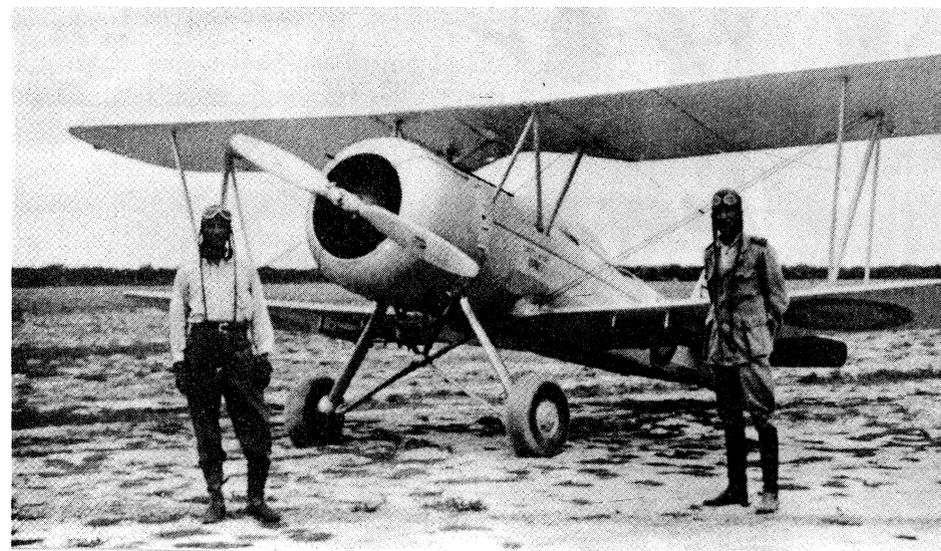


Escuadrilla de bombarderos

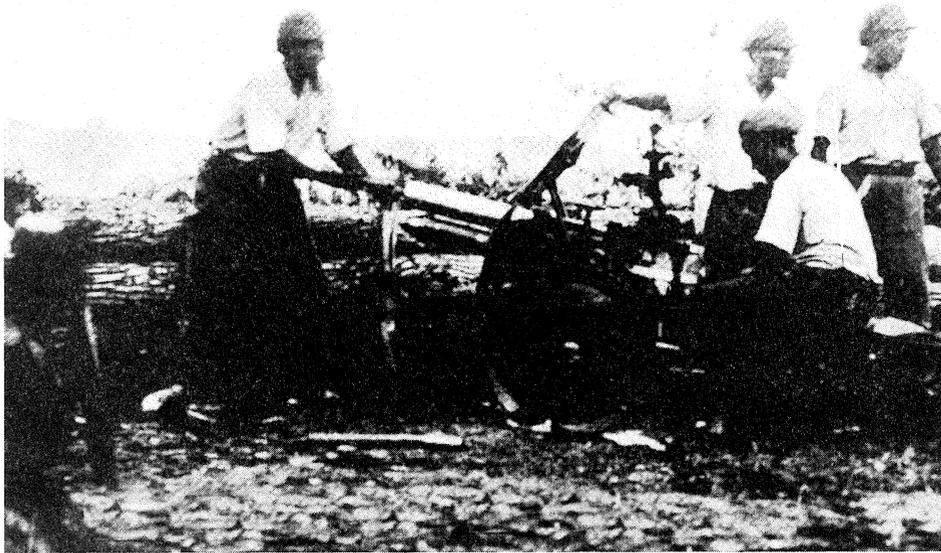
LAS ARMAS



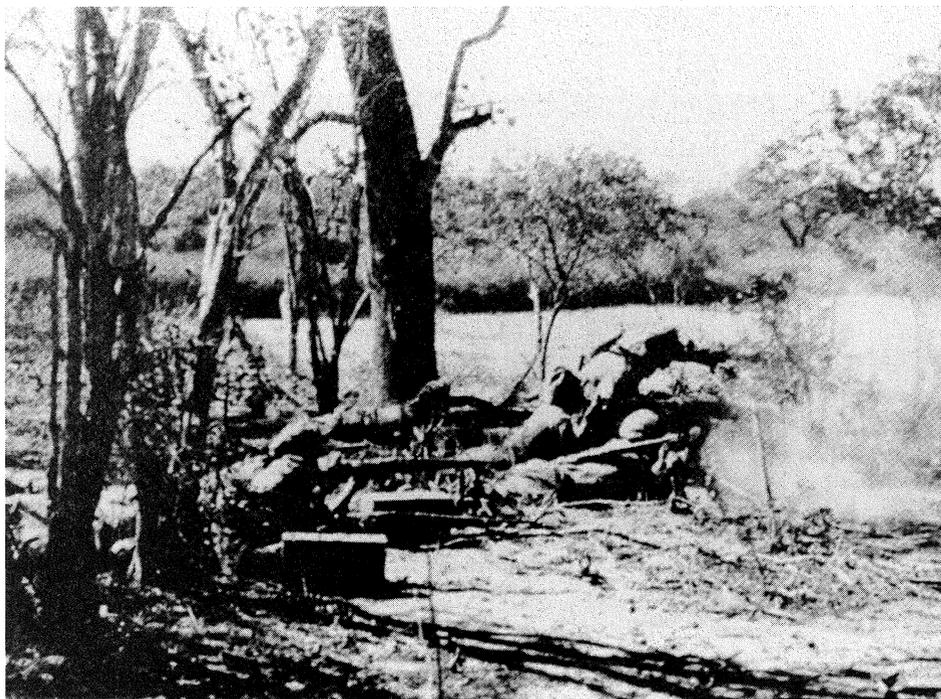
Sección de ametralladoras antiáreas



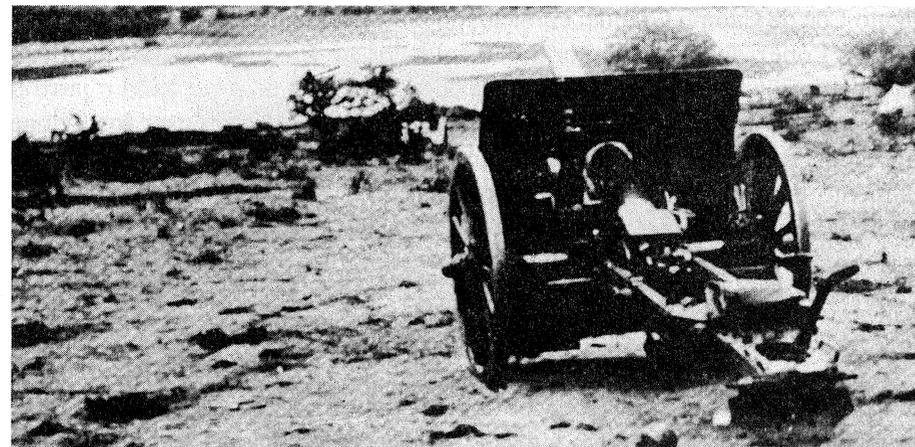
A la derecha, el médico Raúl Maldonado Soliz, quien actuó en la campaña como metralista de aviación. El tomó numerosas fotos del Chaco, algunas de las cuales aparecen en este libro



Cañón de acompañamiento calibre 65



Ametralladora pesada en acción



Pieza de artillería

En julio se produjo el ataque boliviano, con 2.500 hombres en un frente de 5 kilómetros, manteniéndose en la reserva 3.500 soldados, sumando en total, con la gente de la artillería y los servicios unos 9.000 bolivianos. El ejército paraguayo sitiado poseía la misma proporción de efectivos. Después de jornadas agotadoras, la batalla se estabilizó en las trincheras. Los ataques de frente, que exponían insensatamente a las tropas bolivianas, produjeron 2.000 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros, a la parte atacante. "Interpretando a la crítica militar -expresa Porfirio Díaz Machicao- podría decirse que la batalla de Nanawa, fue una trágica pirotecnia: cañones, minas, lanzallamas, en fin... Tembló el campo de Nanawa, ante la ira ciega de los combatientes bolivianos que, en verdad de verdades, o eran suicidas o víctimas de un asesinato táctico ideado por Kundt".

Las tropas paraguayas, que fueron desalojadas de Campo Jordán, se habían retirado a Gondra, donde recibieron refuerzos. La aguerrida Cuarta División boliviana no pudo tomar este campamento, pese a sus empeños, resultando, más bien, completamente rodeada por los soldados paraguayos. El Coronel Peñaranda, que era su jefe, planeó salir de la trampa, y para ello recibió dos escuadrones al mando del Mayor Busch, que penetraron el cerco y que cubrieron, en los lugares más expuestos, la retaguardia de la retirada. Librando fieros combates, la Cuarta División se escurrió inteligentemente, llevándose consigo todo el material bélico. El bolsón quedó vacío. Este hecho de armas fue magnificado por la propaganda gubernamental, por lo que Peñaranda, ascendido en reconocimiento, vio subir y brillantarse su estrella, hasta su posterior elección de comandante en jefe del Ejército.

La contraofensiva de Kundt fracasó y, en consecuencia, recomenzaron los reveses para el ejército de Bolivia. El alto mando paraguayo recobró la iniciativa, dirigiéndose a recuperar el fortín Alihuatá, que estaba débilmente guarnecido por sólo tres regimientos, ubicados en el camino y en puestos de los flancos, que eran Campo Grande y Pozo Favorito, separados los unos de los otros. Cortadas las comunicaciones, dichos puestos quedaron aislados y fueron sitiados. El regi-

miento Loa de Campo Grande, comandado por el Teniente Coronel Antonio José Capriles López, fue rodeado por 3.000 soldados paraguayos, lo que significaba una superioridad aplastante. Los acorralados no tenían más que medio jarro de agua, por día, comida escasa y un poco de coca que dejaron caer los aviones bolivianos. Ante la insostenible situación, se optó por proponer y suscribir, formalmente la rendición. En la misma fecha de agosto los defensores de Pozo Favorito, que se hallaban en idéntico estado, tuvieron que capitular.

VI

Paraguay retomó la ofensiva a partir de fines de octubre de 1932 bajando caute-
losamente desde el norte, Arce y más arriba, hacia la zona del fortín Alihuatá y
enviando patrullas de exploración aun más abajo hacia el área del camino que
conectaba a ese fortín con el de Saavedra, mucho más abajo.

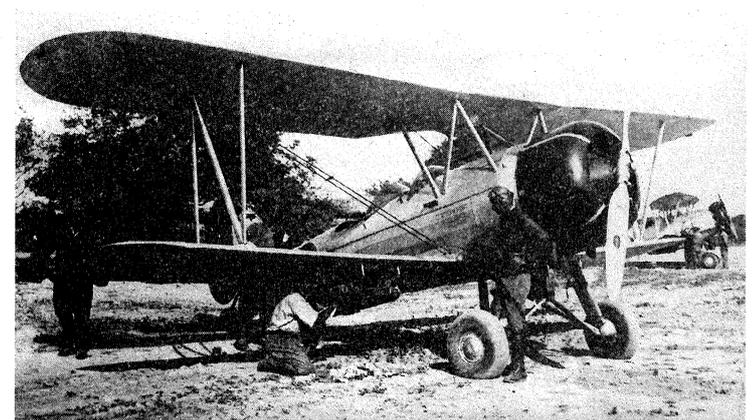
Con la caída de Campo Grande, el cercano fortín Alihuatá, a cargo de la Novena
División con 7.000 hombres a órdenes del Teniente Coronel Carlos Bánzer,
entró en riesgo de copamiento ya no solo por sus costados, insuficientemente
guarnecidos, sino desde su retaguardia, al norte, donde el enemigo tenía sus
mayores contingentes, Bánzer pidió insistentemente al Comandante en Jefe
Hans Kundt primero refuerzos y luego, viendo la situación muy grave, permiso
para replegarse. Kundt se lo negó en un principio ordenándole retener el fortín a
cualquier precio... aun sabiendo que esto no era factible.

Pequeños contingentes de avanzada paraguayos lograron ya a principios de
diciembre cortar por debajo de Alihuatá la ruta recta Saavedra - Alihuatá para
dar margen a un asedio en círculo al fortín Alihuatá. Sólo ante eso Kundt auto-
rizó a Bánzer que hiciera lo que le pareciera necesario hacer. Pero ya era dema-
siado tarde porque el cerco se había ido completando peligrosamente.

La Cuarta División, comandada por el Coronel Emilio González Quintín, se
hallaba situada al sureste de Alihuatá, frente al fortín paraguayo Gondra, en el
extremo oriental de un gran pajonal llamado Campo Vía que estaba entre dicho
fortín enemigo y el puesto boliviano sobre el Kilómetro 22 de la recta Saavedra



El avión "Bolivar"



Uno de los biplanos de la aviación militar boliviana

- Alihuatá, que tenía vista hacia el extremo occidental de aquel pajonal. Un sen-
dero -la "picada Velilla", conectaba kilómetro 22 con Gondra atravesando
Campo Vía por su parte superior. Kundt no solo había ido debilitando a esa
División hasta dejarla reducida a apenas 1.300 hombres, sino que tampoco había
querido conceder a González Quint permiso para replegarse oportunamente del
este al suroeste, hacia Saavedra, cabecera de la retaguardia boliviana.

Bánzer, que evacuó el fortín Alihuatá y bajó hasta un pajonal cercano a él lla-
mado Campo del 31, pudo haber seguido su marcha con rumbo al suroeste sobre
la recta de Alihuatá a Saavedra. Pero, suponiéndola acaso ya del todo bloquea-
da por el enemigo, decidió enrumbar más bien hacia Gondra al sureste para reu-
nir sus fuerzas con las de González Quint y así tener ambos más poderío para
intentar la salida. Probablemente no habría cometido tal error si es que Kundt le
hubiera avisado que tropas enemigas salidas de Gondra habían cargado ya sobre
la débil línea de la Cuarta División. Pero Kundt le ocultó esa noticia y así, en vez
de forzar su marcha hacia la libertad en Saavedra, las dos Divisiones resultaron
juntándose en Puesto Urey, con lo que facilitaron su captura en un solo encierro.
Esa insurgencia desde Gondra no había sido dispuesta por el comandante en jefe
enemigo, general Félix Estigarribia, quien solo ejecutaba la maniobra para rode-
ar Alihuatá. Fue la astucia oportunista y resoluta de Rafael Franco, comandante
de Gondra, la que amplió sorpresiva y decisivamente el asedio sobre Campo Vía,
brindándole la oportunidad de una victoria mucho más grande que la buscada.
Así por dos tenazas, una de norte a sur y otra de este a oeste, se formó, con
27.000 hombres, el gigantesco cerco ahora llamado "de Alihuatá y Campo vía"
que abrazaría mortalmente a 7.500 combatientes bolivianos hasta lograr su ren-
dición el 11 de diciembre de 1933.

Replegándose precipitadamente desde Km. 31 hasta Muñoz, su puesto regular de
mando, Kundt se desentendió del desastre que había causado, limitándose a enviar
al Coronel Enrique Peñaranda hacia el Km. 22 de la recta con la orden absurda de
romper el cerco. Esto no solo que era imposible sino que, más bien, Peñaranda,
acompañado de escasa tropa, casi fue capturado a su vez por los paraguayos y tuvo
que regresar hacia Saavedra en marcha de salvación a monte traviesa.



Limpieza de armas

Entre tanto, una fracción del legendario Regimiento Lanza encabezada por el Teniente Armando Ichazo, había logrado romper el cerco por un punto del extremo suroeste del Campo Vía, mediante una irrupción "por oleadas" casi suicida. Pero esta hazaña de inverosímil pericia y valor, en la que perdieron la vida muchos oficiales y soldados de esa unidad, de nada sirvió. Ichazo logró mantener abierto el amplio punto de escape por algunas horas y avisó a sus superiores aún atrapados para que dispusieran la salida de las tropas. Inexplicablemente esto no se hizo y así Ichazo y sus pocos hombres tuvieron que continuar su repliegue hacia Saavedra mientras el círculo de hierro se volvía a cerrar sobre los demás. Solo unas cuantas fracciones más aprovecharon la apertura providencial para evadirse.

En la ruta de escapada Peñaranda fue juntando a los que, como Ichazo y otros prófugos del cerco, así como algunos provenientes más bien del área de Nanawa, habían logrado zafarse del abrazo. Con ellos improvisaría aquel resueltamente un frente de defensa en Km. 7 junto a Saavedra -unos 3.000 hombres- para evitar que el enemigo penetrara inclusive hasta el no muy lejano centro de comando de Fortín Muñoz, que estaba muy débilmente guarnecido.

Aún así, sin embargo, la superioridad numérica de los paraguayos era tan grande que, de haber proseguido su avance, habrían podido tomar sin gran dificultad Saavedra y Muñoz. No se sabe bien por qué no trataron de hacerlo. Se dice que Paraguay supuso que la guerra había terminado con la victoria del cerco, pues Bolivia le parecía aniquilada. También se afirma que no tenía el adversario logística adecuada, -transportes, víveres, etc.- para seguir hacia Villamontes en ese momento.

Una banda de música del enemigo festejó el cierre del cerco. Sin camino no habían provisiones ni agua. El Regimiento Lanza, en acto temerario, salió a romper el anillo militar paraguayo, a costa de un espantoso estrago en sus filas, pues cayeron más de la mitad de sus 500 efectivos. Una parte logró su objeto y otra quedó entre dos fuegos. La extemporánea orden de Kundt de replegarse era ya inútil y no quedaba otra alternativa que rendirse. Los jefes de las Divisiones

sitiadas, Teniente Coronel Carlos Bánzer de la Novena y Coronel Carlos Gonzales Quint de la Cuarta, pactaron la rendición honorable. El Paraguay tomó 7.500 prisioneros en total, que más parecían fantasmas que combatientes. A lo largo de la picada Capriles fueron encontrados 2.000 soldados esqueléticos, martirizados por la sed, enceguecidos por la insolación y con las heridas infectadas y llenas de moscas, tan agotados que ni siquiera habían tenido fuerzas para protegerse de las balas enemigas.

El ejército boliviano en campaña estaba completamente derrumbado. La contraofensiva descabellada y los asaltos frontales, planificados por Kundt, en los que la juventud boliviana en uniforme murió en masa, dieron ese resultado, sin que el proyecto del jefe germano pasase más allá de la fase preliminar. Era lógico que los jefes y oficiales del frente, recogiendo el profundo malestar de la tropa sacrificada, comenzasen a oponerse a los desaciertos de Kundt, que aun paseando erguido sobre las trincheras en sus visitas al campo de batalla, no fue capaz de ver la realidad. El astuto Coronel Toro, luego de consultas con sus colegas, mandó un emisario a La Paz para procurar el cambio de Kundt en la Jefatura del E.M.G. Kundt, en represalia, determinó retirar a Toro del Comando de Operaciones, mandándolo de vuelta a la retaguardia.

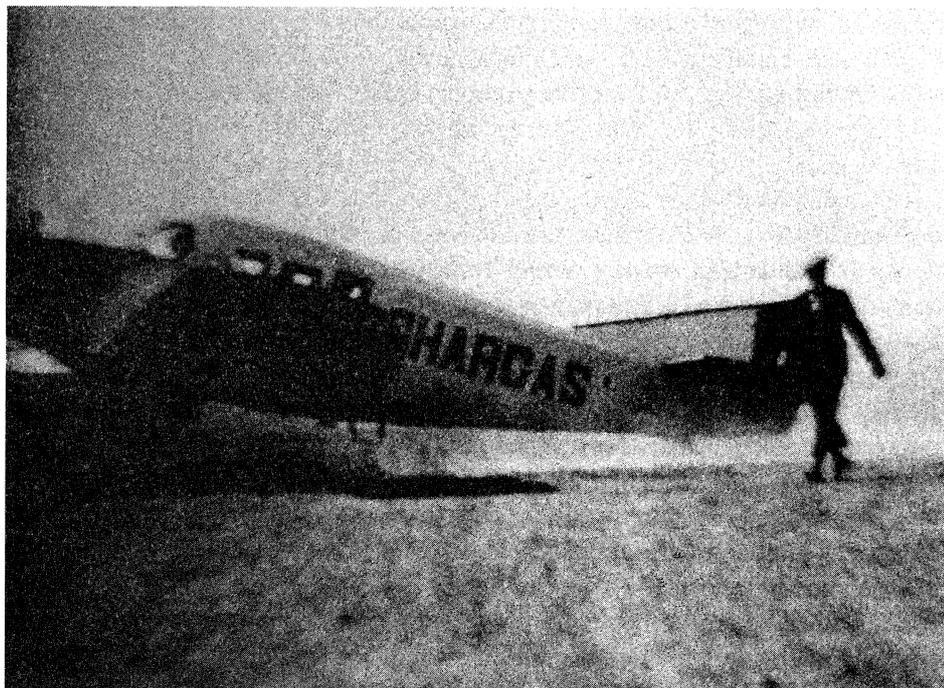
-El año 1933 fue también aciago en otros sentidos. En mayo, Salamanca realizó unas elecciones precedidas por el Estado de Sitio y con la prohibición para las fuerzas de izquierda de participar. Eran elecciones de renovación parlamentaria, las que, conforme a la costumbre política establecida, fueron ganadas por el oficialismo, con el uso del fraude y la violencia. El pueblo que vestía la "jerga" y exponía su vida en el sudeste quedó sencillamente excluido del derecho al sufragio.

Al regreso de una misión en el frente, se fue de este mundo el General y Doctor Ismael Montes, la gran figura del liberalismo. Ex presidente de la República, dueño del latifundio Taraco y con poderosas ligaduras a los intereses bancarios y comerciales.



Evacuación de heridos en un avión militar

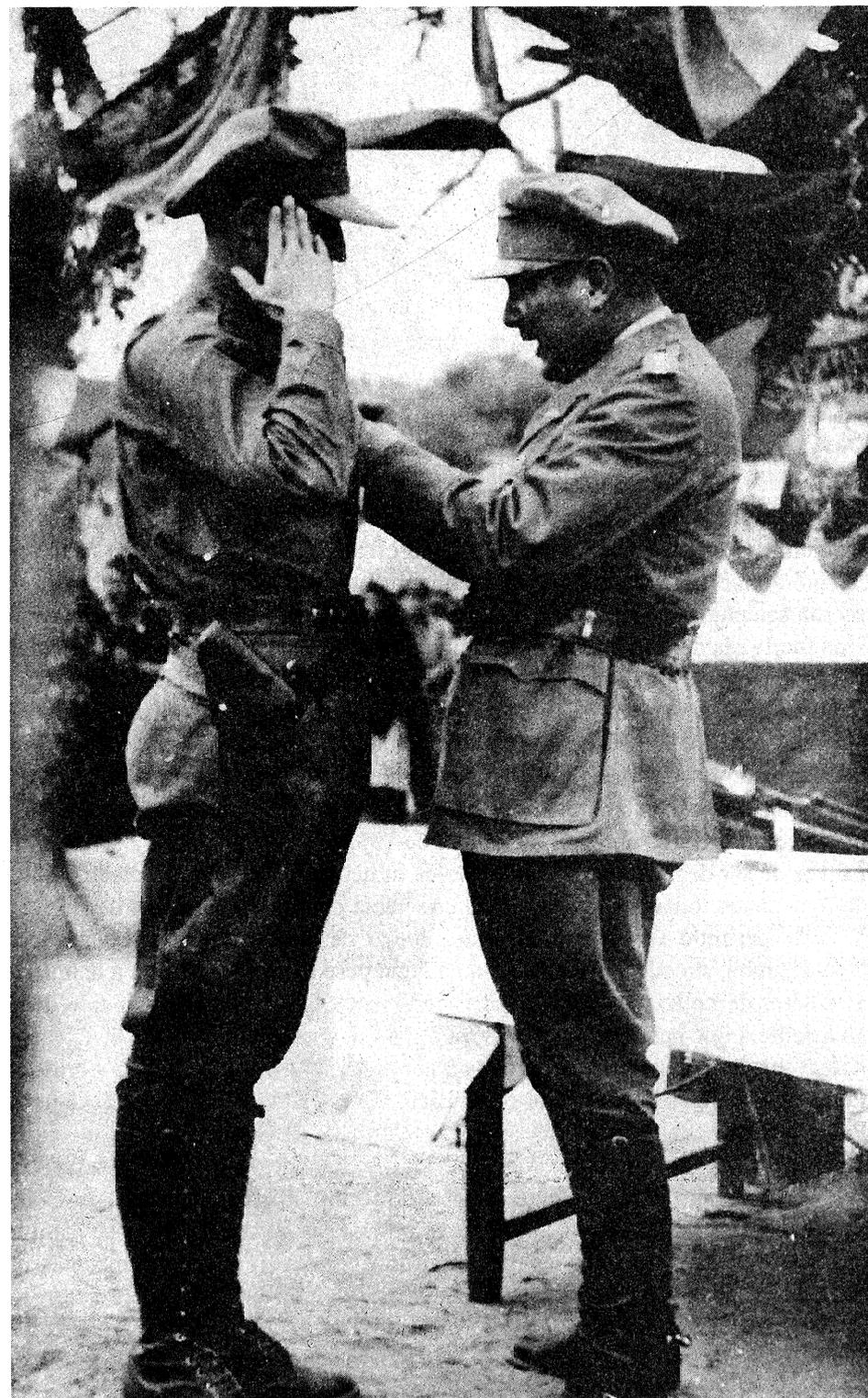
En la vida de Montes, se personifica el drama de un país acosado a dentelladas por sus vecinos: debe ser el único caso de un Mandatario latinoamericano que tuvo que asistir a tres conflictos internacionales, desde la guerra del Pacífico, en la que estuvo de combatiente. a sus 17 años, en el Alto de la Alianza, a la del Acre en la que derrotó a los mercenarios pro-brasileños en Riosinho y Bajé, y finalmente. a sus 71 años, recorriendo el frente chaqueño, llamado por el gobierno.



El bi-plano Charcas



Revista a la tropa



Peñaranda condecora a un oficial



Patrulla en apronte

Se inició por entonces un Consejo de Guerra contra un grupo de militantes de izquierda y dirigentes laborales. Se quiso escarmentar en este grupo al movimiento antibelicista de la vanguardia obrera. Luciano Duran Boger y otros más fueron sentenciados a 5 años de presidio, quedando sobreesidos los restantes.

Una fuerte ola de protestas civiles y militares contra el gobierno y el alto mando boliviano, obligó a Salamanca a remover a Hans Kundt. Su dirección de las operaciones tuvo, en un solo año, este resultado numérico, según datos elaborados por el historiador Julio Díaz Arguedas: "14.000 muertos en acciones de armas y desaparecidos; 6.000 desertores; 10.000 prisioneros; 32.000 evacuados por heridos, enfermos, etc., 8.000 en servicio de retaguardia y 7.000 hombres que se disponía como efectivo al 30 de diciembre de 1933".

En vez de ser degradado y encarcelado de inmediato para ser enjuiciado, Kundt dejó el Chaco todavía convencido de que había obrado bien a favor de Bolivia. Y se le permitió volver a Alemania, luego de unos meses de descanso en Cochabamba, sin que sufriera sanción alguna pese a haber mandado a la muerte a millares de bolivianos, por su terquedad y soberbia y haber contribuido decisivamente a que perdiéramos la guerra por su incompetencia.

Kundt fue reemplazado, interinamente, por el General José L. Lanza y Enrique Peñaranda designado como General en Jefe del ejército en campaña. El General Peñaranda fue, finalmente, destinado a reemplazar al General Lanza, gracias a una hábil maquinación del Coronel David Toro, que deseaba impedir la presencia de una personalidad fuerte en la dirección militar suprema. Empero, Salamanca, que se dio cuenta de que daría más alas a Toro, dispuso su cambio por Moscoso. Por desdicha, las remociones inspiradas en la política menuda, no hacían sino acumular resentimientos y sembrar desconfianzas.

A fines del año, la Sociedad de las Naciones destacó la Comisión Alvarez del Vayo a Bolivia y el Paraguay, la que sostuvo conversaciones con miembros de los dos gobiernos y visitó algunas guarniciones en el teatro de la guerra. Con su intervención se concertó una tregua, que fue rota por el ejército paraguayo. al reiniciar su ofensiva en enero de 1934.

Ante el avance enemigo se perdieron los puestos de la China, Campo Jurado y Conchitas, siempre en medio de penurias para los defensores bolivianos, que tuvieron que replegarse desmoralizando aun más a la soldadesca, que se desorganizaba y provocaba múltiples desertiones. Cañada Tarija, delante de Picuiba fue la batalla más importante de este período. Las tropas bolivianas quedaron rodeadas y sometidas a las usuales carencias materiales. Algunos subtenientes, sin orden superior, izaron la bandera blanca, acto que disgustó tanto al comandante Teniente Coronel Angel Babia, que, en gesto supremo, se pegó un tiro en la sien. Babia no murió sino más tarde, en medio del delirio.

En abril, los cadetes del Colegio Militar se insurreccionaron pidiendo la salida de Salamanca, apostándose frente al Palacio Quemado de La Paz. Fue difícil disuadirlos, pero al fin se logró que volvieran a sus tareas de preparación profesional. Con este motivo, se volvió a perseguir y encarcelar a los opositores.

El Presidente volvió a las andadas en eso de dirigir operaciones militares, colocándose por encima de los mandos normales del cuerpo castrense. Quiso acen-tuar su control de las fuerzas armadas bolivianas con la creación de un Inspector Militar a cargo de un civil, Joaquín Espada, del elenco republicano genuino. Los jefes y oficiales del ejército en campaña resistieron tajantemente la proposición. El jefe del Estado Mayor General, Oscar Moscoso, que fue explícito en las objeciones, fue destituido, pero el proyecto presidencial no prosperó.

Los reservistas maduros fueron llamados bajo banderas junto con los que cum-plían 19 años y debían hacer el servicio militar obligatorio. En pocas semanas, el E.M.G. logró recomponer un ejército de 55.000 hombres y mejorar, en algo, la defensa chaqueña; Las guarniciones bolivianas de Conchitas y Pilcomayo, consiguieron parar, en mayo, los ataques paraguayos, en los que estos perdieron 300 hombres. Fue la primera victoria modesta, después de Alihuatá. No obstante, siendo la situación mala para los defensores, tuvo que desocuparse el puesto de Conchitas.

En el mismo mes se produjo la batalla de Cañada Cochabamba, impropriadamente nombrada como de la Cañada Strongest, en la que los efectivos bolivianos, para



Componiendo los equipos

evitar ser copados por el adversario, se adelantaron en la realización de una contramanoobra preventiva. Esta vez el cerco boliviano concluyó en la victoria, habiéndose capturado muchos prisioneros y gran cantidad de armas y vituallas. Los jefes triunfantes, el Coronel Angel Ayoroa y el Mayor Eduardo Paccieri, recibieron la rendición de los comandantes paraguayos. También en la batalla de El Condado nuestras tropas resistieron, con buen éxito, las arremetidas de los soldados enemigos, popularmente conocidos como "pilas" (contracción de "pies pelados" o descalzos). Los soldados bolivianos eran apodados "bolis" por sus adversarios.

VII

El alivio alcanzado por las armas de Bolivia fue la causa para que el Coronel Toro elevase a la superioridad con destino al gobierno, una comunicación en la que estimaba que los contendores habían llegado a "un estado de equilibrio moral y material", por lo que planteó la acción diplomática, luego del cese del fuego, para pactar una paz honrosa "sin vencedores ni vencidos". Salamanca no opinaba igual.

Toro, en consecuencia, fue partidario de no proseguir la retirada y sostenerse en Ballivián. La intensidad del avance paraguayo fue, sin embargo, tal, que las defensas bolivianas fueron rotas y el adversario llegó hasta el norte de Carandaití, o sea, al comienzo de la serranía de los Andes. Fue el ímpetu del Coronel Eusebio Franco el que permitió que las tropas paraguayas conquistaran Picuiba, tras dos jornadas de lucha. Estaban en grave peligro los yacimientos petrolíferos de Bolivia y, aún, podían sentirse amagadas las ciudades de Santa Cruz y Tarija.

La situación era apremiante y desesperada. El Presidente Salamanca viajó al Chaco y manifestó ante los jefes militares bolivianos que se estaba "al borde de la ruina". Se recompuso, febrilmente, la defensa boliviana, ayudada esta vez por



Puesto de comando de Batallón



Soldado paraguayo sorprendido en la selva



Grupo de aviadores



El Tte. paraguayo López



Centro: Padre e hijo prisioneros paraguayos. Izq. Cnl. Toro, jefe de Estado Mayor Boliviano; der. Cnl. Rivas

una geografía montañosa más familiar a nuestras tropas y las distancias más cortas que aumentaban la eficacia del aprovisionamiento, de modo que logró contenerse el avance paraguayo.

En medio de esta crisis, pensó, de nuevo, Salamanca en reestructurar los mandos del ejército, debido a las resistencias que sus planes sucesivos encontraban. Su idea de imponer una Misión Militar Checa, para "asesorar" al alto mando boliviano, colmó la paciencia de los militares bolivianos, que se pusieron incluso insolentes. El Coronel Angel Rodríguez exclamó, de viva voz: "No vamos a dejarnos meter los dedos a la boca ". A lo largo del conflicto hubo también desinteligencias, envidias y zancadillas entre los propios jefes y comandantes del Ejército boliviano que afectaron naturalmente a la buena conducción de la campaña.

Las tropas bolivianas de Carandaití, convenientemente reforzadas, retomaron la iniciativa y consiguieron encerrar a cuatro regimientos paraguayos, si bien el enemigo logró zafarse y escapar. En su fuga precipitada, las huestes del Paraguay dejaron mucho material de combate, que fue aprovechado por el ejército de Bolivia. Tales regimientos componían la Sexta División paraguaya, que retrocedió hasta Algodonal y Santa Rosa, de donde también fue desalojada. A estas acciones, siguieron las de Villazón - Irindague, donde los efectivos paraguayos, fueron sitiados, pero como el cerco no llegó a completarse, por el vano se escurrieron los adversarios en retirada. Los soldados bolivianos, al mando del Coronel Toro, reconquistaron Picuiba al costo de fuertes bajas de nuestra caballería. El terreno montañoso era desconocido por los llaneros paraguayos y, además, sus líneas de abastecimiento tropezaban con muchas dificultades. por haberse hecho desmesuradamente largas.

En septiembre de 1934, Salamanca, al retornar al Chaco, se detuvo en Tarija. en cuyo edificio prefectural lo esperaba el General Peñaranda. Allí se produjo la llamada "conferencia de Tarija", que se caracterizó por la explosión de las desinteligencias entre el poder civil y el poder militar. Peñaranda explicó que los cambios inconsultos habían lastimado al ejército, lo que encendió la ira presidencial. Este dijo: "Como Capitán General exijo subordinación", a lo que Peñaranda repuso: "Como General en Jefe pido mayor consideración". Como las voces sonaron alteradas, el hijo de Salamanca, Rafael, ingresó al salón y arrimó una pistola al vientre del general a tiempo de advertirle: "¡So tal, si usted no respeta al Presidente, yo le voy a enseñar a respetar a mi padre!" Luego del incidente, los ánimos se atemperaron, pero no se resolvió nada, excepto llamar a los jefes a nuevo diálogo. La reunión de estos pidió la continuidad del General Rodríguez y la definición del objetivo del gobierno en la guerra. La consulta quedó en un "status quo", ya que la comitiva presidencial volvió a la sede del gobierno y los jefes militares, incluyendo a Angel Rodríguez, a sus puestos. Esta ronda de conversaciones terminó con un intercambio de telegramas. Peñaranda recibió uno que decía:

"Hago saber a Uds. que el pueblo ya no tiene confianza en la pericia del Comando", y Salamanca recibió esta respuesta; "Respecto a la opinión del pueblo no debe Ud. preocuparse, porque aquí en la línea también se piensa lo mismo de su gobierno y no por ello nos alarmamos". Huelgan los comentarios.

OFICIALES DE LA COMISIÓN DE NEUTRALES



Cnl. Fuentes (chileno), Cnl Peñaranda, Cnl. Martínez Pita, argentino



El Gral. chileno Fuentes abraza a un chapaco al concluir su misión



De izq. a der. Gral. Fuentes (chileno), Gral. Matinez Pita (argentino), Gral. Estigarribia, Gral. Peñaranda y un Cnl. peruano

Durante toda la campaña nadie supo, a ciencia cierta, cuales eran los objetivos estratégicos, ciertos e indubitables, de parte de Bolivia. El gobierno, en las interpe-laciones parlamentarias, salía del paso, afirmando la generalidad de que era la "defensa del Chaco Boreal", mientras que el alto mando se fijaba el objetivo impracticable de llegar hasta el río Paraguay. Se ha escrito, con acierto, que la cam-paña fue, desde el punto de vista paraguayo, una guerra nacional y total, ya que de la suerte de sus armas dependía su supervivencia como Estado, dada la proximidad de sus principales capitales a las líneas iniciales de batalla (300 kilómetros desde Asunción) mientras que, desde el punto de vista de Bolivia, era una guerra en la que sus tropas debían ir a un territorio despoblado, distante 1.800 kilómetros de sus cen-tros urbanos fundamentales, y donde no había nada que se pareciera a un camino.

VIII

Obstinadamente aferrado a la legalidad y recordando quizá el fin de Siles, al que había contribuido con su verbo encendido, Salamanca, pese al estado de guerra, decidió convocar a elecciones generales. La oposición misma le hizo notar que no valía la pena elegir a un nuevo mandatario mientras la suerte de la guerra se halla-ba en juego y el grueso del electorado, batiéndose en las trincheras. Pero Dn. Daniel era hombre de decisiones irreversibles y definitivas. Los liberales escogieron a Juan María Zalles y el gobierno apoyó a quien había servido de Canciller del régimen: Dn. Franz Tamayo, unido a Salamanca por mutuos lazos de admiración y amistad. Tamayo, triunfó en las elecciones, y el 11 de noviembre de 1934 se hacía su pro-clamación. En su discurso programa, señaló que la guerra debía ganarse "a cañonazos y no a talegazos" (aludiendo a los arreglos económicos que hicieran los liberales con Chile y el Brasil, al ceder la costa marítima y el Acre) pero la oposición insistió en que debían anularse unas elecciones en las que no habían participado los combatientes. Los sucesos de Villa Montes, a los que nos referi-mos enseguida anularon el resultado de esta elección y para Tamayo representa-ron la pedrea de su casa en La Paz, por una muchedumbre opositora, y el saqueo



Tte. Crnl. Busch rodeado de oficiales paraguayos

EL ABRAZO ENTRE ANTIGUOS CONTENDIENTES



Oficiales de los dos ejércitos confraternizan después de la paz



Oficiales de la Comisión de Neutrales con los Generales Estigarribia del Paraguay y Peñaranda de Bolivia



A la izq. el Gral. Estigarribia y a la der. el Crnl. Garay del Paraguay y en el centro el Gral. Toro, de Bolivia



El abrazo de Busch y Estigarribia



El Gral. Estigarribia del Paraguay, agradece el agasajo, después de la paz



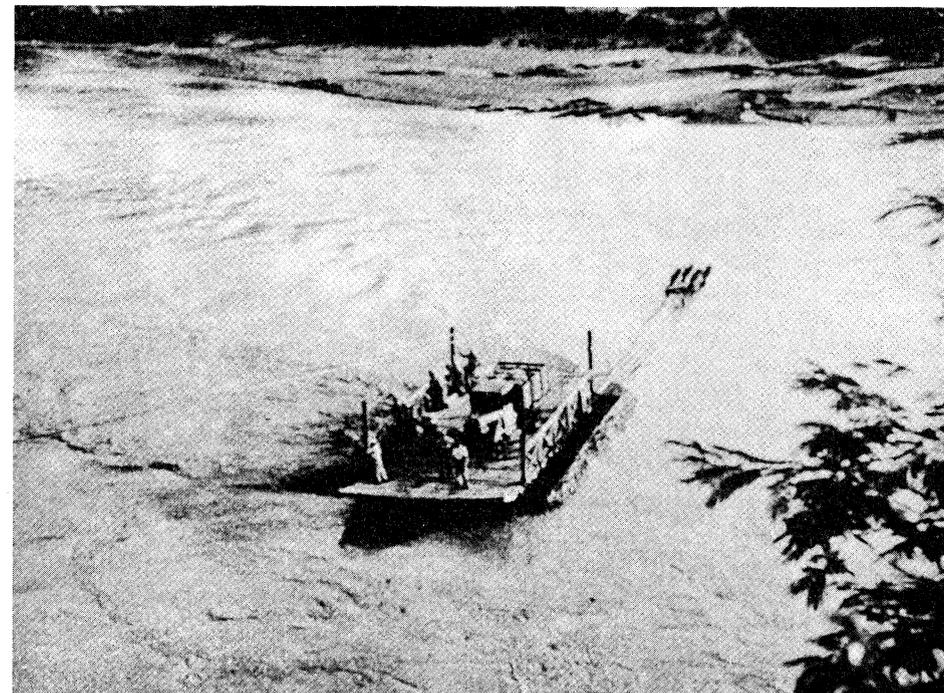
Gral. Peñaranda en Villamontes celebrando la paz con oficiales paraguayos

e incendio de su casa de hacienda de Yaurichambi, por los colonos indígenas. Tamayo se encerraría en orgulloso aislamiento, durante diez años.

A diferencia del Paraguay, donde las relaciones entre el gobierno y el poder militar eran armónicas y existía un claro entendimiento entre el Presidente Ayala—quien visitó 30 veces la zona de operaciones mientras Salamanca solamente fue 3 veces, la última para soportar la afrenta de su derrocamiento y el General Estigarribia— en Bolivia, prácticamente desde el inicio de la campaña, si no antes, hubo un divorcio completo. Salamanca no ocultaba su menosprecio por la “semiciencia”, de que hacían gala los militares y llamó a Kundt para que dirigiera las operaciones y luego a la misión checa dirigida por el Gral. Placek, decisiones ambas que desagradaron profundamente a los oficiales locales. De su parte, el coronel Angel Rodríguez, que soñaba algún día con llegar a ocupar la silla presidencial, lo llamaba “el viejo chullpa”. Cuando murió Alberto, el hijo del Presidente, éste recibió un telegrama que le informaba, que el deceso se había producido en “forma accidental”. El Mandatario tuvo fuerzas para replicar: “todos los hijos de la patria mueren heroicamente en el Chaco, solamente el mío muere por accidente”. Y ante la manifiesta incapacidad de los altos mandos para utilizar eficazmente el material humano y los recursos que el país entregaba con enormes sacrificios. Salamanca concluyó por decir: “Les he dado todo, menos inteligencia”.

A causa de los contrastes que se abatían sobre las fuerzas armadas de Bolivia, el Presidente pensó en nuevas modificaciones del alto mando y, concretamente, en el relevo del General Peñaranda, resolviendo viajar al Chaco para imponer su criterio. En noviembre, el primer mandatario y su comitiva llegaron a Villamontes, y una vez allí, Salamanca comenzó a ordenar las remociones como Capitán General del ejército. Peñaranda llegó de Samaihuate, junto con el Mayor Busch y otros jefes y oficiales. Por la noche, éstos y otros más celebraron una

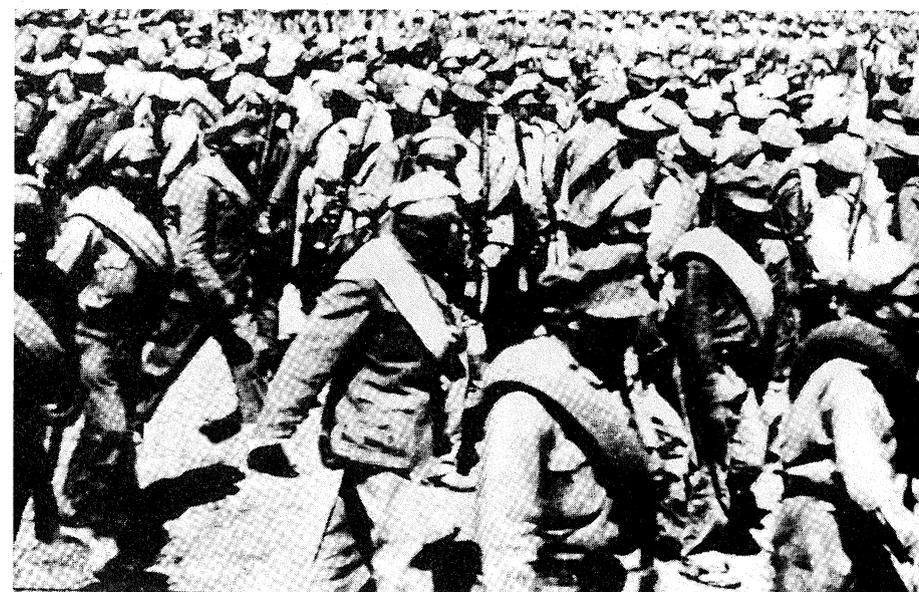
EL RETORNO



En estas chalanas se hacía el transporte de tropa por el río Pilcomayo, con frecuentes pérdidas de vidas hasta que el Ing. Roberto Arze -ante la oposición militar- impuso su criterio de tender un puente, al final de la guerra



Padre e hijo, prisioneros paraguayos. A la izquierda el jefe del Estado Mayor Boliviano, Cnl. David Toro y a la derecha el Cnl. Rivas



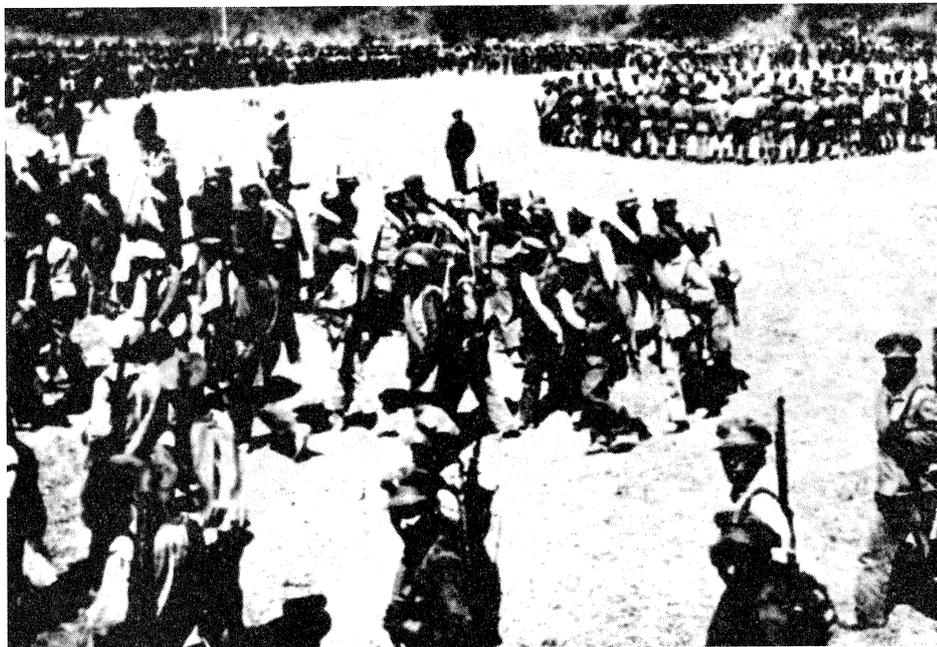
De retorno al lar



La desmovilización



Terminó la guerra



Rumbo a sus hogares



Huérfanos de la guerra, 1937

reunión y consideraron que el cambio del General en Jefe Peñaranda, sin solicitarle su renuncia era una ofensa a todo el ejército boliviano. Rápidamente, los circunstanciales se distribuyeron las tareas de golpe de Estado, trayendo soldados del puesto más próximo. Al día siguiente, 27 de noviembre de 1934, por la mañana el alojamiento presidencial fue rodeado. Salamanca, los Ministros que le acompañaban y el General Lanza, destinado a reemplazar a Peñaranda, fueron tomados presos. El golpe incruento fue dirigido por el General Peñaranda y ejecutado por el Mayor Busch, con la colaboración de los demás militares conjurados. Este fue el famoso "corralito" de Villamontes.

El propio Salamanca, relataría después pormenorizadamente el suceso:

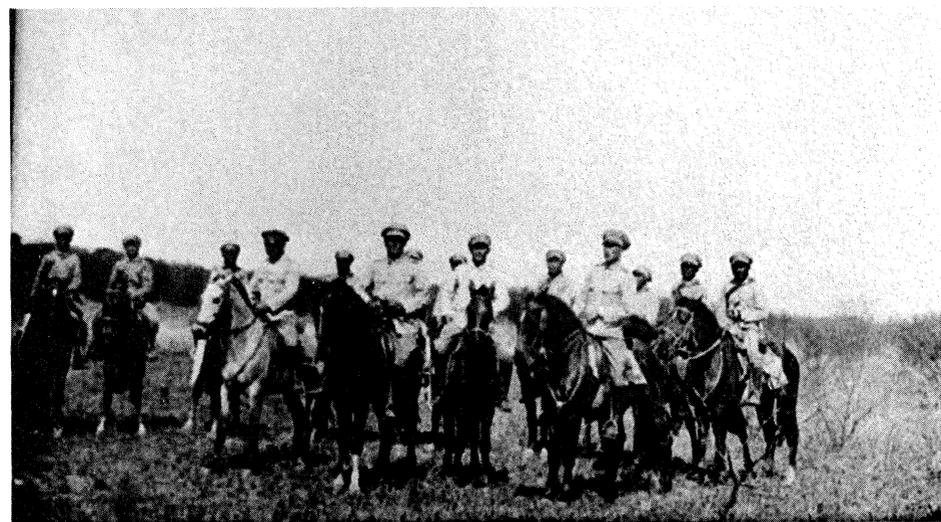
"De siete y media a ocho de la mañana, del día 27 se realizó la admirable operación militar preparada por el Comando. Aparecieron de súbito- en camiones, partidas de soldados armados de fusiles y ametralladoras, que cercaron el recinto alambrado, tomando todas sus puertas. Eran más o menos 400 hombres. Por la puerta principal irrumpieron unos 80 de ellos, así mismo armados, y tomaron la senda hacia la casa. Con estos venía el mismo general Peñaranda, que avanzó manoteando el aire con pasos bien altos y exclamando: "Ahora nos vamos a ver, ja, ja, ja; ahora nos vamos a ver, ja, ja, ja". Estaba también el coronel Rivera, que rato antes había tenido un fuerte altercado con el general Lanza. A cierta distancia, con la discreción que le distingue, estaba el general Sanjinés. Presentes entre los asaltantes estaban el teniente coronel Añez y el mayor Busch y creo que un tal Viscarra, que increpó también a Lanza, tratándole de traidor. Dos oficiales detuvieron al presidente, que solo había podido salir dos pasos de la casa. Una ametralladora puesta en un macizo le apuntaba a unos ochenta metros de distancia". Todos los que acompañaban al Presidente fueron apresados en un momento. El general Lanza hizo resistencia, tratando de sacar su pistola, pero fue desarmado por Peñaranda, que decía: "Desármenle, tirénle, agujeréenle la panza". Llevarónse a Lanza casi arrastrado. Se detuvo un momento, y arrancándose sus presillas de militar exclamó: "Tengo vergüenza de pertenecer al ejército de Bolivia". Peñaranda le replicó groseramente, tuteándole; "Eso vas a decir cuando te saquemos el cuero". "En pocos minutos todos los que pertenecían a la comitiva presidencial fueron capturados y llevados cada uno a prisión diferente. El Presidente quedó preso en la misma casa, bajo doble guardia, en contorno de la casa y en contorno del recinto alambrado". "Para esta notable proeza militar se había traído del frente de operaciones gran número de hombres, según se decía. Con seguridad se supo que el cuerpo de aviación contribuyó con mucha gente, y que al mediar la noche del lunes se trajo del frente 200 artilleros con cuatro cánones, que fueron emplazados a dos kilómetros, con tiro reglado al alojamiento presidencial y con orden de disparar a la primera orden. Ya hemos notado que en este ataque hubo dos valientes generales, un coronel jefe de Estado mayor cesante, un teniente, coronel, jefe de Estado mayor entrante, un héroe y algunos oficiales de menuda importancia. Nunca el comando había realizado una operación mejor preparada ni tan brillante. En esta memorable acción, nuestro comando tomó la revancha de todas las derrotas, mostrándose valiente y victorioso contra el gobierno de su país. El inspirador y director de esta gran manio-

bra fue el coronel Angel Rodríguez, a cuya maldad debe Bolivia la completa indisciplina de los comandos militares del Chaco, y por consiguiente su derrota. Pero también es cierto que sin el apoyo expreso y tácito del coronel David Toro no habría podido Rodríguez consumir su obra. Para colocar este cuadro en el marco que le corresponde, conviene recordar que el glorioso ataque contra el gobierno nacional se operó en presencia del enemigo extranjero y después de la derrota que sufrimos en Cañada Carmen, derrota ocasionada por la incapacidad de nuestro Comando. Consumado el motín, llegaron a Villa Montes los altos jefes de todos los cuerpos del sudeste y, junto con los vencedores, deliberaron largamente".

Obtenida la renuncia formal de Salamanca, los golpistas llamaron al Vicepresidente, José Luis Tejada Sorzano, del Partido Liberal, para que asumiera al poder. El gobernante depuesto amargado fue embarcado en su avión, a su refugio de Cochabamba, donde murió seis meses más tarde.

I X

Los jefes militares amenazados volvieron a sus puestos y los que habían sido relegados, como Toro, fueron rehabilitados. Las fuerzas bolivianas, acantonadas en Picuiba, y el ejército paraguayo que vigilaba el frente, se aprontaron para tomar, cada cual por su lado, la iniciativa del ataque. El enemigo fue quien se adelantó. En jornadas que fueron bañadas por una ola de calor, combatieron los soldados antagonistas. La sed, por la canícula infernal, hizo estragos en el ejército boliviano, pues muchos murieron por falta de agua y otros prefirieron el suicidio al espantoso tormento. Picuiba tuvo que ser abandonada. De 5.300 hombres que formaban su guarnición, dejaron sus huesos en el camino de retirada, 1.600.



Estafetas, comando de la 4ta. División

El ejército de Bolivia llegó a las estribaciones montañosas y allí reorganizó su defensa instalándose en tres sectores independientes: Capirenda, Carandaití e Isibobo, los que, no siendo suficientemente fuertes, cayeron ante el avance paraguayo, en diciembre de 1934 y enero hasta el río Parapetí.

El Presidente Tejada Sorzano decretó la movilización general de todos los varones capaces de portar armas y él, personalmente, se constituyó en Villamontes,



Oficial de caballería

cuartel general del Comando Superior de la Campaña. Hasta entonces, frente a la masiva presencia de las tropas del Paraguay, los efectivos bolivianos habían sido movilizados mediante un procedimiento, popularmente llamado, de "cuentagotas". Otra vez se reconstituyó el ejército boliviano. en el terreno favorable, con 17.000 hombres, en tanto que el paraguayo contaba con 15.000. pero este se encontraba en una zona hostil y se había extendido en un frente muy amplio, a mucha distancia de sus centros de abastecimiento.

La batalla de Villamontes se libró entre el 11 y el 22 de febrero de 1935 inutilizándose la embestida paraguaya y quedando ambos ejércitos frente a frente, en sus respectivas trincheras. Las tropas paraguayas fracasaron, también, en sus ataques a los centros petroleros en la serranía de Aguarague. Las bajas paraguayas se hicieron notoriamente superiores a las bolivianas. El Mariscal Estigarribia, en sus memorias de la guerra, apuntó al respecto: "Al principio, todo iba bien, pero luego fracasamos rotundamente, debido a la ignorancia del terreno y a la falta de entrenamiento para esta clase de guerra". No obstante. los efectivos paraguayos consiguieron tomar Charagua en abril, creando por este lado una amenaza a Camiri.

El presidente Tejada Sorzano formó un gabinete de concentración nacional, con la participación de los partidos tradicionales, incluyendo, en el Ministerio de Hacienda, al magnate minero Carlos Víctor Aramayo. Fue concedida una amnistía política parcial, que no incluía a las fuerzas de izquierda, merced a la cual regresó al país Bautista Saavedra. El gobierno boliviano reinició, así mismo, las tratativas diplomáticas, aceptando la mediación de la Liga de las Naciones, con buena voluntad.



Río Pilcomayo

Durante el desarrollo de la contienda, hubo una intensa actividad diplomática con el fin de lograr el armisticio y la paz. En el frente internacional se produjo una rivalidad entre el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que buscaba impedir el fracaso de la Comisión de Neutrales de la Unión Panamericana, y la Cancillería Argentina, a cargo de Saavedra Lamas, que deseaba que la mediación quedase en su poder, tanto para favorecer al Paraguay cuanto para blanquear su fachada pacifista, que le permitiría aspirar al Premio Nóbel. Salamanca rechazó, luego, las proposiciones conjuntas argentino - chilenas, aduciendo que existían "presiones". En el fondo, la "neutralidad" proclamada por el Presidente argentino Justo exponente de la llamada "oligarquía vacuna" y de los intereses británicos en la cuenca del Plata, era una cómoda manera de coparticipar en la guerra, frente a Bolivia. El Paraguay se benefició de la ayuda secreta argentina en armas, alimentos y carburantes, fuera del espionaje. En el transcurso de la contienda, el gobierno argentino proporcionó al paraguayo 6.000 cajones de nafta y 400 toneladas de fuel oil por mes además de asesoramiento militar. Las reclamaciones bolivianas, acerca de esta persistente violación de la neutralidad, nunca fueron atendidas. Más bien, Saavedra Lamas en una oportunidad amenazó a Bolivia con la ruptura de las relaciones diplomáticas.

El ejército boliviano reforzó sus fuerzas combatientes, hasta llegar a los 45.000 hombres, resolviendo atacar el frente enemigo por el punto central para dividir en dos al ejército paraguayo. En tanto que las tropas del Paraguay se ocupaban de ingresar en Charagua, las divisiones bolivianas se movilizaron, de modo imponente, hacia el este, cerca de la zona petrolera por Boyuibe, arrollando al adversario. Los ocupantes de Charagua debieron salir para reforzar la defensa paraguaya. En esta ofensiva, el regimiento Pitiantuta y el destacamento Duarte fueron cercados por los soldados bolivianos. La Octava División paraguaya fue



Lavando la ropa



Tropa bañándose en un brazo del Pilcomayo

también cercada, pero logró escapar hacia el Parapetí. Cayeron prisioneros cerca de 500 paraguayos.

La presión boliviana siguió hacia adelante, reconquistando Tarairí al Sur. El ejército paraguayo fue obligado a replegarse hasta Huarapitindi, en las márgenes del río Parapetí. En sucesivas batallas, que duraron 40 días, las tropas paraguayas habían sido compelidas a ceder 100 kilómetros de terreno, pero el alto mando boliviano no supo explotar esta ventaja, sino que detuvo el avance, debido al giro que tomaron las negociaciones diplomáticas. Las últimas acciones de armas de la guerra de tres años fueron la toma de Mandeyapecuá y la batalla de Pozo del Tigre, que benefició a los paraguayos, en abril y junio de 1935.

Con el Paraguay firmemente posesionado de todo el Chaco Boreal, la Argentina se esmeró por precipitar un arreglo que consolidara esta situación. Mientras Tejada Sorzano aceptó la intervención de la Liga de las Naciones, el gobierno paraguayo se opuso, mereciendo la aplicación de sanciones, que debían cumplirse. Por acuerdo entre un alto emisario argentino y el régimen del Paraguay, este último determinó el cese unilateral de las hostilidades, al mismo tiempo que el Canciller de la Argentina, Saavedra Lamas, junto con Chile, propuso la reiniciación de las gestiones diplomáticas que los beligerantes aceptaron, dando cuenta de esta situación a la Sociedad de Naciones, que dejó en manos regionales la solución del problema.

Las tratativas se radicaron en Buenos Aires. Bolivia sostuvo que la firma del armisticio fuera simultánea al arreglo de la cuestión de fondo, mientras que el bloque Argentina -Paraguay propuso separar ambas tareas. También la batalla diplomática fue perdida por la delegación boliviana, de manera que el 12 de junio, de 1935, se firmó el cese del fuego entre el Canciller boliviano Tomas Manuel Elio y el Ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, Luis A. Riart,

ante una gran multitud concentrada frente a la Casa Rosada. Los otros puntos quedaron pendientes de tratativas posteriores.

En las arenas del Chaco, el estruendo de las armas se apagó a partir del medio día. Los topos humanos salieron de las trincheras para encontrar que habían hecho una guerra tan absurda que ni siquiera habían logrado engendrar el odio recíproco. Roberto Querejazu Calvo refiere así, por ejemplo, el encuentro del regimiento boliviano Santa Cruz y del paraguayó Toledo, en la ruta Villamontes -Boyuibe: "Ambos grupos avanzaron lentamente hasta colocarse frente a frente. Luego la frialdad de los primeros momentos no tardó en trocarse en franca camaradería. Se formaron grupos y se comentó la guerra como si hubiese sido un evento deportivo. Grupos de soldados que habían seguido a sus oficiales confraternizaron también entre sí, cambiando escarapelas, cuchillos, bayonetas, prendas de ropa. Se tomaron fotografías. Parecía imposible que hasta una hora antes la misión de unos y otros hubiera sido la de acribillarse a balazos a través de la maraña".

El mismo autor ofrece las siguientes cifras del esfuerzo humano realizado por los dos adversarios:

Paraguay: 150.000 hombres movilizados, 10.000 en puestos de retaguardia, 2.500 prisioneros, 40.000 muertos.

Bolivia: 200.000 hombres movilizados, 30.000 en puestos de retaguardia, 25.000 prisioneros, 50.000 muertos.

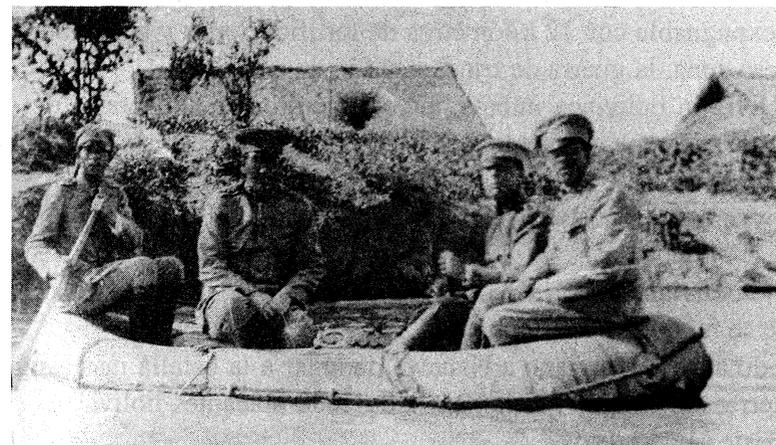
Y añade en otra parte de su excelente obra sobre el Chaco, el siguiente juicio: "Tal vez nunca en la historia de los conflictos internacionales estuvo la naturaleza del hombre sometida por tanto tiempo a un esfuerzo tan penoso como el que se exigió a combatientes, de esta campaña. Sed y hambre, calor de 40 grados a la sombra e intenso frío al soplar el viento Sud, disentería, avitaminosis y paludismo sumados al peligro de alimañas, fusiles y ametralladoras asechando en la maraña. Durmiendo en agujeros sobre el duro suelo, la arena o el barro, sin más protección que una frazada, haciendo marchas forzadas bajo el azote de un sol inclemente o la lluvia, combatiendo sin relevo, reducidos al denominador común más bajo en la escala humana, sirviendo de carne de cañón en los errores de comandos ineptos".

Una creencia extendida sostenía que los Barones del Estaño financiaron el sostenimiento de la guerra sudoriental. En cumplimiento de la entrega obligatoria de gran parte de sus divisas de exportación, la minería vendió, entre 1932 y 1935 al Banco Central un poco más de 7 millones y medio de libras esterlinas. Los impuestos sobre utilidades mineras alcanzaron, en el mismo período, a cerca de 3 millones de bolivianos, equivalentes a 150 mil libras, al cambio de 20 bolivianos por libra esterlina. Como esta contribución fuese pequeña, el gobierno obtuvo las siguientes contribuciones:

Grupo Patiño	1.492.548 Libras
Grupo Hochschild	180.000 Libras
Grupo Aramayo	120.000 Libras

Joaquín Espada, Ministro de Salamanca, sostiene que la Guerra del Chaco tuvo un costo de \$us. 60.000.000, pagados en su mayor parte con impuestos de la minería grande.

Es inevitable hacer una mención a dos vecinos, Chile y Argentina, que tuvieron intervención en el conflicto, el primero, poniendo obstáculos al libre paso de armamento para Bolivia por los puertos del Pacífico, que fueron suyos, hasta la guerra de 1879 y el segundo, mediante una franca y persistente ayuda material, diplomática y de inteligencia militar al Paraguay. Existen múltiples testimonios de éste acerto, del lado paraguayó. El embajador paraguayó, en Buenos Aires, Vicente Rivarola, en sus "**Memorias diplomáticas**", cuenta que el Ministro de Guerra argentino, Manuel A. Rodríguez, le explicó que la neutralidad argentina sería aplicada en forma conveniente y ventajosa y cuando Rivarola pidió una explicación, el Ministro le dijo: "Conveniente en el sentido de no dejar pasar nada a Bolivia y ventajosa en el sentido de hacer todo lo posible a favor del Paraguay", añadiendo que por la frontera del Pilcomayo, donde el ejército boliviano se aprovisionaba de víveres, comprados en el norte argentino, "no pasarían ni los pájaros". El Presidente Justo del Paraguay, era cuñado del argentino José Casado, dueño del puerto paraguayó de ese nombre, con vastos intereses en ese país. Los Casado eran dueños de 5.600.000 hectáreas de tierra en el Chaco. Durante todo el curso de la contienda, Argentina no dejó de proveer ni un día al Paraguay de gasolina, trigo y otras vituallas, así como 8.000 obuses para cañones, millares de fusiles y 10.000.000 de balas para fusiles y ametralladoras. Como del caldero de las brujas de Macbeth, del infierno yermo del Chaco, saldrían, para Bolivia, frutos de distinto sabor y apariencia, algunos envenenados: desde la liquidación de la antigua sociedad de privilegios exclusivos en la cima y multitudes humilladas en la sima, y la recuperación del estaño y el petróleo -metal y orín del diablo que pasaron a manos del Estado; hasta el ascenso de las clases medias y obreras, la liberación del indio -pongo y colono- y su nuevo sometimiento a otros pongueajes más benévolos -la revolución (1952), el militarismo (1964) y la instauración del sistema democrático (1982). Los demás, es historia contemporánea.



Soldados en balsas de neumáticos

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA CONTIENDA

1932

Tropas paraguayas y bolivianas se disputan Laguna Chuquisaca (llamada Pitiantuta por Paraguay) con tomas y retomas hasta su caída final en manos paraguayas (16 de julio) con lo que se inicia el conflicto chaqueño.

Como represalia, el Presidente Salamanca instruye la toma de los fortines paraguayos Corrales, Toledo y Boquerón, ocupación que realiza la IV División (31 de julio).

La contra-ofensiva paraguaya se concentra en Boquerón, que cae al cabo de 23 días de combate (6 al 29 de septiembre).

Caen en poder de Paraguay los fortines Arce (22 de octubre) y Alihuatá (25 de octubre) y se produce la dispersión de tres regimientos bolivianos y el retiro a Fortín Saavedra. Concluye así la primera fase de la guerra con la aniquilación del primer ejército boliviano.

La guerra se estabiliza en trincheras paralelas y se producen encarnizadas batallas en Campo Jordán (1° al 20 de diciembre).

El ejército boliviano resiste en Kilómetro Siete y retoma el Fortín Platanillos (13 de diciembre) ocupando después los fortines Bolívar, Loa y Corrales.

1933

Después de denodados esfuerzos fracasa el ataque boliviano sobre Nanawa, fortín inexpugnable con 12 kilómetros de fortificaciones y se estabiliza también en esa zona, la guerra de trincheras (20 de enero).

La VII División boliviana intenta, intenta inútilmente apoderarse del Fortín Fernández (20 de enero) intento que se repetirá dos veces más en el curso del año.

La III División boliviana ataca Toledo, sin lograr su objetivo de toma (26 de febrero).

El ejército boliviano ocupa el Fortín Alihuatá, pero no logra destruir al adversario que se repliega hacia Gondra (13 de marzo).

El segundo ataque boliviano a Nanawa da lugar a la batalla más sangrienta, de la guerra: en 9 horas quedan sin vida 2000 atacantes bolivianos pero el fortín resiste (4 de julio).

112

La IV y la IX divisiones bolivianas, quedan encerradas en Campo Vía sin poder abrirse paso ante el grueso del ejército paraguayo (26.700 hombres) que los rodeaba. Se produce la capitulación y rendición de 8.000 soldados bolivianos con todo su parque (15 de octubre -12 de diciembre).

El General Kundt es relevado del Comando.

1934

El ejército paraguayo ataca y captura Cañada Tarija (25 al 29 de marzo). Sufre un revés de consideración en Cañada Cochabamba (14 al 24 de mayo).

Triunfa en las dos batallas de El Condado (18 de junio y 8 de julio).

Batallas de Isopoienda y Algodonal y captura por el ejército paraguayo de Picuiba, y los fortines Irindague, Algodonal e Isopoienda (6 al 24 de septiembre).

Ofensiva paraguaya sobre Picuiba y Carandaiti y desbande boliviano en El Carmen (13 al 22 de noviembre).

Retirada del ejército boliviano en Picuiba (7 al 11 de diciembre).

1935

Defensa exitosa de Villa Montes por el ejército boliviano, ante 34 asaltos de tropas paraguayas (5 al 20 de febrero).

La contra ofensiva boliviana reconquista Charagua (21 de abril) que los paraguayos habían ocupado días antes.

El ejército boliviano reocupa Pozo del Tigre y sostiene el sitio pese a la contra ofensiva del enemigo (4 al 8 de junio). La guerra de trincheras continua a lo largo del frente.

Cese de fuego en todos los frentes, de Villa Montes a Puerto Suárez (14 de junio) en virtud del Protocolo de armisticio firmado en Buenos Aires, dos días antes.

113

ALGUNOS ASPECTOS GEOGRAFICOS SUELO Y VEGETACIÓN *

**Los textos que aparecen a continuación: "Algunos aspectos geográficos" "Empleo de las distintas armas", "Proclama del General Peñaranda" y "Proclama del General Estigarribia" corresponden al libro "Notas de la pasada guerra del Chaco" del Mayor del Ejército argentino Juan Esteban Vaca, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, volumen 240 (1938) Buenos Aires.*

El suelo es arenoso en los cañadones y arcilloso en los bosques. Muchos caminos se consolidaron con ramas y hojas de árboles especialmente adecuados para dar firmeza. Si llovizna, los camiones patinan haciendo difícil, casi imposible, el tránsito. Las dobles cadenas ayudan bastante.

La vegetación, de extraordinario desarrollo, domina en toda la extensión del Chaco Boreal, y es más alta y enmarañada a medida que se avanza hacia el Pilcomayo. Las orillas de los cursos de agua están cubiertas de monte, en fajas paralelas a los mismos y que alcanzan, a veces, a cubrir varios kilómetros. El Chaco, es en síntesis un verdadero "mar vegetal".

Para un cazador hay un fácil programa, con las frecuentes bandadas de miles de palomas en las orillas del Pilcomayo y cerca de las aguadas.

También abundan las "gurinas" (pequeños ciervos) "chanchos del monte" y tapires; se aprovechan para un buen plato.



Cocina construida por paraguayos

El aspecto de la selva es de un "gris muy triste". Todo es soledad, calor y aridez. Dominan los mosquitos y el "bochorno" (pesadez atmosférica); por eso ambos beligerantes llamaron al Chaco "el infierno del mundo".

Felizmente algún lapacho florido alegraba de vez en cuando el panorama invariable de los viejos espinillos sin flor.

Clima. En general las altas temperaturas y el exceso de humedad lo hacen mal-sano, especialmente en el Norte y Sud Este El invierno es muy benigno.

Las enfermedades más comunes son: tifodea, disentería y paludismo. Al principio de la guerra hizo estragos la "avitaminosis" (no llegaban los víveres vitaminados).

Lluvias.- Son frecuentes de septiembre a abril; a veces acompañadas de viento huracanado. Un avión fue llevado por el viento, en Fortín Muñoz, y no se tuvo nunca noticias de su paradero. Las tormentas son eléctricas y de truenos fuertísimos.

Población.- En general es una región semidesierta, hay poca población blanca, pero sí muchas tribus de indios que viven diseminadas e inestables, persiguiendo la caza o aproximándose a las poblaciones o aldeas según las circunstancias. Algunos tipos indígenas como los "sinacuas" vivían en estado salvaje, en verdaderas cuevas, defendiéndose con flechas envenenadas.

Otras familias, como los "matacos" y chulupés", se "civilizaron" durante la guerra y aprendieron a comer víveres de las columnas a cambio de trabajo en los caminos.

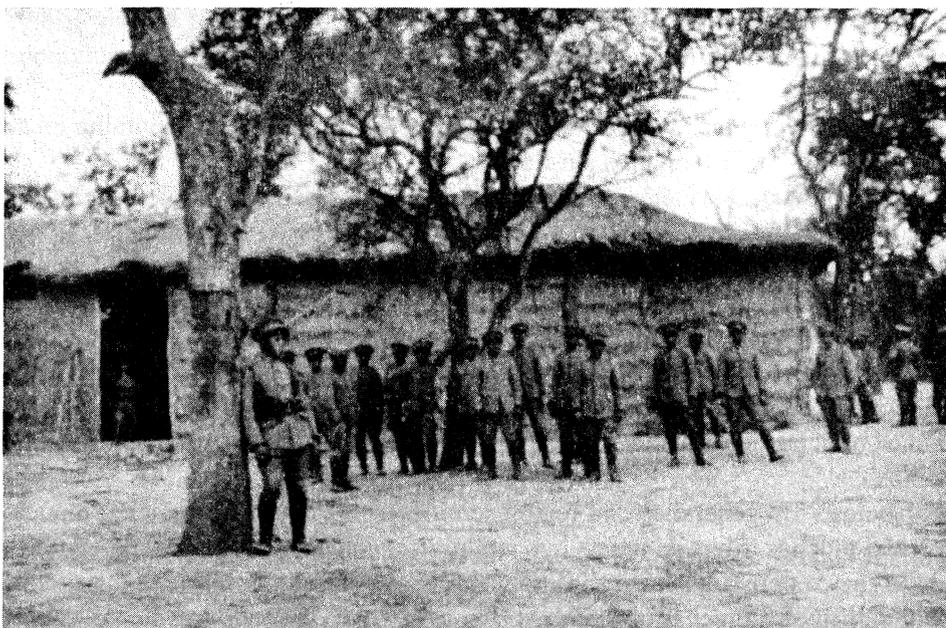
Viabilidad.- Los caminos principales están orientados, en general, de Oeste a Este, excepto el de Santa Cruz - Charagua - Villamontes - Yacumba (apto para automóviles) y otros de menor extensión en la zona Norte y cerca de la costa del río Paraguay.

De los de Oeste a Este, los más importantes son:

Santa Cruz, Roboré, Puerto Suárez.- Permite la tracción mecánica cuando no llueve (por los grandes pantanos).



Saludo fascista, de moda en la época, de oficiales e indios yacubabas



Vivienda paraguaya capturada

San Francisco, 27 de Noviembre, Fortín Olimpo.- Suelo duro, con pocos accidentes; permite el tránsito de automóviles.

Villamontes, Ballivián, Muñoz, Concepción.- Bastante arenoso especialmente hasta Ballivián; permite el tránsito de automóviles con dificultades desde Guachalla a Cururenda.

La mayor parte de los abundantes caminos actuales, todos ellos de "picada", han sido construidos durante las operaciones y están registrados en las cartas levantadas durante la guerra por las secciones topográficas de los comandos.

Ferrocarriles

Paraguayos: De puerto Casado hacia el Oeste., llega hasta Km. 160 (Minas Cué). Trocha: 0,75 m.

Rendimiento.- Dos trenes diarios de 20 vagones y chatas; cada tren transportaba 1.600 hombres.

De Puerto Pinasco hacia el Oeste llega hasta Km. 75. Trocha: 1 metro.

De Puerto Sastre a Km. 70: trocha 0,75 m.

De Puerto Guarany a Km. 66: trocha 0,75 m.

Bolivianos:

Las estaciones más próximas al teatro de operaciones, comprendidas entre Tupiza y Villazón, estaban al iniciarse las operaciones, a unos 750 kilómetros de la línea de fortines.

Inicialmente realizaron sus principales desembarques en Villazón, pero bien pronto para evitar el espionaje, se utilizó la Estación Mojo, algo más al Norte de Villazón.

Previa construcción de caminos, los transportes motorizados desde Sucre y

Santa Cruz facilitaron enormemente los desplazamientos de tropas desde las estaciones terminales.

Recursos.- Muy precarios; en las estancias a lo largo del Pilcomayo y vías férreas, había al principio de la guerra aproximadamente unas 20.000 cabezas de vacuno. En la zona de las colonias menonitas es donde hay mayor cantidad de ganado, así también en la región del río Parapetí, en donde la fertilidad del suelo es magnífica.

Condiciones para el empleo de las tropas

Exploración aérea.- Muy dificultada por las cubiertas arbóreas que ocultan los objetivos, aparte de la práctica adquirida por la infantería para derribar aviones con sus fusiles y armas automáticas (lluvia de proyectiles hacia el cielo).

Exploración terrestre.- También está limitada por la escasez de caminos transversales y paralelos. La sorpresa fue el gran procedimiento decisivo en la conducción operativa y táctica.

Acción táctica

Marchas.- Por los caminos de picadas y fuera de ellos, siendo fatigosa y lenta por la vegetación y pantanos; en épocas de lluvia es incómoda también sobre los caminos por el fango pegajoso que se produce. Cuando hay sol el "polvo fino" deprime y agota al soldado del Altiplano. Este polvillo llegó a paralizar los motores de los vehículos, debiendo recurrirse a filtros especiales en los carburadores y entradas de aceite.

Combate.- Siempre con objetivos limitados precedidos por reconocimientos minuciosos para comprobar la ubicación de la sistematizadas "alas en martillo". Se tomaban el tiempo necesario.

Campos de tiro.- Muy reducidos, y previo talado de la vegetación.

Más de una batalla importante se ganó sin que mediara un intenso combate por el fuego. La fase final de una operación era "cortar el camino" (doble corte) o apoderarse de la "aguada" que abastecía a las tropas

La maniobra con unidades operativas también pudo realizarse.

La artillería encontró serias dificultades en la dirección del fuego, y la aviación, muy escasa, rara vez pudo cooperar. Desde las baterías se adelantaban observadores hasta la línea "principal de lucha" donde se realizaba el "estaqueo" de los frentes.

Las estacas subdividían los sectores de infantería para facilitar los pedidos de cooperación y apoyo de la artillería.

Alojamiento.- Era tan penoso descansar como combatir. Sólo en los "pahuiches" podía respirarse bien. Los rigores del clima y la variedad de mosquitos eran enemigos permanentes del descanso.

El enmascaramiento fue natural y perfecto. Era imposible localizar los vivaques y, con más razón, los puestos de comando.

EMPLEO DE LAS DISTINTAS ARMAS

Puede afirmarse que esta guerra fue una guerra de infantería, pues pocas veces la historia militar podrá —como en este caso— adjudicarle a esta arma las glorias de los aciertos y las responsabilidades de las derrotas.

En efecto, todas las unidades estaban equipadas para el combate a pie. La caballería se inició con ganado, pero pronto quedó desmontada y los numerales de las unidades se mantuvieron por respeto a la tradición de esta arma que, en Bolivia especialmente, era la más prestigiosa.

(Los jefes más calificados eran de caballería).

La infantería estaba dotada de la siguiente variedad de material:

Fusil máuser Vickers, 7,65 mm.

Fusil máuser mosquetón 7,65 mm.

Granada de fusil (lado boliviano)

Granada de mano

Fusil ametrallador Breno, Madsen y Vikers.

Pistolas ametralladoras (tres tipos)

Ametralladora semipesada Oerlikon (lado boliviano)

Ametralladora pesada Vicker, Maxim y Colt.

Ametralladora antiaérea Oerlikon 20 mm.

Morteros Stokers Brandt (calibres 47, 81 y 105 mm.)

Conducción.- La parte difícil de la maniobra era el avance y apresto a través de la selva, pero una vez comprobada la posición enemiga y la profundidad de sus “alas de martillo”, las unidades se lanzaban en masa al asalto, reemplazando la bayoneta por las granadas a mano. El doble envolvimiento fue la maniobra dominante.

Después de la irrupción, las tropas realizaban el “combate a través de la zona de profundidad enemiga” con todas las características que prevé nuestro R.E.I. con-



4ta. División. Estafetas de Comando

solidando las posiciones conquistadas para resistir contrachocos y contraataques (“afirmar el bolsón”).

Los trabajos de campaña se llevaron a cabo en gran escala, disponiéndose de tiempo y material para obras completas. Aplicóse la verdadera doctrina de la fortificación de campaña:

a) Un medio para pasar luego a la ofensiva.

b) Una forma de desgastar al enemigo retardando su avance a la espera de refuerzos.

Caballería.- Sólo al iniciarse las operaciones pudieron moverse algunos escuadrones, los que pronto quedaron a pie. Ulteriormente los cuerpos, divisiones y regimientos de caballería se condujeron totalmente como infantería.

Artillería.- Los ejércitos beligerantes estaban dotados del siguiente material:

Cañón 7,5 y 10,5 Schneider (Paraguay)

Cañón 7,5 y 10,5 Vickers (Bolivia)

Cañón 6,5 (Bolivia)

La cantidad era muy escasa; las unidades operativas preferían los morteros.

Los artilleros no poseían una preparación técnica completa. ¡Hacían lo que podían!

Del lado boliviano algunos oficiales chilenos retirados del servicio activo fueron contratados especialmente para los comandos de artillería.

El fuego de “hostigamiento” (perturbación) fue la norma; gran consumo de munición y escaso rendimiento, a pesar de la buena voluntad de los aviadores.

Aviación.- A pesar de la reducida dotación de aviones, si bien del lado boliviano mayor cantidad, esta arma constituyó el único medio para realizar —aún con las dificultades geográficas— la exploración lejana operativa.



Fortín Muñoz

Dentro del campo táctico su actuación se vio seriamente restringida por la defensa antiaérea de los fusiles y armas automáticas (hubo muchos casos de aviones batidos).

Se realizaron también algunos combates aéreos espectaculares en Ballivián y zona central (caso del valiente boliviano mayor Pabón), pero casi podrían calificarse de “desafíos singulares” sin resultados trascendentes.

Los transportes aéreos fueron aplicados intensamente de uno y otro lado. Varios trimotores de la empresa comercial Lloyd Aéreo Boliviano, que durante la guerra se puso al servicio del Ejército, y un bimotor de sanidad paraguayo, transportaron personal y material. Los oficiales que prestaban servicios en los estados mayores aprendieron en la guerra la especialidad de “observadores militares”.

No todos los aviadores militares poseían la preparación técnica y táctica que exige esta arma para su cabal rendimiento.

Zapadores.- Bolivia no disponía de unidades especialistas organizadas desde el tiempo de paz; tampoco las tenía el Paraguay en sus formaciones. Por eso, en la guerra se improvisaron destacamentos de “trabajadores”, que se denominaron “zapadores” (del lado boliviano, indios a jornal o víveres).

A esta falta de organización y carencia absoluta de material de campaña, se debe, tal vez, que no se haya intentado ninguna operación de pasaje de curso de agua, aun en circunstancias operativas favorables, como sucedió en proximidades del río Pilcomayo.

Comunicaciones.- Del lado paraguayo funcionaron bien, y dentro de la doctrina orgánica y táctica conocida. En cambio, del lado boliviano, el sistema de conducción unitaria condujo a resultados desfavorables; los órganos y medios de comunicaciones eran elementos de comandos y no de las tropas.

Las radiocomunicaciones fueron aplicadas con igual entusiasmo por ambos beligerantes, aunque, por inexperiencia, se cayó, al principio, en los errores de cifrados sencillos, que fueron captados y traducidos por el adversario.

Servicios.- Debe destacarse que todo fue improvisación, pero poco a poco, a costa de grandes penurias, se fueron mejorando los sistemas hasta llegar a una organización perfecta, con predominio absoluto del camión.



*Gral. José Félix Estigarribia (1936)
Retrato de Gil Coimbra*

PROTAGONISTAS Y PERSONAJES



Presidente Daniel Salamanca



*Simón I. Patiño
Industrial minero*



*Gral. Hans Kundt
Comandante en jefe del Ejército boliviano entre 1932 y 1933*



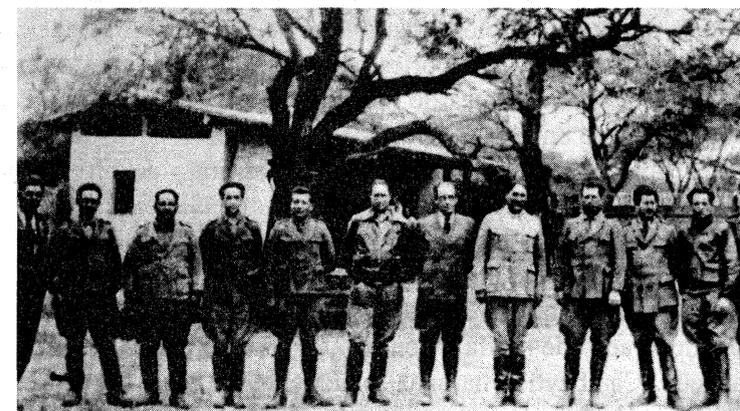
Gral. David Toro



*Tcnl. Germán Busch
fotografía de cuando ejerció la Presidencia de la República*



Luis Fernando Guachalla Ministro de Guerra, Gral. Enrique Peñaranda, Comandante en jefe, Presidente J. L. Tejada Sorzano



El Ministro de Guerra Luis Fernando Guachalla, en Samayhuate rodeado del Comando Superior, entre otros Bilbao Rioja, Toro, Peñaranda

PROCLAMA DEL GENERAL PEÑARANDA CON MOTIVO DE INICIARSE LA DESMOVILIZACION DEL EJERCITO DE BOLIVIA

Gran Cuartel General, 24 de junio de 1935

“A los señores jefes, oficiales y soldados del ejército en campaña:

Pacificada la contienda, aproximase la hora en que debéis retornar a vuestros hogares después de tres años de combatir sin tregua contra el invasor. Cuando la Patria, conmovida ante la agresión injusta os llamó bajo banderas, acudisteis a su defensa sin una vacilación, abandonando todo con el supremo renunciamiento de quien sabe que va a morir o vencer por algo más que un derecho inmovible: por el honor nacional.

Un pueblo superior.- Alzóse a vuestro paso la naturaleza misma. Os asechaban la distancia, la selva no sabida, los soles implacables, el desierto, la sed y la muerte. Pero nada logró detener la imperiosa marcha de vuestra epopéyica acción. Por delante iba la Patria: os seguía el clamor de la justicia y del derecho. Valerosos en la batalla, magnánimos en la victoria, titánicos en las aciagas horas, habéis demostrado al mundo de lo que es capaz un pueblo superior que lucha en aras de un sacro ideal.

Las tumbas veneradas.- La historia no podrá señalar un solo palmo de terreno, en el trágico escenario, que no hubiese glorificado con vuestro heroísmo y vuestra abnegación. No bastan todos los laureles ilustres para amontonarlos sobre las tumbas veneradas de los que cayeron en la lid; para los que alzándose en espíritu se edificaron magníficamente sobre todos los términos humanos y transitorios. Junto al turbión de su sangre generosa y fecunda germina ya la esplendorosa patria de mañana, y sobre sus sagrados despojos sólo cabe un responso: el de la eternidad. Expreso mi gratitud de jefe a todas las entidades que, con mente, corazón y empeño, coadyuvaron a la defensa nacional.

Los héroes de la campaña.- A la sanidad militar, que, infatigable y abnegadamente, veló en torno de los dolores materiales que nos deparó la guerra. A nuestros servicios de campaña, transportes, comunicaciones y abastecimientos. Al clero, a todas las organizaciones de retaguardia, que cooperaron a la obra del ejército. Y la expreso en forma especialísima al chofer: el héroe silencioso del camino inacabable. Bolivianos: hombres de la montaña y del Oriente; jefes, oficiales y soldados de la guerra del Chaco, jefes y oficiales extranjeros, paladines de la civilización y la justicia; guerreros de Laguna Chuquisaca, Boquerón, Kilómetro 7, El Condado, Ballivián Strongest; de las nueve victorias consecutivas que trazaron su parábola desde Carandaity hasta La Faye; guerreros del campo atrincherado de Villa Montes, de Ñancoraiza, Tarairi, Boyuibé, Mandeyapecuá, Cambeytí, Charagua, el Parapetí y Pozo del Tigre; soldados todos de todas las batallas de esta guerra, la patria, orgullosa de vosotros, os tributa por mi intermedio su gratitud, como os la presenta emocionado vuestro

general en jefe. Habéis sido dignos de Bolivia, dignos de su historia, dignos de su causa.

Orden y disciplina.- Dejáis los bosques del Chaco, llenos de vuestra gloria. Y ahora id a laborar por el engrandecimiento moral y material del país; con el pensamiento sereno y con la acción solícita y honorable. Que el orden y la disciplina que con vuestra bravura fueron poderosas palancas en los éxitos de la guerra, sean las normas invariables a que sujetéis severamente vuestras futuras actividades. Ayer héroes de la contienda; mañana héroes de la paz. Os abraza vuestro general y amigo”.

(Fdo). General Peñaranda.
Comandante en Jefe del Ejército boliviano en campaña.

PROCLAMA DEL GENERAL ESTIGARRIBIA ANUNCIANDO EL FINAL DE LA GUERRA



Los generales Estigarribia y Peñaranda

“Jefes, oficiales y tropa:

Con profunda emoción os anuncio la cesación de la lucha. En tres años de guerra habéis demostrado ser dignos de vuestros mayores, realizando una obra que las generaciones del porvenir recordarán siempre. Habéis hecho jornadas inolvidables con un enemigo tenaz y una naturaleza hostil. En este día tan feliz recuerdo especialmente con el corazón dolorido a los hermanos que cayeron. A todos mi gratitud. Yo llevaré a la tranquilidad de mi hogar como el más grande honor de esta guerra, el haber sido vuestro comandante en jefe”.

(Fdo.) José Félix Estigarribia.
General comandante en Jefe del Ejército paraguayo en campaña.

LA NARRATIVA DEL CHACO

X

La guerra del Chaco produjo una verdadera eclosión de testimonios autobiográficos de oficiales y funcionarios que buscaban probar ciertos hechos, justificar su conducta o establecer dónde se equivocaron los otros. La enumeración de esas obras sería larga y engorrosa. En el campo de la ficción, inspirada naturalmente en la experiencia de diversos actores, se hallan obras de gran valor literario. En el volumen **Sangre de mestizos**, de Augusto Céspedes, figura **El Pozo** que es quizá el relato más difundido de la literatura boliviana, pues ha sido reproducido en varias antologías y es, en opinión de Germán Arciniegas, que lo seleccionó para el volumen en inglés **Green continent**, uno de los veinte mejores cuentos de Latinoamérica. Ese grupo de soldados famélicos que cavan obstinadamente un pozo hasta alcanzar los cincuenta metros de profundidad, en busca del agua que no aparecerá nunca, es en cierto modo el retrato simbólico del pueblo boliviano, que lucha sin tregua contra todos los obstáculos que le opone un destino adverso y que, cuando cree haberlos superado, encuentra tan solo nuevas alucinaciones y espejismos.

En su ensayo sobre **La literatura boliviana de la guerra del Chaco**, Jorge Siles Salinas, enumera las siguientes obras consultadas:

Eduardo Anze Matienzo. **El martirio de un civilizado**. Editorial Tor. Buenos Aires. 1935.

Yolanda Bedregal. **Nafragio**. Imprentas Unidas. La Paz, 1937.

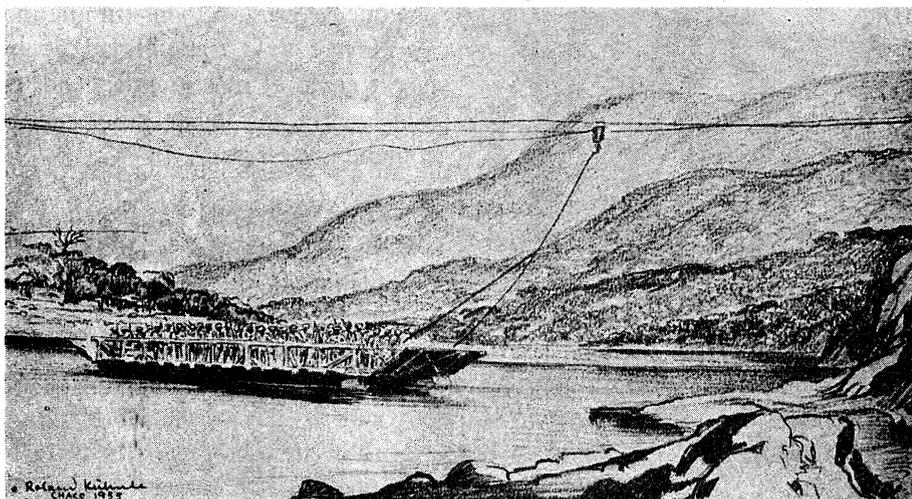
Oscar Cerruto **Aluvión de fuego**. Editorial Ercilla. Santiago de Chile, 1935.

Augusto Céspedes **Sangre de mestizos**. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1936.

Claudio Cortés **Esclavos y vencidos**, La Paz, s.f., ¿1939?

Adolfo Costa du Rels. **Lagune H. 3** Viau. Buenos Aires, 1944.

La Laguna H. 3. Editorial Los Amigos del Libro.



La Paz, 1967. Trad. De N. Fernández Naranjo.

Porfirio Díaz Machicao. **Los invencibles**. Colección Claridad, Buenos Aires. S.f., (1835).

Augusto Guzmán, **Prisionero de guerra**. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1936.

Fernando Iturralde, **Encrucijada**, Buenos Aires, 1939.

Jesús Lara. **Repete**, Editorial Carlos Canelas, 2ª edición, Cochabamba, 1937.

Roberto Leytón, **La puna de los 4 degollados**, Ediciones Universidad Tomás Frías, Potosí, 1946.

Raúl Leytón **Placer**, editorial Canata. La Paz – Cochabamba, 1955.

Raúl Otero Reich, **Poemas de sangre y lejanía**, La Paz, 1934.

Gastón Pacheco, **Cuentos chaqueños**, Editorial Potosí, Potosí, 1935.

Rafael Ulises Peláez. **Cuando el viento agita las banderas**, 2 tms. Empresa Editora Universo, La Paz, s.f. ¿1950?

Saturnino Rodrigo, **Fue la sed**, Empresa Industrial Gráfica Burillo, La Paz, 1959.

Alberto Saavedra Nogales **Dimensiones de la angustia**, Editorial Universitaria, Potosí, 1964.

Luis Toro Ramallo **Chaco**, editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1936.

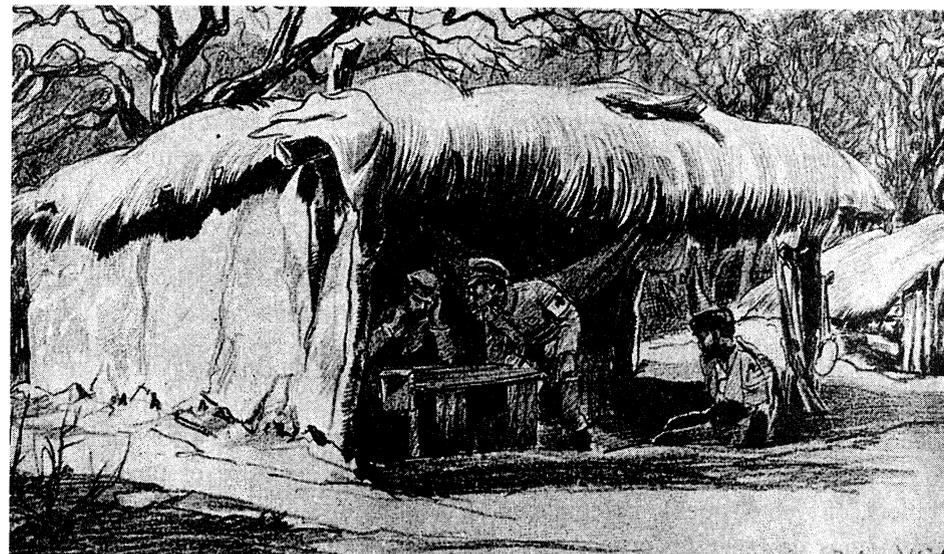
José Enrique Viaña, **Camino Soleado**, Potosí, 1935.

A esta lista cabría añadir algunos otros títulos, como por ejemplo:

Guerra a la guerra de José Daza Valverde

Harapos de Armando Montenegro

Horizontes incendiados de Gustavo Adolfo Otero.



RETRATO DE PARAGUAY*

Germán Arciniegas

**La generación boliviana que fue al Chaco, nada sabía del Paraguay ni de los paraguayos y ni la guerra sirvió para encender el odio entre los dos pueblos. Debemos lamentar que a 70 años de distancia, el desconocimiento mutuo, entre bolivianos y paraguayos, es casi el mismo de antaño. Para remediar un poco esta absurda situación, ofrecemos, este texto del consagrado autor colombiano tomado de su libro: "El continente de siete colores", (1970), cuando todavía el vecino país padecía la dictadura de Stroessner, Bolivia y Paraguay, que confrontan parecidas dificultades y problemas deben considerarse en el futuro como hermanos en la tarea de lograr un común y más venturoso destino.*

El doctor Gaspar Rodríguez Francia (1766-1840), taciturno déspota paraguayo, ejerce una dictadura negra en oposición a la roja del argentino Rosas. Se hizo elegir dictador en 1814, y en 1816 dictador perpetuo. Lo fue hasta su muerte. Así como la Argentina quería salir al mar, navegar, entrar en contacto con el mundo, Paraguay heredó de los jesuitas la voluntad de recogerse y hundirse en su propio recogimiento. El doctor Francia, fiel a esta herencia, no mantuvo relaciones con ningún país de la América libertada. Sostenía que semejantes amistades corrompían. Veía que los vecinos cultivaban la semilla de la anarquía. El no iba a permitir que germinara en su tierra. Tal disposición de ánimo estaba dentro de la conciencia nacional naciente. En 1812 el Paraguay estableció el albinagio "o sea la incapacidad de los europeos de transmitir sus bienes por testamento o sucesión, a ningún pariente o extranjero residente en el exterior: ellos debían recaer necesariamente en deudos paraguayos, o en su defecto, pasaban al dominio del fisco" (Natalicio González: "El Estado servidor del hombre libre"). Esta filosofía se perpetúa. Cuenta Natalicio González que a raíz del vencimiento en la guerra de 1870 "fue designado un ciudadano extranjero como Jefe de la Iglesia Paraguaya. El pueblo, abatido por la terrible derrota, se abrió de su prostración para rechazar la afrenta. Se produjo un cisma y no hubo modo de restablecer la paz religiosa hasta que un hijo de la tierra fue ungido Obispo de la nación ofendida".

A la barbarie de los gauchos de a caballo que alborotan en Buenos Aires, Francia opuso un oscuro despotismo silencioso. Se había educado en Córdoba, iniciándose en la carrera eclesiástica, que trocó por la de leyes. Leyó a los enciclopedistas. Interpretaba el Pacto Social como un acuerdo entre el pueblo y él, Francia, en que el pueblo delegaba en él la suma total del poder. Eran las circunstancias de emergencia que el mismo Rousseau preveía. El arzobispo de

Córdoba quiso una vez penetrar en el Paraguay, huyendo de la Argentina, y no se le permitió cruzar la frontera. El futuro Papa Pío IX, que había soñado en Italia con vivir en las antiguas misiones, escribía una vez en Roma: "El Paraguay, al tiempo de nuestra estada en América, era inaccesible aun para tener noticias de él, por los sistemas del doctor Francia. Basta decir que el obispo de Asunción, que aún vive, hacía dos años que se había confinado en el convento de su religión, franciscana por orden del mismísimo Francia". El gran naturalista Bonpland, compañero de Humboldt, cruzó una vez la frontera, por inadvertencia y Francia ya no le permitió salir. Bolívar suplicó en vano para que le dejase en libertad. Francia se contentó con darle el país por cárcel, y a una buena mujer de la tierra por compañera.

Hizo fusilar a los próceres de mayo: Yegros, Iturbe y Montiel. Tenía finezas escalofriantes. Cuando quería hacerle una concesión a un condenado a muerte, le daba a escoger la bala que debería ponerse en el fusil que lo despacharía al otro mundo. Rompió con el Vaticano. Nombró a los obispos. No conoció mujer. No tuvo amigos. Fue parco en el comer, sobrio en el beber, negro en el vestir. Sombrío en el pensar. Implacable en el castigo. Frío. Comte, en su calendario, consagra un día del año al doctor Francia. El sociólogo hacía así los almanaques de su religión.

Lo de Francia no es ni siquiera barbarie: es silencio. La barbarie comienza después de Francia, cuando el Paraguay entra en contacto con otros pueblos. Así lo había anunciado "El Supremo". (El Supremo es el nombre con que pasa Francia a la historia paraguaya). A los seis meses de la muerte de El Supremo, toma el poder Carlos Antonio López, que inicia relaciones con la Argentina y con el Vaticano. Tras la dictadura de Carlos Antonio viene la de su hijo Francisco Solano López. Este se había educado en Francia y regresó al país con madame Lynch, una irlandesa de armas tomar, que había dejado en Francia a Quatrefages, y traía ahora un hijo de Solano López. Al cura del Paraguay que los casó, Solano López lo elevó en la jerarquía. Ella era formidable, él soberbio y vanidoso. Creía tener semejanzas con Napoleón. Concibió un Paraguay industrializado. Inició el ferrocarril, construyó barcos, fabricó papel... y cañones y fusiles. Quería tener un grande ejército a la europea en el corazón verdísimo del Paraguay. Desató la guerra, y de pronto su pequeño país se encontró frente a frente peleando contra la Argentina, el Brasil y el Uruguay unidos. Lucharon todos, hasta los viejos, los niños y, naturalmente, las mujeres. Madame Lynch cabalgaba como una amazona enardecida en medio de las tropas que se internaban en la selva. Se llevó al sacrificio a la mitad de la población. De 525.000 habitantes que hubo en el Paraguay antes de la guerra, al terminarla quedaban vivos 221.000, la mayor parte niños, viejos y mujeres fueron diezmadas como los varones. Al final de la guerra, cuando ya no quedaban cartuchos para los hombres, las mujeres brotaban de las trincheras y rechazaban a los brasileños rompiéndoles botellas en la cabeza. En el campo de batalla murió Solano López. La epopeya del Paraguay forma parte de la historia fabulosa de América. Retornó el país al silencio. Se hablaba como un murmullo, en guaraní, y las mujeres tejían tela de araña, o "ñanduti". Quienes quedaron en condiciones de engendrar y concebir, lenta-

mente devolvieron la vida a los hogares, los brazos al trabajo. El estilo heroico de la lucha se perpetuó y reaparece en la guerra con Bolivia, la guerra del Chaco 1932-1935. El Paraguay ganó 20.000 millas cuadradas del territorio al precio de dos paraguayos y tres bolivianos por milla cuadrada como anota H.G. Warren. El último dictador, el comandante Alfredo Stroessner, nacido en 1912, toma el poder en 1954. Gobierna con la espada y la cárcel. Cuatrocientos mil paraguayos han preferido vivir en el destierro, principalmente en Buenos Aires. Una vez el Padre Ramón Talavera denunció desde el púlpito las torturas de que eran objeto los presos políticos y su denuncia la apoyaron el vicario general y el arzobispo de Asunción. Al padre Talavera se lo expulsó del país. En este sentido se ha producido una evolución. En tiempos de Francia, vivos o muertos, todos quedaban dentro del país. Con el desarrollo de las comunicaciones ahora es posible huir. Stroessner es un producto de la raza germana. Viene de una de las familias que fundaron una pequeña colonia a principios del siglo. En la escogencia de los alemanes tomó parte la hermana de Nietzsche, Stroessner ha puesto en vigor algo de la filosofía del tudesco: la voluntad de dominio. Es un Zaratustra que se impone en medio de un pueblo que toca en el arpa danzas campesinas. Gobierna con un puño alemán desde una ciudad en donde las calles están perfumadas por el azahar de los naranjos.



DOCE CUENTOS DE LA GUERRA DEL CHACO

Este prólogo corresponde al libro "Doce cuentos de la guerra del Chaco" editorial Lohm Santiago de Chile, 2000. Los firmantes pedimos a Helio Vera, del Paraguay una crítica a la narrativa boliviana del conflicto y a Carlos Coello Vila, de Bolivia, la misma tarea sobre la narrativa paraguaya, ensayos que infortunadamente, por razones de espacio, no aparecen en este volumen. Ambos escritores se ocuparon también de la selección de cuentos de sus propios países.

Toda guerra es digna de repulsión. En su tiempo y su espacio, y también allende los mismos, cada conflicto de estos es un ultraje planetario, una macula entre el pecho y la espalda de los hombres, aun de quienes no fueron tocados ni nada supieron de tal contienda.

Hay guerras justas, sin embargo: aquellas en las cuales un pueblo combate por la liberación de otro, o por librarse el mismo del miedo al Poder que avergüenza y tortura. Para los latinoamericanos, son un ejemplo las batallas de la Independencia política, donde nuestros padres emancipadores fueron hermanos de leche en la ejecución de un eminente sueño común. Esas no fueron, por la desdicha, las coyunturas de la Guerra del Chaco, sufrida por Bolivia y el Paraguay de 1932 a 1935: hacia más de un siglo que los dos países habían conquistado su soberanía; respecto a esta sobre el Chaco, naturalmente no repetiremos acá las virtudes y certezas argumentales que ambos esgrimieron. Es suficiente acordarse que historiadores, cartógrafos e investigadores, brillantes patriotas de generaciones intelectuales sucesivas, se quemaron las cejas, al Norte y al Este de la desértica región en disputa, para demostrar el dominio de sus patrias respectivas sobre ella.

Por supuesto, dichos estudios y polémicas, colmados de larga sabiduría y convicción, no sólo poseyeron valores académicos: de parte y parte, fueron la causa eficiente, la acreditación jurídica del combate.

Por lo demás, es adecuado registrar algo que los contrarios no evocaron en su momento; en verdad, ni paraguayos guaraní parlantes ni bolivianos quechua o aimara parlantes son los amos primigenios del Chaco Boreal. Hace unos cuarenta milenios, en pleno cuaternario, a través de Behring o cruzando el puente Aleutiano, se derramaron en el continente vacío protomalayos, australoideos, protosiberianos que después poblaron la áspera planicie; es demostrable por tanto que fueron los primeros moradores del seco lecho de ese cretácico mar interior, haciendo así de su ecosistema primordial un desafortado coto de caza nómada, contándose entre sus presas, hasta la última glaciación, mastodontes y tatú o quirquinchos como torres acorazadas. A lo ancho de las centurias, la autodenominación tribal de la etnia, integrante de la familia lingüística guaykuru, devino en mbaya: altos guerreros, atezados al igual que la materia de sus arbustos espinosos y exornados de espléndidas tinturas feroces, pampidos cuyos venablos emplumados y mazas de madera de karanda, y hoces dobles de quijadas de tapir y dientes de

piraña se constituyeron en movediza, impenetrable barrera contra la expansión guaraní hacia el mar-adonde-el-sol-se-pone y de la opuesta expansión andina hacia el mar-del-cual-sale-el-sol. Tan cierto es lo que apuntamos en el presente párrafo, que la totalidad de la documentación etnográfica hasta el XVIII denomina invariablemente "Tierra de los Mbaya" a lo que posteriormente se llama Gran Chaco. Bajo el tirante sol de las insolaciones, sobre el territorio salado por la nostalgia del océano, un suelo que cubre a su vez los huesos de sus deshabitados dominadores, combatieron pues paraguayos y bolivianos durante tres años y tres días.

Volvamos al orden inicial de nuestra sucinta información. Cualquier guerra, incluso la mas execrable, produce héroes (y antihéroes, bueno es indicarlo), tanto los que duermen bajo sus estatuas o los que guarda la memoria colectiva con una corona de laurel perdurable, como el asimismo inmortal soldado desconocido. Es patente además, conforme lo consigna uno de los prologuistas de este libro, que las guerras incendian la caudalosa y fina expresión estética popular y, a un tiempo, la imaginación solitaria del creador artístico. y bien, las páginas que siguen procuran ser una muestra de las aludidas ficciones personales, en el entendido de que "la realidad es el basamento de todo gran arte", según lo expuso, quizá tautológicamente, Andre Breton. Seis escritores bolivianos y seis paraguayos manifiestan en el volumen su íntima visión literaria de hechos o aspectos de una guerra concluida hace sesenta y cinco años. Que quien recorra **Doce cuentos de la Guerra del Chaco**, los juzgue en su dimensión debida. Sobra añadir que la antología no se ha preparado únicamente para lectores del Paraguay y de Bolivia: el destinatario de todo texto literario es cualquiera de los seres humanos.

Pero en un plano superior, vale decir en el de los símbolos, **Doce cuentos de la Guerra del Chaco** busca ganar un significado bifronte: por un lado, honra y recordatorio a noventa mil torrentes de sangre joven que empapó aquellas atroces jornadas, muertes por ultimo victoriosas en generosidad y sacrificio; por el otro, una prueba más de la hermandad, del espíritu integrador que notable y felizmente emanó de los adversarios luego de cesar la humareda, el estruendo y los desgarros infernales; en efecto, la gran mayoría de paraguayos y bolivianos se sienten fraternos, desde entonces y en lo porvenir.

Finalmente, déjenos a los firmantes imprimir una constancia: la de la humilde pero extensa satisfacción, amicalmente simultánea, de haber pensado y organizado este libro cuando éramos todavía Cónsul General de Bolivia y Embajador del Paraguay en Santiago de Chile, respectivamente. En mérito de ello, valga el heredado de nuestros padres y el de los de nuestras esposas: los cuatro fueron ex combatientes de la Guerra chaqueña.

Mariano Baptista Gumucio
Cónsul General de Bolivia
del Paraguay

Carlos Villagra Marsal
Embajador

Santiago de Chile
Febrero de 2.000



Grupo de oficiales en el Fortín Muñoz (1933) a la derecha, de gorra, Mariano Baptista Guzmán



NOCHE DEL CHACO

Juana de Ibarbourou

*Chaco Boreal Salvaje,
Y sangriento tal como una fiera;
Chaco horrible y magnífico:
Mientras duermen los hombres,
Esta noche, tú vela.
Vela con tus ejércitos de muertos
Y tus sombras.
Acariciando el rostro de los vivos
Ya anda la esperanza,
Y se barren las muecas de la máscara
Que ajusta la tragedia de cada cara.
Por vez primera ha descendido un sueño
Iluminado con frecuencia de ángeles,
Sobre los campamentos en silencio,
Y hasta la turbación de tus paisajes
Ha llegado la hora del reposo
Para los elementos y los hombres.
La infatigable segadora duerme
En la línea callada de cañones,
Y ya saben tus vientos, tus pantanos,
Tus cielos misteriosos y tus bosques,
Que el cruel repiquetear de la metralla,
No cambiará ya más tus horizontes,
Pero es también la hora de tus muertos,
Chaco Boreal feroz e impenetrable.
Y ellos llegan de todos los confines
Montados en caballos espectrales,
Y es un terrible ejército fantasma,
El que desfila galopando el aire
Legiones y legiones y legiones
Banderas y banderas y banderas.
Concentración de sombras mutiladas
En esta noche atónita de América.
Noche de pleitesía ante los héroes,
Noche de acusación ante los vivos,
Para que alcen las madres sus sollozos,
Y griten su rencor todos los hijos.
Pasan los escuadrones fantasmales
Y hay un temblor de llanto en el pampero,
Porque mientras la gloria entona himnos,
Sangra la entraña herida de dos pueblos,
Por los caídos en el Chaco inmenso,
Generación en flor que fue segada*



*Para llenar los trojes del espanto,
Demos nuestra plegaria.
Oremos.
Y que caiga el horror de la conciencia
Sobre todos aquellos,
Que en todo el Chaco se nutrían de muertos
Y fueron por voluntad, sordos y ciegos.*

1935.

Cuentos bolivianos

EL POZO *Augusto Céspedes*

Soy el suboficial boliviano Miguel Navajo y me encuentro en el hospital de Tarairí, recluso desde hace 50 días con avitaminosis beribérica, motivo insuficiente según los médicos para ser evacuado hasta La Paz, mi ciudad natal y mi gran ideal. Tengo ya dos años y medio de campaña y ni el balazo con que me hirieron en las costillas el año pasado, ni esta excelente avitaminosis me procuran la liberación.

Entretanto me aburro, vagando entre los numerosos fantasmas en calzoncillos que son los enfermos de este hospital, y como nada tengo para leer durante las cálidas horas de este infierno, me leo a mí mismo, releo mi Diario. Pues bien, enhebrando páginas distintas, he exprimido de ese Diario la historia de un pozo que está ahora en poder de los paraguayos.

Para mí ese pozo es siempre nuestro, acaso por lo mucho que nos hizo agonizar. En su contorno y en su fondo se escenificó un drama terrible en dos actos: el primero en la perforación y el segundo en la sima. Ved lo que dicen esas páginas:

I

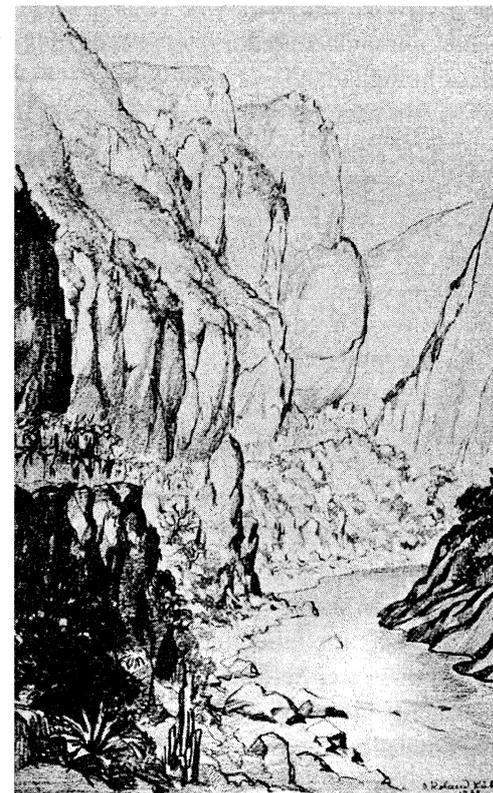
15 de enero de 1933

Verano sin agua. En esta zona del Chaco, al norte de Platanillos casi no llueve, y lo poco que llovió se ha evaporado. Al norte, al sur, a la derecha o a la izquierda, por donde se mire o se ande en la transparencia casi inmaterial del bosque de leños plumizos, esqueletos sin sepultura condenados a permanecer de pie en la arena exangue, no hay una gota de agua, lo que impide que vivan aquí los hombres de guerra. Vivimos, raquíticos, miserables, prematuramente envejecidos los árboles, con más ramas que hojas, y los hombres, con más sed que odio.

Tengo a mis órdenes unos 20 soldados, con los rostros entintados de pecas, en los pómulos costras como discos de cuero y los ojos siempre ardientes. Muchos de ellos han concurrido a las defensas de Aguarrica y del Siete¹, de donde sus heridas o enfermedades los llevaron al hospital de Muñoz y luego al de Ballivián. Una vez curados, los han traído por el lado de Platanillos, al II Cuerpo de Ejército. Incorporados al regimiento de zapadores a donde fui también destinado, permanecemos desde hace una semana aquí, en las proximidades del fortín Lora, ocupados en abrir una picada². El monte es muy espinoso, laberíntico y pálido. No hay agua.

17 de enero

Al atardecer, entre nubes de polvo que perforan los elásticos caminos aéreos que confluyen hasta la pulpa del sol naranja, sobredorando el contorno de ramaje anémico, llega el camión aguatero.



Un viejo camión, de guardafangos abollados, sin cristales y con un farol vendado, que parece librado de un terremoto, cargado de toneles negros, llega. Lo conduce un chofer cuya cabeza rapada me recuerda a una tutuma³. Siempre brillando de sudor, con el pecho húmedo, descubierto por la camisa abierta hasta el vientre.

-La cañada se va secando -anunció hoy- La ración de agua es menos ahora para el regimiento.

-A mí no más, agua los soldados me van a volver - ha añadido el ecónomo que le acompaña.

Sucio como el chofer, si éste se distingue por la camisa, en aquél son los pantalones aceitosos que le dan personalidad. Por lo demás, es avaro y me regatea la ración de coca para mis zapadores. Pero alguna vez me hace entrega de una cajetilla de cigarrillos.

El chofer me ha hecho saber que en Platanillos se piensa llevar nuestra División más adelante.

Esto ha motivado comentarios entre los soldados. Hay un potosino Chacón, chico, duro y obscuro como un martillo, que ha lanzado la pregunta fatídica:

-¿Y habrá agua?

-Menos que aquí- le han respondido.

-¿Menos que aquí? ¡Vamos a vivir del aire como las carahuatas?⁴

Traducen los soldados la inconsciencia de su angustia, provocada por el calor que aumenta, relacionando ese hecho con el alivio que nos niega el líquido obsesionante. Destornillando la tapa de un tonel se llena de agua dos latas de gasolina, una para cocinar y otra para beberla y se va el camión. Siempre se derrama un poco de agua al suelo, humedeciéndolo, y las bandadas de mariposas blancas acuden sedientas a esa humedad.

A veces yo me decido a derrochar un puñado de agua, echándomelo sobre la nuca, y unas abejitas, que no sé con qué viven, vienen a enredarse entre mis cabellos.

21 de enero

Llovió anoche. Durante el día el calor nos cerró como un traje de goma caliente. La refracción del sol en la arena nos perseguía con sus llamaradas blancas. Pero a las 6 llovió. Nos desnudamos y nos bañamos, sintiendo en las plantas de los pies el lodo tibio que se metía entre los dedos.

25 de enero

Otra vez el calor. Otra vez este flamear invisible, seco, que se pega a los cuerpos. Me parece que debería abrirse una ventana en alguna parte para que entre el aire. El cielo es una enorme piedra debajo de la que está encerrado el sol. Así vivimos, hacha y pala al brazo. Los fusiles quedan semienterrados bajo el polvo de las carpas y somos simplemente unos camineros que tajamos el monte en línea recta, abriendo una ruta, no sabemos para qué, entre la maleza inextricable que también se encoge de calor. Todo lo quema el sol. Un pajonal que ayer por la mañana estaba amarillo, ha encanecido hoy y está seco, aplastado, porque el sol ha andado encima de él.

Desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde, es imposible el trabajo en la fragua del monte. Durante esas horas, después de buscar inútilmente una masa compacta de sombra, me echo debajo de cualquiera de los árboles, al ilusorio amparo de unas ramas que simulan una seca anatomía de nervios atormentados. El suelo, sin la cohesión de la humedad, asciende como la muerte blanca envolviendo los troncos con su abrazo de polvo, empañando la red de sombra deshinchada por el ancho torrente del sol. La refracción solar hace vibrar en ondas el aire sobre el perfil del pajonal próximo, tieso y pálido como un cadáver.

Postrados, distensos, permanecemos invadidos por el sopor de la fiebre cotidiana, sumidos en el tibio desmayo que aserrucha el chirrido de las cigarras, interminable como el tiempo. El calor, fantasma transparente volcado de bruces sobre el monte, ronca en el clamor de las cigarras. Estos insectos pueblan todo el bosque donde extienden su taller invisible y misterioso con millones de ruedecillas, martinets y sirenas cuyo funcionamiento aturde la atmósfera en leguas y leguas. Nosotros, siempre al centro de esa polifonía irritante, vivimos una escasa vida de palabras sin pensamiento, horas tras horas, mirando en el cielo incoloro mecerse el vuelo de los buitres, que dan a mis ojos la impresión de figuras de pájaros decorativos sobre un empapelado infinito.

Lejanas, se escuchan, de cuando en cuando, detonaciones aisladas.

1° de febrero

El calor se ha adueñado de nuestros cuerpos, identificándolos como de polvo, sin nexo de continuidad articulada, blandos, calenturientos, conscientes para nosotros sólo por el tormento que nos causan al transmitir desde la piel la presencia sudosa de su beso de horno. Logramos recobrarnos al anoecer. Abandónase el



día a la gran llamarada con que se dilata el sol en un último lampo carmesí, y la noche viene obstinada en dormir, pero la acosan las picaduras de múltiples gritos de animales: silbidos, chirridos, graznidos, gama de voces exóticas para nosotros, para nuestros oídos pamperos y montañeses.

Noche y día. Callamos en el día, pero las palabras de mis soldados se despiertan en las noches. Hay algunos muy antiguos, como Nicolás Pedraza, vallegrandino que está en el Chaco desde 1930, que abrió el camino a Loa, Bolívar y Camacho. Es palúdico, amarillo y seco como una caña hueca.

-Los pilas⁵ haigan venido por la picada de Camacho, dicen —manifestó el potosino Chacón.

-Ahí sí que no hay agua- informó Pedraza, con autoridad.

-Pero los pilas siempre encuentran. Conocen el monte más que nadie —objetó

José Hirsuta, un paceño áspero, de pómulos afilados y ojillos oblicuos que estuvo en los combates de Yujra y Cabo Castillo.

Entonces un cochabambino a quien apodan el Cosñi, replicó:

-Dicen no más, dicen no más... ¿Y a ese pila que le encontramos en el Siete muerto de sed cuando la cañada estaba ahicito, mi Sof?...

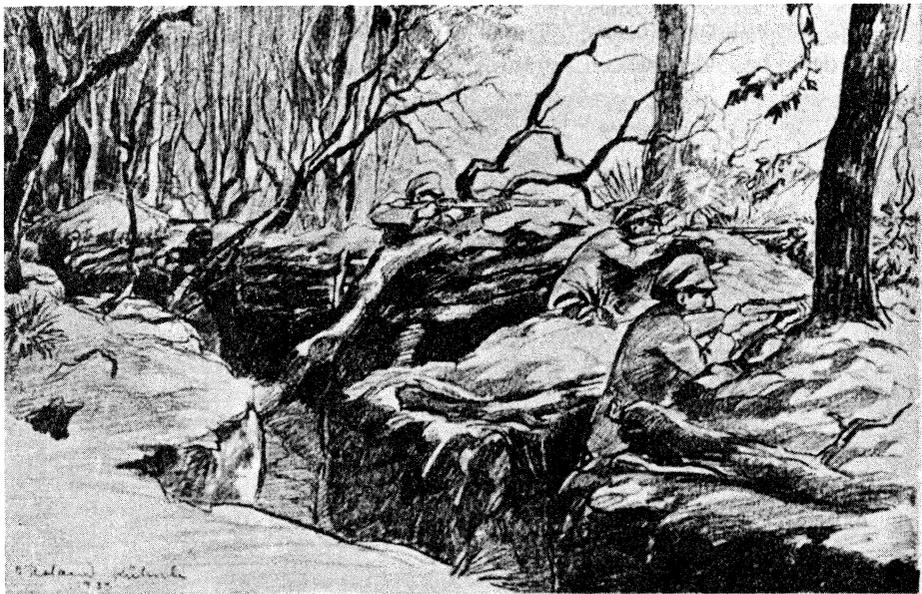
-Cierto -he afirmado-. También a otro, delante del Campo lo hallamos envenenado por comer tunas del monte.

-De hambre no se muere. De sed sí que se muere. Yo he visto en el pajonal del Siete a los nuestros chupando el barro la tarde del 10 de noviembre.

Hechos y palabras se amontonan sin huella. Pasan como una brisa sobre el pajonal sin siquiera estremecerlo.

Yo tengo otras cosas que anotar.

6 de febrero



Ha llovido. Los árboles parecen nuevos. Hemos tenido agua en las charcas, pero nos ha faltado pan y azúcar porque el camión de provisiones se ha enfangado.

10 de febrero

Nos trasladan 20 kilómetros más adelante. La picada que trabajamos ya no será utilizada, pero abriremos otra.

18 de febrero

El chofer descamisado ha traído la mala noticia.

-La cañada se acabó. Ahora traeremos agua desde "La China".

26 de febrero

Ayer no hubo agua. Se dificulta el transporte por la distancia que tiene que reco-

rrer el camión. Ayer después de haber hacheado todo el día en el monte, esperamos en la picada la llegada del camión y el último lampo del sol -esta vez rosáceo- pintó los rostros terrosos de mis soldados sin que viniese por el polvo de la picada el rumor acostumbrado.

Llegó el aguatero esta mañana y alrededor del turril se formó un tumulto de manos, jarros y cantimploras, que chocaban violentos y airados. Hubo una pelea que reclamó mi intervención.

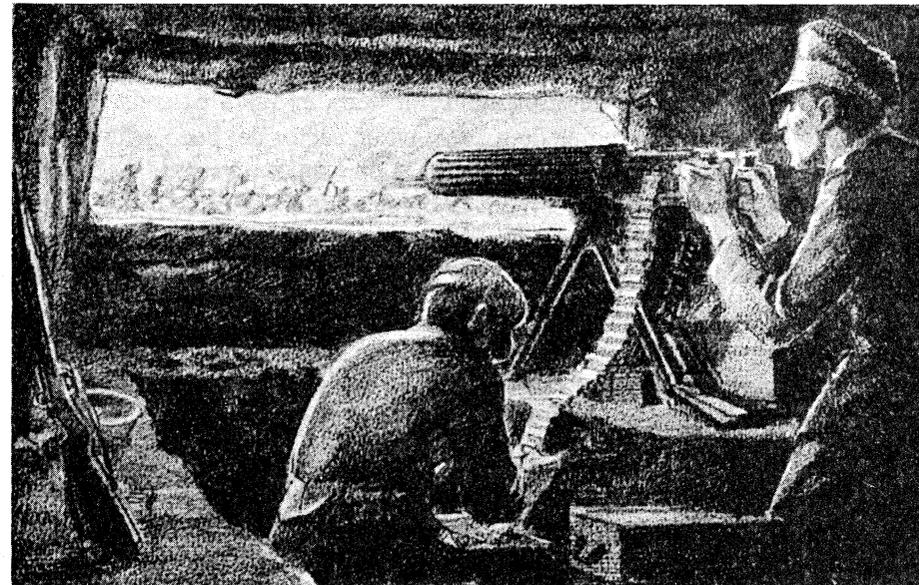
1° de marzo

Ha llegado a este puesto un teniente rubio y pequeñito, con barba crecida. Le he dado el parte sobre el número de hombres a mis órdenes.

-En la línea no hay tres soldados. Debemos buscar pozos.

-En "La Chinca" dicen que han abierto pozos.

-Y han sacado agua.



-Han sacado.

-Es cuestión de suerte.

-Por aquí también, cerca de "Loa" ensayaron abrir unos pozos.

Entonces Pedraza que nos oía ha informado que efectivamente, a unos cinco kilómetros de aquí, hay un "buraco"⁶, abierto desde época inmemorial, de pocos metros de profundidad y abandonado porque seguramente los que intentaron hallar agua desistieron de la empresa. Pedraza juzga que se podría cavar "un poco más".

2 de marzo

Hemos explorado la zona a que se refiere Pedraza. Realmente hay un hoyo, casi cubierto por los matorrales, cerca de un gran palobobo⁷.

El teniente rubio ha manifestado que informará a la Comandancia, y esta tarde hemos recibido orden de continuar la excavación del buraco, hasta encontrar agua. He destinado 8 zapadores para el trabajo. Pedraza, Hirsuta, Chacón, el Cosñi, y cuatro indios más

2 de marzo

El buraco tiene unos 5 metros de diámetro y unos 5 de profundidad. Duro como el cemento es el suelo. Hemos abierto una senda hasta el hoyo mismo y se ha formado el campamento en las proximidades. Se trabajará todo el día, porque el calor ha descendido.

Los soldados, desnudos de medio cuerpo arriba, relucen como peces. Víboras de sudor con cabecitas de tierra les corren por los torsos. Arrojan el pico que se hunde en la arena aflojada y después se descuelgan mediante una correa de cuero. La tierra extraída es oscura, tierna. Su color optimista aparenta una fresca novedad en los bordes del buraco.

10 de marzo

12 metros. Parece que encontramos agua. La tierra extraída es cada vez más húmeda. Se han colocado tramos de madera en un sector del pozo y he mandado construir una escalera y un caballete de palomataco para extraer la tierra mediante polea. Los soldados se turnan continuamente y Pedraza asegura que en una semana más tendrá el gusto de invitar al General X "a soparse las argentinas en l'aguita del buraco".

22 de marzo

He bajado al pozo. Al ingresar, un contacto casi sólido va ascendiendo por el cuerpo. Concluida la cuerda del sol se palpa la sensación de un aire distinto, el aire de la tierra. Al sumergirse en la sombra y tocar con los pies desnudos la tierra suave, me baña una gran frescura. Estoy más o menos a los 18 metros de profundidad. Levanto la cabeza y la perspectiva del tubo negro se eleva sobre mí hasta concluir en la boca por donde chorrea el rebalse de luz de la superficie. Sobre el piso del fondo hay barro y la pared se deshace fácilmente entre las manos. He salido embarrado y han acudido sobre mí los mosquitos, hinchándose los pies.

30 de marzo

Es extraño lo que pasa. Hasta hace 10 días se extraía barro casi líquido del pozo y ahora nuevamente tierra seca. He descendido nuevamente al pozo. El aliento de la tierra aprieta los pulmones allá adentro. Palpando la pared se siente la humedad, pero al llegar al fondo compruebo que hemos atravesado una capa de arcilla húmeda. Ordeno que se detenga la perforación para ver si en algunos días se deposita el agua por filtración.

12 de abril

Después de una semana el fondo del pozo seguía seco. Entonces se ha continuado la excavación y hoy he bajado hasta los 24 metros. Todo es oscuro allá y sólo

se presiente con el tacto nictálope las formas del vientre subterráneo. Tierra, tierra, espesa tierra que aprieta sus puños con la muda cohesión de la asfixia. La tierra extraída ha dejado en el hueco el fantasma de su peso y al golpear el muro con el pico me responde con un toc-toc sin eco que más bien me golpea el pecho.

Sumido en la obscuridad he resucitado a una pretérita sensación de soledad que me poseía de niño, anegándome de miedosa fantasía cuando atravesaba el túnel que perforaba un cerro próximo a las lomas de Capinota donde vivía mi madre. Entraba cautelosamente, asombrado ante la presencia casi sexual del secreto terrestre, mirando a contraluz moverse sobre las grietas de la tierra los élitros de los insectos cristalinos. Me atemorizaba llegar a la mitad del túnel en que la gama de sombra era más densa pero cuando lo pasaba y me hallaba en rumbo acelerado hacia la claridad abierta en el otro extremo, me invadía una gran alegría. Esa alegría nunca llegaba a mis manos, cuya epidermis padecía siempre la repugnancia de tocar las paredes del túnel.

Ahora, la claridad ya no la veo al frente, sino arriba, elevada e imposible como una estrella. ¡Oh!... La carne de mis manos se ha habituado a todo, es casi solidaria con la materia terráquea y no conoce la repugnancia.

28 de abril

Pienso que hemos fracasado en la búsqueda del agua. Ayer llegamos a los 30 metros sin hallar otra cosa que polvo. Debemos detener este trabajo inútil y con este objeto he elevado una "representación" ante el comandante de batallón quien me ha citado para mañana.

29 de abril

-Mi capitán- le he dicho al comandante- hemos llegado a los 30 metros y es imposible que salga el agua.

-Pero necesitamos agua de todos modos- me ha respondido.

-Que ensayen en otro sitio ya también ps, mi Capitán.

-No, no. Sigán no más abriendo el mismo. Dos pozos de 30 metros no darán agua. Uno de 40 puede darla.

-Sí, mi Capitán.

-Además, tal vez ya estén cerca.

-Sí, mi Capitán.

-Entonces, un esfuerzo más. Nuestra gente se muere de sed.

No muere, pero agoniza diariamente. Es un suplicio sin merma, sostenido cotidianamente con un jarro por soldado. Mis soldados padecen, dentro del pozo, de mayor sed que afuera, con el polvo y el trabajo, pero debe continuar la excavación.

Así les notifiqué y expresaron su impotente protesta, que he procurado calmar ofreciéndoles a nombre del comandante mayor ración de coca y agua.

9 de mayo

Sigue el trabajo. El pozo va adquiriendo entre nosotros una personalidad pavorosa, substancial y devoradora, constituyéndose en el amo, en el desconocido

señor de los zapadores. Conforme pasa el tiempo, cada vez más les penetra la tierra mientras más la penetran, incorporándose como por el peso de la gravedad al pasivo elemento, denso e inacabable. Avanzan por aquel camino nocturno, por esa caverna vertical, obedeciendo a una lóbrega atracción, a un mandato inexorable que les condena a desligarse de la luz, invirtiendo el sentido de sus existencias de seres humanos. Cada vez que los veo me dan la sensación de no estar formados por células de polvo, con tierra en las orejas, en los párpados, en las cejas, en las aletas de la nariz, con los cabellos blancos, con tierra en los ojos, con el alma llena de tierra del Chaco.

24 de mayo

Se ha avanzado algunos metros más. El trabajo es lentísimo: un soldado cava adentro, otro desde afuera maneja la polea, y la tierra sube en un balde improvi-



sado en un turril de gasolina. Los soldados se quejan de asfixia. Cuando trabajan, la atmósfera les aprensiona el cuerpo. Bajo sus plantas y alrededor suyo y encima de sí la tierra crece como la noche. Adusta, sombría, tenebrosa, impregnada de un silencio pesado, inmóvil y asfixiante, se apilona sobre el trabajador una masa semejante al vapor de plomo, enterrándole de tinieblas como a gusano escondido en una edad geológica, distante muchos siglos de la superficie terrestre.

Bebe el líquido tibio y denso de la caramañola que se consume muy pronto, porque la ración, a pesar de ser doble "para los del pozo" se evapora en sus fauces, dentro de aquella sed negra. Busca con los pies desnudos en el polvo muerto la vieja frescura de los surcos que él cavaba también en la tierra regada de sus lejanos valles agrícolas, cuya memoria se le presenta en la epidermis.

Luego golpea, golpea con el pico, mientras la tierra se desploma, cubriéndole los pies sin que aparezca jamás el agua. El agua, que todos ansiamos en una concentración mental de enajenados que se vierte por ese agujero sordo y mudo.

5 de junio

Estamos cerca de los 40 metros. Para estimular a mis soldados he entrado al pozo a trabajar yo también. Me he sentido descendiendo en un sueño de caída infinita. Allá adentro estoy separado para siempre del resto de los hombres, lejos de la guerra, transportado por la soledad a un destino de aniquilación que me estrangula con las manos impalpables de la nada. No se ve la luz, y la densidad atmosférica presiona todos los planos del cuerpo. La columna de obscuridad cae verticalmente sobre mí y me entierra, lejos de los oídos de los hombres.

He procurado trabajar, dando furiosos golpes con el pico, en la esperanza de acelerar con la actividad veloz el transcurso del tiempo. Pero el tiempo es fijo e invariable en ese recinto. Al no revelarse el cambio de las horas con la luz, el tiempo se estanca en el subsuelo con la negra uniformidad de una cámara obs-



cura. Esta es la muerte de la luz, la raíz de ese árbol enorme que crece en las noches y apaga el cielo enlutando la tierra.

16 de junio

Sucedan cosas raras. Esa cámara obscura aprisionada en el fondo del pozo va revelando imágenes del agua con el reactivo de los sueños. La obsesión del agua está creando un mundo particular y fantástico que se ha originado a los 41 metros, manifestándose en un curioso suceso en ese nivel.

El Cosñi Herbozo me lo ha contado. Ayer se había quedado adormecido en el fondo de la cisterna, cuando vio encender una serpiente de plata. La cogió y se deshizo en sus manos, pero aparecieron otras que comenzaron a bullir en el fondo del pozo hasta formar un manantial de borbotones blancos y sonoros que crecían, animando el cilindro tenebroso como a una serpiente encantada que perdió su rigidez para adquirir la flexibilidad de una columna de agua sobre la que el Cosñi se sintió elevado hasta salir al haz alucinante de la tierra.

Allá, ¡oh sorpresa! Vio todo el campo transformado por la invasión del agua. Cada árbol se convertía en un surtidor. El pajonal desaparecía y era en cambio una verde laguna donde los soldados se bañaban a la sombra de los sauces. No le causó asombro que desde la orilla opuesta ametrallasen los enemigos y que nuestros soldados se zambullesen a sacar las balas entre gritos y carcajadas. El solamente deseaba beber. Bebía en los surtidores, bebía en la laguna, sumergiéndose en incontables planos líquidos que chocaban contra su cuerpo, mientras la lluvia de los surtidores le mojaba la cabeza. Bebió, bebió, pero su sed no se calmaba con esa agua, liviana y abundantemente como un sueño. Anoche el Cosñi tenía fiebre. He dispuesto que lo trasladen al puesto de sanidad del Regimiento.

24 de junio

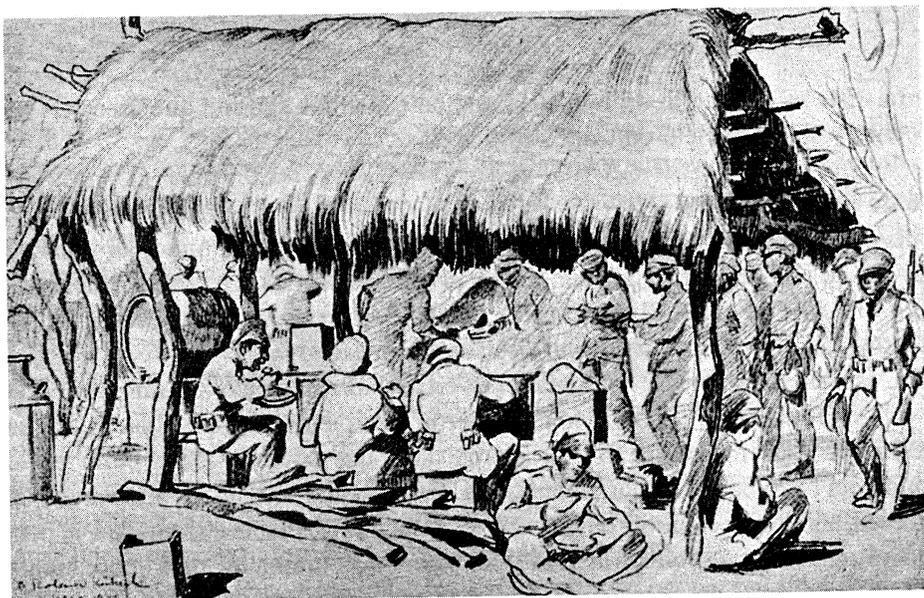
El Comandante de la División ha hecho detener su auto al pasar por aquí. Me ha hablado, resistiéndose a creer que hayamos alcanzado cerca de los 45 metros, sacando la tierra balde por balde con una correa.

-Hay que gritar, mi Coronel, para que el soldado salga cuando ha pasado su turno- le he dicho.

Más tarde, con algunos paquetes de coca y cigarrillos, el Coronel ha enviado un clarín.

Estamos, pues, atados al pozo. Seguimos adelante. Más bien, retrocedemos al fondo del planeta, a una época geológica donde anida la sombra. Es una persecución del agua a través de la masa impenetrable. Más solitarios cada vez, más sombríos, oscuros como sus pensamientos y su destino, cavan mis hombres, cavan, cavan atmósfera, tierra y vida con lento y átono cavar de gnomos.

4 de julio



¿Es que en realidad hay agua?... ¡Desde el sueño del Cosñi todos la encuentran! Pedraza ha contado que se ahogaba en una erupción súbita del agua que creció más alta que su cabeza. Hirsuta dice que ha chocado su pica contra unos témpanos de hielo y Chacón, ayer, salió hablando de una gruta que se iluminaba con el frágil reflejo de las ondas de un lago subterráneo. ¡Tanto dolor, tanta búsqueda, tanto deseo, tanta alma sedienta acumulados en el profundo hueco originan esta floración de manantiales?

16 de julio

Los hombres se enferman. Se niegan a bajar al pozo. Tengo que obligarlos. Me han pedido incorporarse al Regimiento de primera línea. He descendido una vez más y he vuelto, aturrido y lleno de miedo. Estamos cerca de los 50 metros. La atmósfera cada vez más prieta cierra el cuerpo en un malestar angustioso que se adapta a todos sus planos, casi quebrando el hilo imperceptible como un recuerdo que ata el ser empequeñecido con la superficie terrestre, en la honda obscuridad descolgada con peso de plomo. La tétrica pesatez de ninguna torre de piedra se asemeja a la sombría gravitación de aquel cilindro de aire cálido y descompuesto que se viene lentamente hacia abajo. Los hombres son cimientos. El abrazo del subsuelo ahoga a los soldados que no pueden permanecer más de una hora en el abismo. Es una pesadilla. Esta tierra del Chaco tiene algo de raro, de maldito.

25 de julio

Se tocaba el clarín -obsequiado por la División- en la boca de la cisterna para llamar al trabajador cada hora. Cuchillada de luz debió ser la clarinada allá en el fondo. Pero esta tarde, a pesar del clarín, no subió nadie.

-¡Quién está adentro? -pregunté.

Estaba Pedraza.

Le llamaron a gritos y clarinadas:

-¡Tarariii!... ¡Pedraza!!!!

-Se habrá dormido...

-O muerto -añadí yo, y ordené que bajasen a verlo.

Bajó un soldado y después de largo rato, en medio del círculo que hacíamos alrededor de la boca del pozo, amarrado de la correa, elevado por el cabrestante y empujado por el soldado, ascendió el cuerpo de Pedraza, semiasfixiado.

29 de julio

Hoy se ha desmayado Chacón y ha salido, izado en una lúgubre ascensión de ahorcado.

4 de septiembre.

¿Acabará esto algún día?... Ya no se cava para encontrar agua, sino por cumplir un designio fatal, un propósito inescrutable. Los días de mis soldados se insumen en la vorágine de la concavidad luctuosa que les lleva ciegos, por delante de su esotérico crecimiento sordo, atornillándoles a la tierra.

Aquí arriba el pozo ha tomado la fisonomía de algo inevitable, eterno y poderoso como la guerra. La tierra extraída se ha endurecido en grandes morros sobre los que acuden lagartos y cardenales. Al aparecer el zapador en el brocal, transminado de sudor y de tierra, con los párpados y los cabellos blancos, llega desde un remoto país plutoniano, semeja un monstruo prehistórico, surgido de un aluvión. Alguna vez, por decirle algo, le interrogo:

-¿Y...?

-Siempre nada, mi Sof.

Siempre nada, igual que la guerra... ¡Esta nada no se acabará jamás!

1° de octubre

Hay orden de suspender la excavación. En siete meses de trabajo no se ha encontrado agua.

Entretanto el puesto ha cambiado mucho. Se han levantado pahuichis⁸ y un puesto de Comando de batallón. Ahora abriremos un camino hacia el Este, pero nuestro campamento seguirá ubicado aquí.

El pozo queda también aquí, abandonado, con su boca muda y terrible y su profundidad sin consuelo. Ese agujero siniestro es en medio de nosotros siempre un intruso, un enemigo estupendo y respetable, invulnerable a nuestro odio como una cicatriz. No sirve para nada.

III

7 de diciembre (Hospital Platanillos).

¡Sirvió para algo, el pozo maldito!...

Mis impresiones son frescas porque el ataque se produjo el día 4 y 5 me trajeron aquí con un acceso de paludismo.

Seguramente algún prisionero capturado en la línea, donde la existencia del pozo era legendaria, informó a los pilas que detrás de las posiciones bolivianas había un pozo. Acosados por la sed, los guaraníes decidieron un asalto.

A las 6 de la mañana se rasgó el monte, mordido por las ametralladoras. Nos dimos cuenta de que las trincheras avanzadas habían sido tomadas, solamente cuando percibimos a 200 metros de nosotros el tiroteo de las pilas. Dos granadas de stoke cayeron detrás de nuestras carpas.

Armé con los sucios fusiles a mis zapadores y los desplegué en línea de tiradores. En ese momento llegó a la carrera un oficial nuestro con una sección de soldados y una ametralladora y los posesionó en línea a la izquierda del pozo, mientras nosotros nos extendíamos a la derecha. Algunos se protegían en los montones de tierra extraída. Con un sonido igual al de los machetazos las balas cortaban las ramas. Dos ráfagas de ametralladoras abrieron grietas de hachazos en el palobobo. Creció el tiroteo de los pilas y se oía en medio de las detonaciones su alarido salvaje, concentrándose la furia del ataque sobre el pozo. Pero nosotros no cedíamos un metro, defendiéndolo ¡Como si realmente tuviese agua!

Los cañonazos partieron la tierra, las ráfagas de metralla hendieron cráneos y pechos, pero no abandonamos el pozo, en cinco horas de combate.

A las 12 se hizo un silencio vibrante. Los pilas se habían ido. Entonces recogimos los muertos. Los pilas habían dejado cinco y entre los ocho nuestros estaban el Cosñi, Pedraza, Irusta y Chacón, con los pechos desnudos, mostrando los dientes siempre cubiertos de tierra.

El calor, fantasma transparente echado de bruces sobre el monte, calcinaba troncos y meninges y hacía crepitar el suelo. Para evitar el trabajo de abrir sepulturas pensé en el pozo.

Arrastrados los trece cadáveres hasta el borde fueron pausadamente empujados al hueco, donde vencidos por la gravedad daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra.

-¡Ya no hay más?...

Entonces echamos tierra, mucha tierra adentro.

Pero, aún así, ese pozo seco es siempre el más hondo de todo el Chaco.

NOTAS

1) Siete: Kilómetro Siete del camino Saavedra-Alihuata, donde se libró la batalla del 10 de Noviembre.

2) Picada: Camino transitable por camión en el Chaco.

3) Tutuma: Calabaza tropical de forma esférica que se utiliza como vaso.

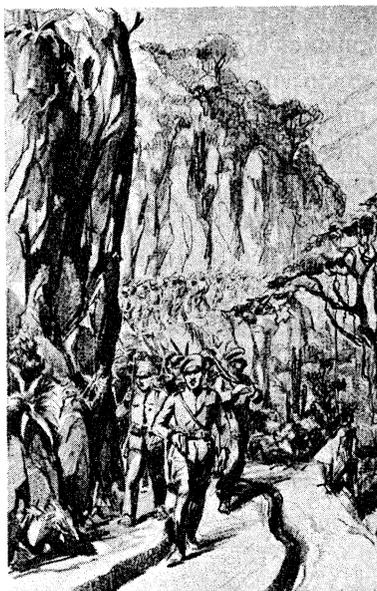
4) Carahuatas: Planta de hojas espinosas y de raíz húmeda que crece a ras del suelo.

5) Pila o patapila: soldado paraguayo.

6) Buraco: Portugués) agujero.

7) Palobobó: Arbol de Chaco.

8) Pahuichi: Cabaña de palos y ramas.



LOS PATRULLADORES

Gastón Pacheco Bellot

*Fuertes espinos coronan
Los montes del Chaco Boreal
En cuyo fondo sombrío
La muerte suele reinar.*

Con su voz suave y aterciopelada cantaba un hombre. Acompañaba su canción con un instrumento raro que no tenía nombre. Que nunca tendría nombre. Instrumento hecho de una caramañola vieja de lata, cuerdas de alambre telefónico y un pedazo de oloroso guayacán.

*En cuyo fondo sombrío
La muerte suele reinar.*

La música lánguida y melancólica sonaba extraña en el corazón del monte. Cerca se escuchaba rumor de voces, de armas, y el motor de un camión roncaba suavemente como a la sordina.

¿Un puesto de batallón?

Quizás

¿Un comando de regimiento?

Tal vez.

En un claro del monte se veían una pequeña fogata. Alrededor estaban el que cantaba y ocho hombres sentados en el suelo, mascando en silencio las amargas

hojas de coca.

Al compás de la cueca jalearon desgadamente, sin pronunciar palabra, silenciosos y fantásticos. Aquellos hombres no conocían la alegría. La música no conseguía animarlos. Estaban cansados de hacer la guerra. Nada más.

Sus sombras se proyectaban en el tupido monte bajo que semejava en la noche una muralla infranqueable.

No se escuchaba más que el crepitar de las ramas que ardían en la fogata. De rato en rato, alguna detonación.

-Siga cantando, mi teniente -murmuró apenas una de las sombras.

-Qué tarde es- contestó el cantor.

A la luz de la fogata se veía que todos ellos estaban vestidos de igual manera, un tanto andrajosos. En cambio, la expresión de sus rostros variaba, enérgica y voluntariosa la del oficial, y cansadas o sufridas las de los otros.

-Cante mi teniente- se escuchó nuevamente.

-Cante usted. Mañana ya no podremos ni descansar- murmuró otro.

Voces cansadas, agónicas. Todos eran jóvenes pero semejaban viejos. No parecía si no que esperaban la muerte como descanso final.

Las notas del instrumento poblaron la noche estrellada. Un huayño lloró:

*Todo lo puede el amor,
Sólo el dinero lo vence,
Todo envejece el tiempo,
Todo acaba con la muerte.*

La música calló paulatinamente. Un gesto amargo crispaba los rostros de los ocho hombres.

Cada uno repetía mentalmente.

Todo envejece el tiempo,

Todo acaba con la muerte.

-En verdad, para nosotros todo acaba con la muerte.

-Es tarde, muchachos. ¡A dormir! -ordenó el oficial.

-A dormir... auuff... -murmuró una voz.

Se levantaron. Tendieron una frazada junto a la fogata y se arrojaron encima.

-Poco después se escuchaba un ronquido, un suspiro, una queja reprimida a medias.

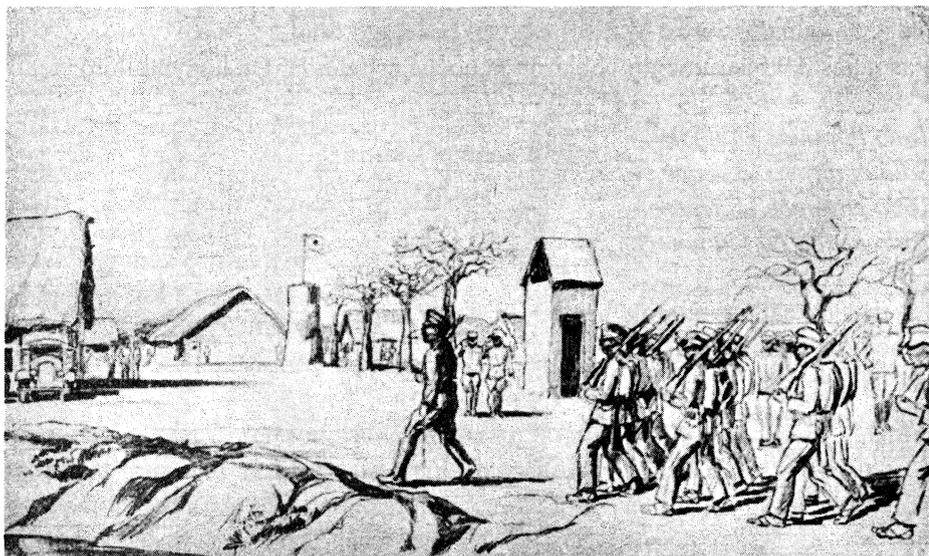
Luego nada.

* * *

-Recuerde bien, mi teniente. Veinte kilómetros al sur para ver si hay enemigo y, luego, con rumbo noroeste hasta llegar a la cañada. Puede usted tardar unos siete días.

-Siete días sin contar con los retrasos. Usted nunca ha roto monte y no sabe lo que es un patrullaje. ¿Alcanzará el agua?

-Pero usted tiene la cañada al llegar.
 -La cañada no es más que un punto lejano, muy lejano, y podemos pasar por un costado, cerca y sin tocarla y, entonces, ¿qué nos espera...?
 -En caso de pasar por un lado de la cañada, llegará usted forzosamente a la picada.
 -Si, mi coronel, llegaremos a la picada pero allí no hay agua.
 -El comando de división ya ha dado las órdenes necesarias. Si llega a la picada tomará usted uno de los camiones aguateros que pasen.
 -Bien. Algo es algo, pero ¿alcanzará el agua?
 -¡Vaya, hombre! Tiene usted a dos caramañolas para cada uno y son suficientes para siete días.
 -Si... son suficientes... serán suficientes con el calor que hace. Mire, mi coronel, que pronto va a llover y el calor ha aumentado considerablemente, ya es insoportable.



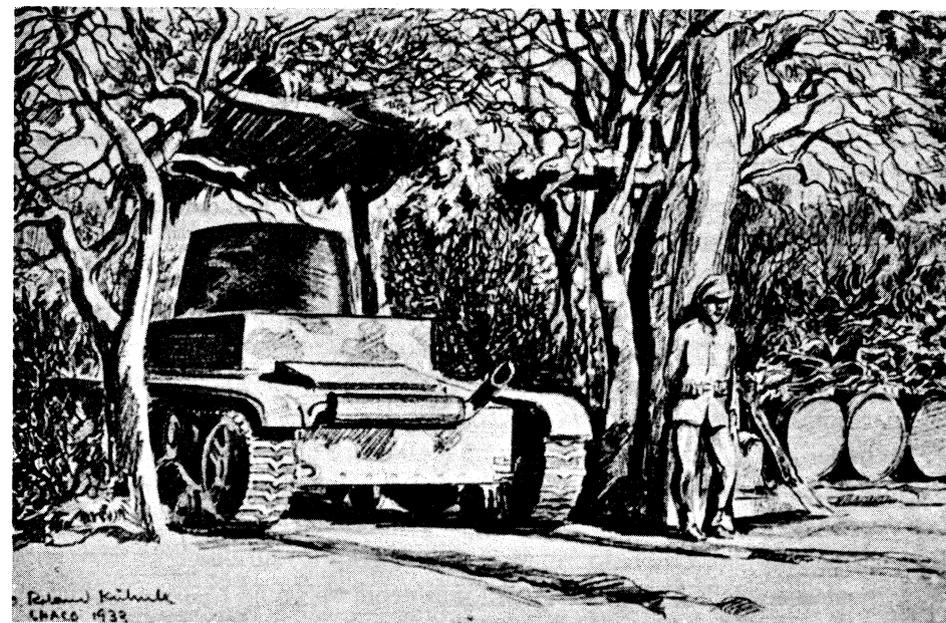
-Mejor para usted. Tendrá el agua de la lluvia.
 -Bueno... llegaremos a la picada.
 -Usted debe llegar a la cañada.
 -Esa es la orden pero falta saber si se podrá cumplirla.
 -¿No sabe manejar una brújula?
 -Demasiado bien desdichadamente.
 Entonces, ¿por qué se queja?
 -Yo no me quejo. Hago aclaraciones, nada más.
 -¿Es difícil seguir la dirección que indica la aguja de la brújula? Hasta un niño...
 -En el monte, de muy poca ayuda sirve la brújula.
 -No es la primera vez que hace un patrullaje de esta clase para encontrar tantas dificultades a una cosa tan sencilla.
 Precisamente porque no es la primera vez, hago presente que es difícil llegar a

un punto tan pequeño en un patrullaje tan largo, es muy difícil.
 -De cualquier manera debe llegar.
 -Bien, mi coronel. Llegaremos.
 -Entonces... Buena suerte.
 -Gracias.

Se separaron pensando el coronel en que se encontraba muchas dificultades para un patrullaje, y el oficial en que un patrullaje tenía dificultades que los jefes ignoraban como muchas otras cosas.
 Conducidos por un estafeta del comando se dirigieron al punto desde donde debían internarse en el monte.

* * *

-¿Listo muchachos? Nadie toma agua sin mi orden. Ya conocen esto -dijo mostrando su revólver-, es para el que desobedezca. ¿Entendido?
 -Si, mi teniente.
 -Camacho, sin abrir senda, el machete sólo en caso necesario.
 -Ya, mi teniente.
 Un hombre hizo la señal de la cruz, los demás sonrieron, no creían en nada.
 -Adelante.
 Rompiendo monte se lanzaron hacia lo desconocido. Aparecía el sol.
 El oficial, brújula en mano, indicaba la dirección. Camacho buscaba el paso entre la maraña. Los siete hombres restantes vigilaban con el arma lista en la mano libre.



Avanzaron sin dejar huella de su paso, haciendo mil contorsiones para pasar entre los troncos, agachándose hasta el suelo ante las ramas inclinadas por la acción del tiempo, saltando por encima de troncos derribados por el tiempo, desenganchando las espinas del tusal que desgarraban sus uniformes. El sudor inundó sus frentes. El calor y el cansancio comenzaron a azotar furiosamente. El oficial trabajaba más. La mirada fija en la brújula, indicando la dirección, corrigiendo los desvíos de Camacho y atento a los rumores del monte, fijándose en detalles que escapaban a la observación de sus subalternos.

El sol quemaba torturante anunciando la próxima tempestad.

En un descanso, cuando secaban el rostro mojado por el sudor, el oficial ordenó tomar agua. Vigiló que ninguno se excediese en la ración. Estaba preocupado por el excesivo calor. Veía a momentos con terror que ninguno resistiría con semejante temperatura, no quedando más que una esperanza, la de que pronto se desencadenase la tormenta. Entonces tendrían agua y disminuiría el sofocante calor.

-Si alguno ve cardones me comunica- advirtió el oficial-. El agua no nos alcanzará a este paso. Adelante, muchachos.

Con las extremidades adormecidas por los movimientos acrobáticos que debían hacer para vencer los obstáculos, con la espalda adolorida, siguieron su caminata. Las espinas y ramas secas iban deshilachando los pantalones, gorras y blusas. Todos presentaban rasguños en las caras y en las manos.

El calor seguía aumentando.

-Alto. Un cardo.

Era el mediodía. Estaban agotados y sin fuerzas. Tenían el rostro amoratado por el sofocante calor. Las extremidades se les adormecían con los calambres. Contemplaban ansiosos las caramañolas y habrían bebido hasta la última gota si no fuera por el oficial que les daba el ejemplo mordisqueando algunas hojas verdes para engañar la sed.

-A chupar el cardón. El agua para después.

Avidamente se lanzaron sobre el cardo, empujando sus machetes. Con golpes seguros lo derribaron, y punzándose con las espinas manos y caras, acercaron a sus bocas las ramas húmedas y, jadeantes, chuparon largamente el desabrido jugo del cardo. No era suficiente. Se arrojaron al suelo a la escasa sombra de los arbustos raquíticos.

-Juro que jamás me harán tomar parte en otro patrullaje. Lo juro por las barbas de mi suegra.

-Ni a mí.

-¡Qué calor, Dios mío! Nunca ha hecho tanto.

-Y no haber agua, ni una cañada.

-Calma muchachos, no desesperen, antes de tiempo. Estamos empezando apenas y ya se quejan.

-Pero usted está acostumbrado, mi teniente.

-Soy igual que ustedes, ni más fuerte ni más débil.

Permanecían echados de espaldas, aireándose con las gorras las sudorosas caras. El oficial continuaba contemplando sin motivo la brújula, sumido en

profunda meditación, sin mostrar ningún signo en su curtido rostro.

-Hace mucho calor muchachos -murmuró después de un largo silencio-, hace mucho calor para seguir adelante. Nadie podría resistir esta tarde. Nos quedaremos en este lugar para seguir adelante cuando disminuya el calor. Al menos, hay algo que parece un poco de sombra. ¿Les parece?

-Usted verá lo conveniente.

Se quedaron inmóviles, totalmente vencidos.

Ya muy tarde continuaron la marcha. El calor no disminuía en intensidad. Con la difícil caminata se hizo necesario beber y el oficial accedió al pedido mudo que le hicieron. La sed era más fuerte que la prudencia.

Caminaron hasta muy entrada la noche. Detuvieron sus pasos ante la imposibilidad de continuar por la oscuridad.

-Ojalá refrescase un poco más.

-Y pensar que allí, en la línea, los que quedaron están bien, tienen sombra y tienen agua, mientras nosotros, quizás, marchamos hacia la muerte, y no podemos tomar el agua que tenemos.

-¡Maldita suerte!

-Mañana podremos avanzar más.

-Es imposible. Mañana estaremos cansados y falta de agua para apresurar el paso. Con el calor que hace es imposible avanzar más rápidamente. Y el monte es tan tupido que no se ve nada hacia delante.

-Ojalá lloviese, mi teniente.

-No te preocupes hijo, no te preocupes que no pasará nada. Duerman muchachos. Yo haré el primer turno.

* * *

Mucho antes de que saliese el sol, apenas clareó el día continuaron su marcha. Al mediodía avanzaron atormentados por el sol, sin poder beber el agua que tenían en la caramañola. El calor era más sofocante que el día anterior. Varios de los patrulladores lloraron.

Al anochecer tenían una caramañola vacía.

* * *

Al tercer día avanzaban desesperados, sin hablar. Su última esperanza era la de encontrar cardos en el trayecto para reemplazar el agua consumida. Con el sofocante calor, una caramañola de agua apenas duraría dos días consumiendo la cantidad suficiente para no morir de sed.

Al atardecer, Camacho gritó:

-¡Maldición! Un carahuatal.

Delante se extendía un carahuatal. Sus hojas terminadas en agudas espinas se levantaban hasta la altura de la cintura. Intentaron seguir adelante pero les fue imposible, no quedándoles más recurso que dar un rodeo, ¿pero por dónde? Sintieron que una profunda e incontenible desesperación se apoderaba de ellos.

¿Cuántos kilómetros se extendía el carahuatal? Varios seguramente. Dos, tres, quizá diez. Entonces, ¿cuánto tiempo iban a perder dando el rodeo?.

El oficial se tomó la cabeza entre las manos. Por primera vez perdía la confianza en llegar a la meta antes de que se concluya el agua. Y además, ¿por dónde dar el rodeo, por la derecha o por la izquierda? Vaciló desalentado. ¿Por dónde se extendía más?

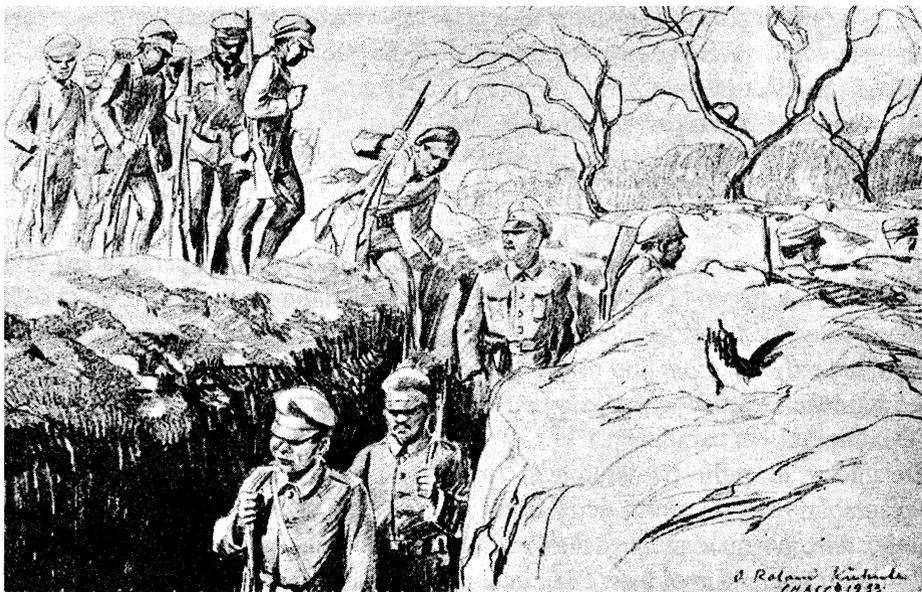
Después de un momento de incertidumbre se decidió por la derecha. Debían avanzar el cálculo, procurando llegar frente al punto donde cambiaban de dirección para no apartarse del rumbo que siguieron hasta entonces. ¿Cuánto tardarían?. La posibilidad de llegar a la cañada disminuía considerablemente hasta hacerse problemática. Con el corazón oprimido por tristes presentimientos siguieron su penosa marcha hasta el anochecer.

* * *

El cuarto día volvieron a tomar el rumbo primitivo, perdida la seguridad de llegar a la cañada. La tormenta tardaba en desencadenarse. Veían desesperados como disminuían más sus raciones de agua. En sus caramañolas quedaba un poco de agua caliente y maloliente.

En la tarde, uno de ellos se quejó de fuertes dolores de cabeza. Tenía la respiración entrecortada y le zumbaban los oídos. Llegaba puntual e infaltable la insolación.

El oficial dudó entre matar a aquel hombre condenado a morir entre horribles tormentos y salvar el agua que les quedaba, o sacrificar el agua para intentar salvarlo. Después pensó en que no tenía derecho alguno para matar a un hombre enfermo que quizá pudiese sanar, pero en este caso tenía que sacrificar hasta la última gota de agua y sacrificar a todos.



Ordenó que bebiesen, y de su caramañola vertió un poco en la cabeza del insolidado que ya se quejaba a gritos. Era muy poca agua para calmar los sufrimientos del moribundo y, lo principal, faltaba la sombra protectora. En aquella región no se veía un árbol, todo era monte bajo y raquítico, tuscal. La insolación continuó progresando. Muy pronto perdió el conocimiento y en la soledad del monte sólo se escuchaban las quejas del enfermo moribundo.

En silencio, con el rostro contraído y con lágrimas en los ojos, el oficial empuñó su revólver y dio fin a los sufrimientos de aquel desgraciado.

Hicieron un hoyo y enterraron superficialmente el cuerpo del primero que moría en aquel patrullaje.

-Adelante, muchachos- ordenó el oficial con voz alterada.

Avanzaron masticando hojas verdes que hacían arder sus bocas. Cada uno calculaba cuántas horas de vida le quedaba.

La noche mitigó un tanto sus tormentos.

* * *

Al amanecer del quinto día, al iniciar la marcha, uno de ellos pidió al oficial la diese muerte:

-Ya no puedo más, mi teniente. Anoche, mientras todos dormían he tomado el resto de agua que me quedaba, y ni así han cesado mis sufrimientos. Por favor. ¡mátame! No tengo valor para hacerlo yo mismo.

-Calma, hijo. Yo tengo todavía bastante agua y te daré cuando necesites. Animo.

-No. Mátame, por favor.

-Ya es insoportable. He dicho que hay que seguir adelante si no quieren morir de sed.

Los demás presenciaban indiferentes el acto, pensando en el momento en que se



verían en igual necesidad de implorar la muerte.

-Mi teniente –continuó llorando-, ¿por qué quiere que sufra? Por favor, máteme y mi último pensamiento será de gratitud para usted.

-¿No entiende? ¡Adelante!

-Bien, mi teniente- terminó el soldado, con calma.

-La columna inició la marcha. Luego se escucho una detonación.

-Adelante, muchachos, no podemos perder tiempo enterrándolo. ¡Adelante!

Seis hombres y el oficial siguieron adelante abandonando el cadáver. Era necesario ganar tiempo si querían llegar a la cañada en una marcha sin esperanza.

Acamparon al anochecer cinco hombres.



* * *

Ninguno de aquellos cinco hombres se preocupaban del enemigo al avanzar pesadamente, moviendo apenas las piernas. Caminaban como autómatas. Arrojaron sus equipos, las caramañolas vacías y sus víveres sobrantes que de nada ya podrían servirles.

Al medio día, uno de ellos trató de beber entre gestos de repugnancia sus propios orines. Era imposible.

Quiso llorar. Ya no tenía lágrimas.

Más tarde uno de ellos gritó frenéticamente:

-¡Agua! ¡Miren, agua!

Todos corrieron jadeantes, entre gritos de alegría hacia donde iniciaba el que dio el aviso. Efectivamente vieron una cañada verde. Corrieron chocando enloquecidos contra ramas y troncos, venciendo los obstáculos, pero ¿dónde estaba el agua?

Se arrojaron desesperados al suelo con la última esperanza muerta, lanzando maldiciones al cielo. El agua, la cañada no eran más que fantasías de sus turbadas mentes. Permanecieron inmóviles con el pensamiento perdido en el borde de la locura.

-Adelante, muchachos, todavía podemos llegar a la cañada. Valor, hijos –ordenó el oficial aunque no tenía ninguna seguridad de llegar a la salvación.

Se levantaron tres hombres y continuaron su penosa marcha. Dos se quedaron pensando que no valía la pena de seguir adelante, que era igual morir allí o más adelante, que en cualquier lugar la muerte sería idéntica.

* * *

-Mi teniente, allí hay carahuatas –dijo balbuceante Camacho.

Fueron. Efectivamente era un carahuatal. Arrancaron algunas hojas clavándoles



las espinas en las manos; insensibles al dolor chuparon ávidamente el pegajoso y escaso jugo mezclado con la sangre de sus labios. No calmaba la sed.

Perdidos, con la brújula en la mano que de nada les servía, andaban los dos sin separarse. Escucharon un rumor en el monte, rumor que fue aumentando rápidamente. Alistaron sus armas sin darse cuenta que si eran hombres eran su salvación. Obraban inconscientemente, sin pensar en nada, igual que muñecos sin vida. Una piara de cerdos salvajes arremetió contra ellos. Dispararon hasta terminar la munición de un cargador. Cayeron varios animales, huyendo los sobrevivientes. Los dos hombres se arrojaron para beber la sangre que fluía de las heridas de los cerdos, pero únicamente se resolvieron en el suelo profiriendo gritos inarticulados. No podían beber. La garganta hinchada y seca les torturaba impidiendo el paso del espeso líquido. Con los ojos fijos vieron cómo la sangre se esparcía lentamente por el suelo.

Permanecieron echados uno junto al otro sin intentar ningún movimiento, viéndose como si nunca se hubiese visto. Tenían la boca abierta y entre los labios la lengua enormemente hinchada; los ojos turbios y sin mirada. Permanecieron en esa forma por varias horas.

Camacho se incorporó pesadamente empuñando su pistola ametralladora. Trató de hablar y no exhaló más que sonidos incomprensibles. Apuntó al oficial que veía todo sin darse cuenta. Ajustó el disparador y un tiro fue a perderse entre las ramas pasando junto a la cabeza del oficial que al escuchar pasando junto a la cabeza del oficial que al escuchar el disparo pareció despertar, y al ver que nuevamente le apuntaba, levantó lentamente el revólver y Camacho cayó con un tiro en la cabeza. El oficial se acercó al cadáver y humedeció sus labios en la sangre que manaba de la herida.

* * *

Se levantó y dando tumbos, cayendo sobre las espinas, continuó caminando al azar. Tenía la brújula en una mano y la ametralladora en la otra. De momento en momento disparaba, cayendo al suelo. Levantándose después de cada caída continuaba sin rumbo, exhalando quejas, inconsciente, sin pensamiento, automáticamente, chocando contra troncos y ramas, con la vista fija en una cañada que huía lentamente de él.

Arrojó el arma y quiso continuar. Las fuerzas le abandonaron y cayó pesadamente, revolcándose presa en los tormentos de la sed.

* * *

Mucho tiempo después, una patrulla que salió de un nuevo puesto en la cañada, encontró a los cien metros de distancia el cadáver de un hombre. Por la brújula que tenía entre los dedos secos, y por los restos de uniforme que le quedaba pensaron que se trataba de algún oficial caído en alguna acción contra el enemigo. Y dio el parte.

¡INDIO “BRUTO”!

Raúl Leytón

Es el apacible morir de una tarde en la campaña del Chaco. Ningún disparo rompe el silencio. Reina la calma...

Dicen que los ojos son el reflejo del alma. Sin embargo, la mirada del soldado indígena, que caviloso pasa las horas perdido en su trinchera, es enigmática.

¿Qué pensará en el eterna mutismo que le domina? ¿De qué se alimentará ese espíritu?

No se abre a nadie; desconfía de todo el mundo, porque todos le tratan mal.

Aparece el “sub”. Le habla, y él no le entiende. Le manda hacer una cosa y hace lo contrario. Otras veces prefiere no hacer nada. El “sub” se enoja; le pega un puntapié y se pierde por la zanja de comunicaciones maldiciendo.

“¿En dónde estoy?” —se pregunta el indio a sí mismo—.

¡En el Chaco! A una distancia infinita de sus “chacras”, de su triste rancho! Y de todo eso no sabe nada: no recibe cartas. ¿Quién le puede escribir si a su hogar no llegó jamás ni la punta de un lápiz?

Le han dicho que por el frente, rompiendo la espesura de la selva, puede aparecer el enemigo.

¿Qué enemigo?

¿El “pila”?

¿Y quién es ese? ¿Por qué es enemigo? No se explica. Sólo sabe que si aparece, tiene que matarle, para no morir...

Pero... ¡matar!... ¡morir!... Se horroriza y tiembla.

Contempla su fusil, que está poyado sobre los troncos de la posición. Es el instrumento más odioso que conoce. Aparta de él la vista y el pensamiento. Su “chacrita” ahora estará verde. Más, ¿quién sabe si llueve por esas alturas?

Querría volver... irse solo... en un mes, en un año, no importa; pero, ¿por dónde, si está perdido, materialmente perdido? El llano es inmenso, interminable; el monte, igual por todas partes. ¡Ah, si hubiese siquiera una colina, unas rocas para encaramarse hasta ellas, avizorar la sierra y orientarse!.

Los otros soldados tienen siempre coca y agua. A él todo se le acaba en un suspiro.

Ellos alguna vez fuman y toman “trago”, reciben cartas, encomiendas; leen, hablan, ríen, cantan, reniegan, lloran. El nunca ríe. Una vez quiso cantar, y la voz se le ahogó en la garganta. Tampoco puede llorar. No halla forma de desahogar sus penas. El peso de su dolor lo siente solo y es más grande que una montaña.

* * *

Distribuyen el rancho a la tropa.

El autóctono como un animal. Comer es su única satisfacción; encuentra placer

en comer. En tiempo de paz comía poco, y le bastaba. Extraño fenómeno: en la campaña come mucho más, y no se sacia.

En la noche el enemigo abre el fuego. Las ametralladoras, como si simularan carcajadas locas, disparan sus interminables cintas: retumban los cañones y el monte tiembla.

El indio se acurruca en la zanja. No quiere saber nada. Los proyectiles le silban sobre la cabeza, se clavan en los troncos defensivos y se apagan en la tierra removida. El cañón de su fusil apunta al cielo y él dispara a las nubes...

El sueño puede más... Se duerme...

¡Alguien ha tropezado con su cuerpo!

El fuego es vivo. La impresión del combate le estremece...

Entre las sombras de la noche, alcanza a ver un fusil que le apunta...

¡Un "pila"! ¡Está a un paso de él! ¡Oh, sorpresa!

Le han dicho que los "pilas" deguellan, mutilan los miembros, arrancan los ojos... Y el infeliz dobla las rodillas y levanta las manos.

Siente que le tiran de las orejas. Dos brazos fuertes levantan su cuerpo adormecido.

-¡Indio bruto!- profiere una voz. La reconoce: es el suboficial, que le sacude y ordena disparar.

* * *

Un buen día, anúnciale que el padre capellán se halla confesando a los soldados en el puesto del comando de batallón.

¡El "tata"! Un destello de esperanza alienta el ánimo semimuerto del indio; pero, en seguida, de nuevo la duda, la desconfianza.

En fin, no es inútil: tal vez el cura pueda sacarle del infierno en que vive. Le dirá que está enfermo; que le han arrastrado hasta allí por la fuerza... ¿Qué más puede decirle? Que tiene sus rebaños y sus campos abandonados, sus mieses sin cosecharse.

Parece no conservar memoria de sus padres, de su esposa, de sus hijitos. Más



apego demuestra a la tierra y los animales; no le han hecho el daño que le hacen los hombres.

Tienta... y vuelve desesperanzado. ¿El padre no le ha entendido o no ha podido atender a sus legítimas demandas?

Tira por otro lado; se atreve a presentarse al médico regimentario.

-¿Qué tienes?

-¡Ingirmu is!

-¿Pero qué tienes?

Pronuncia una palabra que por milagro se le ha quedado grabada en mente:

-¡Auitaminusis!

-¿Qué?

Tiene miedo; se le ha helado el cuerpo.

-¡Auita minusis! -musita apenas-

-¡Acabáramos! ¡Avitaminosis! -pondera el médico y sonríe- ¿Y qué te duele?

-Pichu doili, cauiza. Ispalda doili.

El doctor le deja sin decir palabra; pasa a observar a otro enfermo. El indio se queda indeciso; se acomoda al pie de un árbol. Le sirven el rancho en su lata; come con apetito. Le dan más; come ávidamente. Si le sirvieran diez latas, las despacharía todas.

Al poco rato se le aproxima un camarillero.

-Ha dicho el doctor que vuelvas a tu compañía, que sólo tienes "pilitis".

-¡Ingirmu is! -le responde y se queda inmóvil-

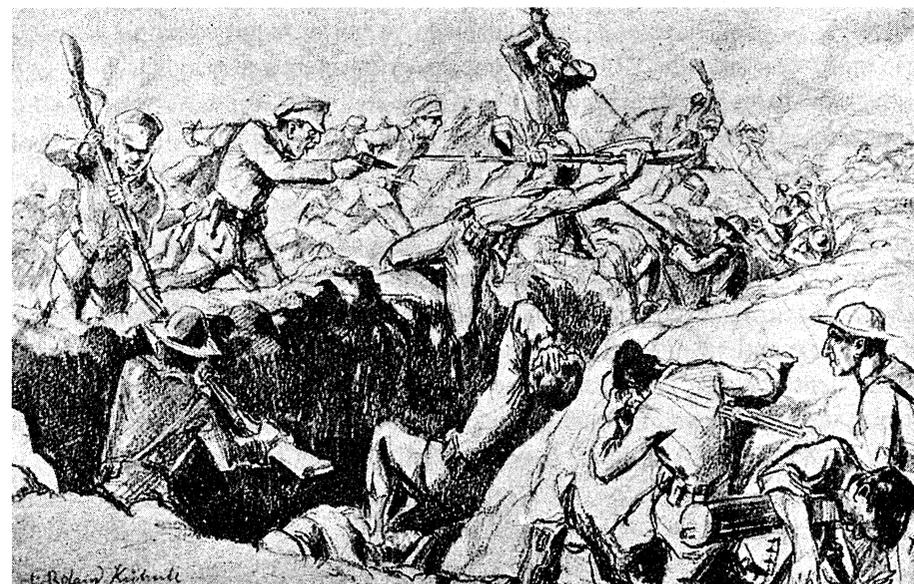
Luego se le presentan otros dos.

-¡Bueno, vamos! -Le sacuden violentamente, le pegan, el indio no se mueve-

-¡Ingirmu is!

Descubren la manera de sacarlo. A la hora del rancho vespertino no le dan ni un hueso.

-¡Debe ir a comer a su compañía!



* * *

En la línea. El enemigo presiona violentamente.

Los soldados, por orden superior, abandonan sus posiciones aprovechando un momento de sosiego; se escurren por las sendas; llegan a la "picada".

Allí se les distribuye munición en abundancia.

El calor es mortal, la sed atroz y deben seguir caminando; felizmente declina ya el sol.

Corre la voz de que los "pilas" han cortado los caminos; que no existe ningún contacto con la retaguardia; que toda una división ha quedado —habrá que seguir como se pueda, pechando monte— y que, para colmo de las desventuras, la aguada se encuentra batida por el fuego paraguayo.

El indio marcha automáticamente, confundido entre los demás; no se da cuenta de la grave situación en que se encuentran todos.

Siguen el curso de la "picada"; llegan al que fue Puesto de Abastecimientos. El personal que lo atendía ha huido ya, abandonando bastantes víveres, posiblemente por falta de vehículos.

¡Buena ocasión! Los soldados no pueden perderla. En sacos abiertos unos y repletos otros encuentran de todo: arroz, porotos, maíz, quinua, trigo, frangollo, azúcar...

El indio, que sabe de las inquietudes y de los sudores de la vida agrícola, no puede comprender cómo se desperdicia tal cantidad de productos.

En cambio, ¡la munición! ¿Qué significa eso para él? ¡Es un peso inútil y fastidioso, nada más! La desparrama íntegramente. ¡Nadie le ha visto! Y en el morral, ya vacío, se aprovisiona con abundancia.

Más allá, la tropa descansa. Un soldado enciende fuego. Tiene agua; prepara en su lata su pitanza. ¡Feliz él! Pero llega un teniente con sus estafetas, y apura: no hay tiempo que perder.

Cruzan un pajonal. Esa zona está controlada ya por el fuego enemigo. Es necesario andar con cuidado. El indio ve que sus compañeros se achican.

Llueven las balas sorpresivamente. ¿Han sido sentidos? Todos se pierden en el suelo; sólo el bárbaro se ha quedado en pie, inmóvil, abobado.

Calla la música fratricida. Los soldados caminan cautelosamente; algunos se arrastran. ¡Otra vez el fuego! Cae uno aullando de dolor. El autóctono se tiende —por fin—. Se apega al suelo, araña la tierra. ¡Si pudiera sepultarse!

Deja transcurrir un tiempo largo. Sus compañeros ya no aparecen. Se han filtrado todos. El tiroteo hace rato que ha cesado; pero el cobarde no se atreve a incorporarse; se mantiene en posición horizontal, cierra los ojos.

Se da cuenta de que el herido ya no grita. Va arrastrándose y llega hasta él. Respira todavía. Lleva caramañola; está empapada en sangre y tierra. Se la despoja y el "sobrio del Altiplano" bebe sin medida, hasta la última gota.

* * *

Ya es de noche.

Pasa un tropel de gente. ¡Si serán "pilas"! Son bolivianos; el indio sigue con ellos.

Se oye un tiroteo intenso; pero en sector lejano.

La noche está despejada y es de luna llena.

Llegan a la ceja del monte y se pierden en la maraña de la selva, caminando hasta que el sueño y la fatiga les rinden.

Al amanecer, un sargento cruceño les despierta obligándoles a seguir adelante; es de temer que el enemigo se apresure a cortarles la retirada.

La ropa se les deshace a jirones en las ramas y los espinos.

Salen a una "picada" estrecha y nueva. Siguen su curso.

El sol está en algo y quema. La tortura de la sed seca las gargantas.

Encuentran numerosos soldados y bastantes autocamiones. Muchos ofrecen buen dinero por unos sorbos del líquido codiciado.

Los zapadores, a pesar de los rigores del clamor, trabajan obligadamente en la apertura del camino. Mientras tanto los jefes y la tropa descansan.

Dicen que se llegará a una aguada. A esta noticia los soldados quieren seguir; pero hay orden de que ellos marchen detrás del material pesado. La angustia de la sed les indisciplina; no pueden esperar, se abalanzan.

Un jefe les grita: "¡Alto!".

No obedecen. Salta otro, y revólver en mano, les intima: "¡Media vuelta!".

No tienen más recurso que buscar caraguatas para mendigar unas cuantas gotas del líquido insípido de sus raíces.

Los camiones se ponen en movimiento. La "picada" es angosta. Las carrocerías crujen, chocan con los troncos, desparraman la carga. Un autocamión, se incendia por calentamiento excesivo del motor, a cuyo radiador le falta agua; revientan algunos neumáticos, y como no se cuenta con repuestos, siguen los vehículos arrastrándose como pueden.

Los heridos graves chillan de dolor a cada barquinazo. Hay quien grita que se le haga el favor de matarlo de una vez.

El indio siente la lengua dura como una tabla; su respiración es fatigosa; los ojos le arden. Hace ademán de tragar saliva; pero parece guardar fuego en la boca y en la garganta.

Un soldado de raza indígena como él, desespera, se enfurece, arroja, como perro rabioso, espuma blanca por la boca y cae rendido a lo largo del camino sufriendo convulsiones epilépticas.

Dos soldados pasan sobre su cuerpo sin conmoverse. Un tercero se siente con fuerzas para socorrerle. Le despoja de la "rosca", le envuelve en ella y le deja a la sombra, al pie de un árbol.

Otro soldado no puede más; se aparta del grupo sin decir palabra. Piérdese en el motor... Oyen todos un disparo muy cercano. Corren algunos y constatan su muerte: se ha suicidado.

El indio tiembla. No se da cuenta si está de pie o camina. Ve que los demás se alejan. Grita, clama: "¡Auita! ¡Auita!".

Pasa un grupo de soldados. Uno se le aproxima y despojándose del jarro que lleva colgado a la cintura, le sirve agua.

¡Bebe!...

¡Ha vuelto a la vida! Habla a su salvador, aunque nota que no le entiende. Se quita el gorro; lo mueve en la mano alargándole los brazos; le llega a tocar tímidamente los hombros —una caricatura del más preconocido— y, por primera vez, siente que los ojos se le humedecen y se le empañan con lágrimas.

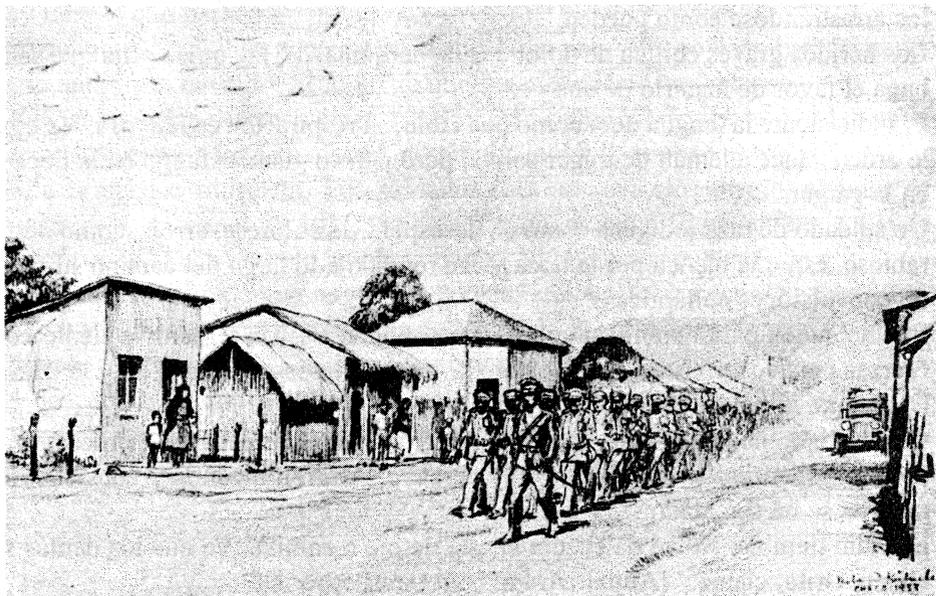
Después de mil fatigas, su regimiento ha llegado al fortín... El autóctono no sabe de qué fortín se trata. Ni le interesa saberlo. Se concentran allí las tropas de dos divisiones.

Muchos soldados tienen la suerte de verse en esta oportunidad, después de un tiempo considerable. Se reconocen, se abrazan, comentan animadamente los riesgos sinsabores de la vida de campaña. Hay quienes estrechándose en unión íntima y prolongada —tal vez presintiendo la muerte próxima—, mezclan sus lágrimas; lloran sin ningún respeto humano.

Cambia de sector su batallón. La tropa marcha a pie un día... otro... y otro. Tres jornadas largas.

Al pasar por una estancia, ve cabras acorraladas en un cerco, oye cloquear a unas gallinas, un perro cruza sin ladrarles. La vivienda de palos secos, plantados verticalmente, no contiene ni una piedra para “batán”, ni un miserable tiesto tiznado. El monte tampoco ha cambiado de aspecto; es como en todas partes espinoso, seco, desesperante; el horizonte, mezquino, el calor sofocante... Con todo, el nostálgico indio siente una corriente interior de alegría. Piensa, seguramente, que se aproxima a un ambiente de paz. A su centro: el Altiplano y los Andes.

* * *



Por fin los jefes parecen haberse convencido de que no podría servir para la guerra una raza sepultada bajo más de cuatro siglos en abyecta servidumbre.

El indio y todos los de su condición ya no llevan fusiles: se los han cambiado por instrumentos de zapa.

Y cavan zanjas, hachean y cargan troncos; abren caminos, construyen cubrecabezas y reductos. Les llevan de una parte a otra. Trabajan de día y de noche. Nunca les dan ropa, visten andrajos. En la línea el rancho era mejor, o, por lo menos, abundante.

Los mosquitos les tienen sin vida. El autóctono se ocupa a todas horas de rascarse torpemente los pies, la cabeza, las manos. Las picaduras se le infectan. Todo su cuerpo se transforma en una llaga. El barchilón le embadurna con una pomada verduzca.

Va perdiendo el apetito; ¡pero la sed! Tiene sed desde que se despierta, y no se sacia por mucho que bebe.

Un día de movimiento pasan por un puesto en donde se distribuye gasolina a los choferes. De un barril grande caen a una lata gotas constantes.

“¡Qué agua tan clara!” —piensa el desgraciado indio. Aproxima su mugrienta lata, deja gotear pacientemente.

Le previenen que no es agua; cree que le engaña. “Quizá es trago” —piensa. Acerca el recipiente a los labios. Un sorbo pequeño.. Fuerte y amargo como sus penas.

Los del puesto ríen. El no dice una palabra. Deja caer el sobrante de líquido, tan ingrato, sin violencia, al parecer, sin cólera, y se va.

Al abrir una “picada” salen a un claro de monte.

El autóctono no sabe lo que le pasa; pero el rostro le arde, las piernas le tiemblan.

¿Qué ha visto?



¡La falda de una colina!... ¡Una llama que entre las piedras y la paja brava pace tranquilamente! ¡Abajo un arroyuelo de agua cristalina que corre en faja interminable.

¡Por fin el agua! ¡Se abalanza! ¡Se tiende largo a largo para beber sin descanso! Pero -¡cruel sarcasmo!- el agua huye de sus labios y solamente se le presenta la tierra dura y calcinada por el sol ardiente.

Se levanta desconsolado. Ve de nuevo agua clara -¡un mar de agua!-, corre otra vez, hasta que sus compañeros le detienen estupefactos.

No es sino un espejismo.

* * *

Y el sufrido indio fue a dar a un hospital de vanguardia.

Andaba de un lado a otro molestando a los médicos y enfermos. Hablaba mucho, sin saber lo que decía.

Las cucharadas que le prepararon se las tomó, una mañana, de golpe, sin respetar la prescripción. Sufrió frecuentemente la obsesión del agua. Los enfermos cuidaban sus porciones.

-El loco -decían- suele asaltarlas para bebérselas íntegramente.

Una tarde -¿despertó de un sueño?- Lo cierto fue que se encontró ligado fuertemente al pie de un árbol. Intentó moverse y sintió su cuerpo todo maltrecho.

¿Qué le había pasado, por Dios?

Seguramente se dio cuenta del triste estado en que se hallaba porque, lamentando su desgracia, se puso a llorar y cantar a la vez, como suelen hacerlo los de su raza abatida, sobre las tumbas de sus deudos al sepultarlos.

Al anoecer le desligaron.

No pudo comer. No tenía aliento para nada. Se acomodó allí mismo, y sin cubrirse, al aire libre, buscó en el sueño alivio a sus pesares.

Pero en la noche volcó el viento sur intempestivamente. El "surazo" nunca marcha solo; empezó a llover y a sucederse corrientes de frío que llegaban hasta los huesos.

Crujió el monte; varias carpas individuales colaron; se desgajaron algunos árboles; arreció la lluvia y los truenos y relámpagos y rayos asociados, infundieron un pánico más desconcertante que el de las bombas de los cañones "pilas".

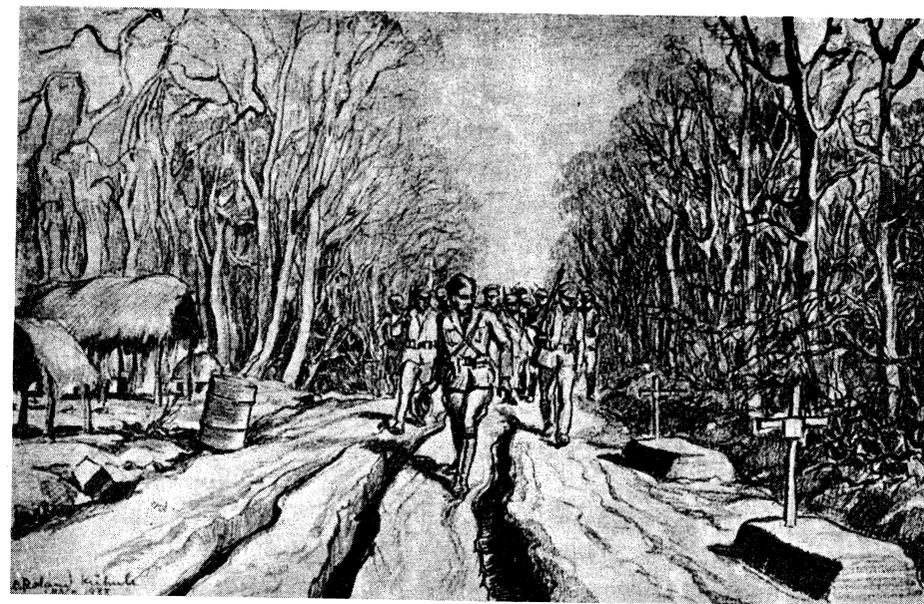
El infeliz indio despertaría sin duda... Querría incorporarse, intentaría moverse y al ver que los miembros le desobedecían, se desharía en contorsiones desesperantes.

Al siguiente día encontraron su cadáver en el barro.

Horrorizaba verle. Tenía el rostro desencajado, los ojos abiertos; los maxilares herméticamente cerrados; los puños apretados.

Así acabó sus días este triste soldado desconocido, que carecía hasta de la placa en la muñeca para su identificación.

Su cadáver era una contracción acusadora, un gesto macabro, de protesta contra su Patria y contra los hombres, sus hermanos.



DELIRIO

Armando Montenegro

Soy víctima de un violento ataque de fiebre. Mi pulsación vuela y me conducen a un hospital de emergencia. El trayecto es largo. El carro que me lleva sube y baja interminables colinas cubiertas de monte bajo y raquítrico. Allá muy lejos puedo divisar una laguna que refleja los rayos solares como un brillante. Es pequeña y dentro de la inmensidad del paisaje boscoso parece una lágrima caída del cielo. En sus orillas está el Hospital de Camatindi. Varias carpas con su roja cruz pintada en la techumbre adornan el puesto.

Soy destinado a una de ellas.

Los camastros están hechos de cañas huecas y pequeños troncos enclavados en el suelo. Encima yacen los enfermos. Frente a mi carpa hay otra. De rato en rato el viento trae el eco lánguido y tenaz con que se quejan los heridos.

Mi temperatura sigue subiendo. Mi pulsación es más y más violenta. Mi voluntad sucumbe y la firmeza de mi pensamiento zozobra. Me siento morir. Veo mi cadáver y me llevan cuatro hombres, envuelto en una frazada. Miro mis pies y están amarillos. Me entierran a unos cientos de metros del Hospital. Es un lugar donde hay muchas cruces. Con la mía habrá una más. Los enterradores mientras botan mi cuerpo desnudo dentro de la fosa, echan grandes carcajadas. Con la primera paletada de tierra me cubren la cara. Me ahogan... me ahogan...

En el paisaje aparece un amigo mío. Lleva en las manos una cruz que luego clava en mi tumba. Con un cortaplumas graba mi nombre en uno de los brazos del símbolo cristiano. Cuando se va me quedo solo en el Chaco.

Me despierta un médico y me hace tragar algún medicamento hediondo. Ese día mejora mi estado de salud y empiezo a observar a mis compañeros. El de mi derecha es un hombre alto, huesudo, de nariz aguileña. No habla, no se queja, casi no come, pero se consume suspirando. El del otro lado se queja mucho y tose. Tose suave e isócronamente; como si en sus pulmones tuviera el tic-tac del reloj.

En los demás camastros sólo puedo ver bultos que se mueven. Alguna vez descubro una cara macilenta y afilada. En la noche la carpa se puebla de suspiros y quejas. La tos del de mi lado sigue martirizando mis tímpanos.

Al final de la toldeta hay un lampiño de luz titilante que agoniza. Al pie de esa luz cabecea un sanitario, encargado del cuidado nocturno. Tiene el mandil hecho de género de colchoneta y parece un presidiario. Su sombra baila una danza diabólica, en las paredes de lona de la carpa.

De repente se oye una voz:

-Ayudante, traiga la chata... 1

El ayudante no oye.

-Oiga carajo, traiga la chata le he dicho- grita nuevamente la voz y una medio bota cae como una granada a los pies del sanitario.

Este despierta malhumorado y exclama:

-Vaya Ud. A la mierda...

Pero le lleva el utensilio.

Todos despiertan y el ambiente se llena de blasfemias y de insultos. Después todo queda en silencio. Solo persiste la tos de mi izquierda, incansable.

De pronto oigo un ronquido pertinaz y agitado. Es alguien que agoniza. El estertor le dura una, dos, tres, cuatro horas y luego se apaga como una luz. No puedo dormir; estoy como un espía pronto a percibir cualquier ruido. Así me sorprende el alba. Entran cuatro hombres y se llevan ese cadáver. Cuando lo pasan a mi lado advierto sus pies. Están amarillos.



El vecino de mi derecha está más pálido. Tiene la enorme nariz más afilada. Cuando el médico le visita, solo mira la retina de sus ojos y se va. Me rinde el sueño y duermo unas horas. Despierto y veo la cama del hombre huesudo, vacía. Se lo llevan también. Aún puedo ver el cortejo fúnebre de aquellos cuatro hombres cargando en una frazada al muerto. Debajo de la manta mis ojos tropiezan con un par de pies amarillos...

Mi vecino de la izquierda tose siempre. No sé cómo pueden aguantar sus pobres pulmones semejante trabajo. Tose de noche y tose de día como si fuera una maquinaria. Mi oído está acostumbrado ya a este fatídico ruido.

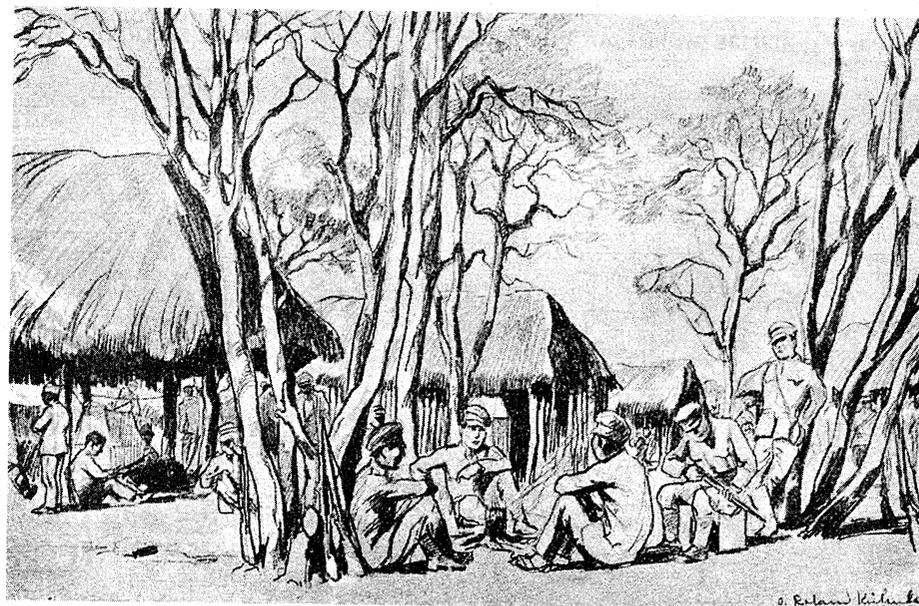
Una noche despierto intranquilo. Algo me falta. Sin embargo todo está igual. Miro al ayudante bajo la mortecina luz de su lampiño como todas las noches. Pero algo me falta. No puedo precisarlo. Esta noche es diferente de las demás... Y es que mi vecino ya no tose. Está callado. No respira siquiera. En la mañana los cuatro verdugos se lo llevan.

¡Dios Santo!, sus pies están amarillos. Casi blancos.

No puedo aguantar más. Mi sangre hierve. Salto del lecho y huyo hacia la laguna. Me alcanzan los ayudantes y me tumban al suelo. Me aprisionan contra la arena con su peso. Dicen que estoy loco. Me envuelven en una manta y me llevan entre los cuatro, hacia mi jergón.

En el camino me veo los pies.

¡Están amarillos!



...¡QUE HAYA UN SOLO SOBREVIVIENTE!...

Víctor Varas Reyes

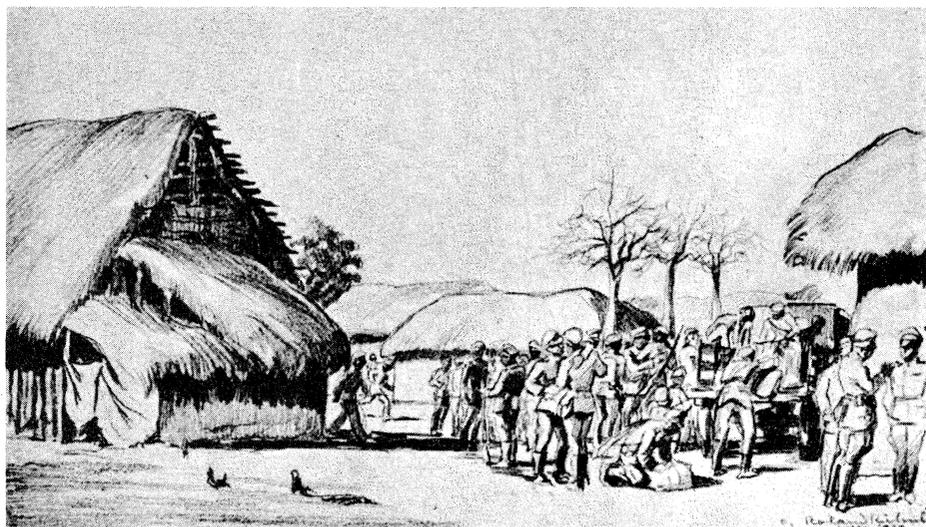
Aumentaba progresivamente el rigor en la prisión, juntándose con la falta de noticias de la familia, los datos contradictorios de la patria lejana y de las contingencias de la guerra.

Al morir el día y al regresar de la pesada jornada de trabajo, volvía el espíritu a remontarse con la fantasía hasta el confín lejano de la querencia. Las charlas tornaban hacia los problemas nacionales, apretando el corazón como con un grillete. Colmaban la mente grandes anhelos del regreso para colaborar a la campaña con consejos nacidos de la propia experiencia, o de la observación verificada en el país enemigo, o por el conocimiento más cabal del territorio patrio, así como por el contacto más íntimo entre oriundos de los diferentes departamentos bolivianos tan separados, tan disímiles y hasta tan hostiles entre sí...

Las evasiones se sucedían, a despecho del rigor de los cancerberos y de todas las dificultades multiplicadas en aquel país, hecho para ser nada más que una gran cárcel.

En las noches, en horas anteriores al toque de silencio ejecutado por un corneta boliviano, tendido en la eterna gama, grupos de amigos aislábanse, formando conciliábulos, trazando planes, indagando rutas, intercambiando datos conseguidos con muchas dificultades. En las tardes dominicales, en las que la nostalgia abrumaba, los muchachos, entre la pirotecnia del chiste y la carcajada, con los que deseaban ocultar su interior, charlaban con ciertas reservas, con frases convenidas, a fin de que no puedan enterarse los demás compañeros, o que puedan filtrarse al oído de los carceleros.

En las cuadras del cuartel, algunos cautivos tocaban música con charangos, mandolinas y guitarras hechos por bolivianos y obtenidos a base de sacrificios mate-



riales. Surgían los aires populares de la tierra lejana, de la patria ausente que impregnaban en los ánimos tristeza y alegría, ilusión y esperanza. Medidas las sonrisas, aparecía un brillo en los ojos, los que en momentos nublábanse con una leve humedad, invitando esa música al retorno al hogar, mientras el ferrocarril que traía enormes cargamentos desde la frontera con la República Argentina, por Encarnación, pasaba velozmente, orgulloso de su potencia, por enfrente del edificio, desdeñando la quietud e invitando a apreciar el regio valor de la libertad. Y fugaban los grupos cuando creían concluidos y perfectos todos los preparativos, con decisión de triunfar o sucumbir, constituidos en su mayoría por jóvenes llenos de energías, de promesas y de vida.

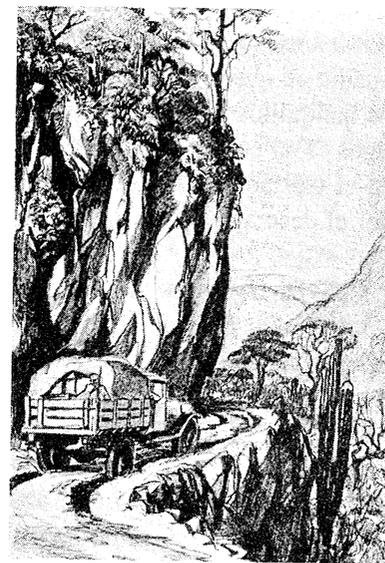
Uno de los grupos sufrió el más tremendo de los fracasos, quedando un sobreviviente que narró después el suceso, ignorante aun de la implacable orden impartida. En un común ideal congregáronse varios compañeros. José Caballero Moscoso, Walter Quiroga Terán, Miguel Alandía Pantoja y dos chaqueños, muy hábiles rumboadores. Usai Aguilera y Mandave Villa.

La preparación fue esmerada atendiendo los mínimos detalles. Consiguióse dinero y con este divino talismán, los elementos indispensables para la aventura. ¿Qué ruta tomar? Y procuráronse afanosamente toda clase de datos lo más preciosos, haciendo un severo balance de probabilidades.

Decidieron por el camino al Brasil, en el entendido de que estaba menos controlado, a pesar de representar la empresa, andar ochenta leguas a pie, cruzando montes abruptos. Aprovecharon una noche en la que por una fruslería castigaron a toda la tropa, teniéndola de pie varias horas robadas al ansioso descanso.

Diéronse cuenta de la huida al día siguiente, en la lista de diana. El encargado de Acantonamiento, un semiletrado Teniente González, apreciaba el talento de Caballero Moscoso, al que aparentaba tenerle una estimación a su manera, como el gato al ratón. Fugándose con otros estudiantes, consideró el "pila" que eran mayores las consecuencias. Y furioso exclama:

-¡A otros podrían jugarle! ¡Conmigo se han equivocado!...



Hace llover telegramas alarmantes al Estado Mayor de Asunción, al Ministerio de Defensa, etc., exagerando las condiciones e importancia de los evadidos. Se imparten órdenes y se envían patrullas por todos los lugares donde había posibilidades de que por allí podrían salir los fugitivos.

A uno de los custodios del grupo “leñeros” donde trabajábamos lo notamos muy preocupado. Era un hombre reservado, al parecer, nostálgico de su casa y de su “capuera”, así como de su familia. Procuramos sondearle sobre lo que supiera de la evasión, aprovechando verlos después del trabajo de la tarde. Trata de evitar confidencias. Al fin nos confiesa que al día siguiente partirá con una misión, para perseguir y capturar a los fugitivos. Eran cinco los muchachos bolivianos comprometidos en esta empresa. La orden puntualizaba que si se encontraba a los cinco, se mate en el camino a cuatro y se traiga uno; siendo cuatro los cogidos, sucumbirían tres, debiendo, en todo caso, traer un solo sobreviviente.

Pasamos algunos días de tremenda tensión nerviosa, inquirendo noticias por todos los medios de que podíamos disponer. Había contradicciones.

Un día vimos de regreso a uno de los comisionados. Luego el Tte. González nos avisa como una gran hazaña:

-Se pescó a los guapos cerca de Piribebuy. Han sido muertos en el bosque los dos chaqueños que pretendieron escapar, corriéndose al monte. A los tres restantes... —enigmáticamente— los regresarán luego... Y se ha capturado a cuatro evadidos de otro campamento...

Dos días después vimos llegar a Miguel Alandía Pantoja con los custodias. No pudo hablársele en seguida por prohibición terminante. Lo pasaron al Comando y encerráronlo con todas las precauciones, castigándolo allí. Lo vimos después, cruzando entre varios custodios al excusado, luego a la enfermería, para irse curando las heridas producidas en el suplicio.

Era intensa la ansiedad por conocer el destino de sus compañeros de evasión. Con algunas estratagemas y entre frases cortadas, nos dice:

-Han muerto a los cuatro... No comenten nada... Sería empeorar la situación a todos ustedes...

Llegaron los “repetes”. Ordenóse formación en cuadro, en la hora de lista de retreta, controlando que nadie se quede en las cuadras. Se tomaron las precauciones de costumbre. Dos banquillos fueron colocados al centro. Vienen cuatro verdugos con sendos látigos. Y al compás de “Noches del Paraguay”, guarania tocada por la orquesta en el Casino de Oficiales, fueron flagelados hasta interrumpirse la operación por el desmayo de las víctimas, ya castigadas durante el trayecto de regreso...

Al día siguiente pudimos conversar al paso con los flagelados, desde su puesto de “plantones”, que es la posición de pie, encima de los mismos bancos que prestaron su servicio en la apaleada. Se habían encontrado los indígenas con el grupo de Caballero Moscoso en una celda de la Policía de Piribebuy, logrando cambiar algunas frases, desde sus puestos, porque estaban colocados frente a frente. Tenían seguro, tanto Caballero como Quiroga —nos refirieron— salvar la vida. Alandía permanecía callado. Al pensar en la futura azotaina, estremecíanse los futuros mártires, pero agregaban que “eso” se podía soportar...

Después logramos saber algo más sobre el sobreviviente. Volvían sólo tres de esa malaventurada “expedición”, ya que los chaqueños fueron muertos en el bosque. En el trayecto, a cada custodia, con su cautivo, iban aislándose, procuran-



do que hubiera conveniente distancia de pareja a pareja, yendo su prisionero por su delante.

Viniendo de Piribebuy hacia Paraguari, casi a medio camino, hay una empinada cuesta rocosa que contrasta con los campos feraces de su fondo, concluyendo en un arroyo de agua cristalina. Al bajar la pendiente, Alandía queda atrás, último con su custodia.

De pronto Alandía ve al custodia de Caballero que llevaba la delantera, hacerse atrás y dispararle a quemarropa en la cabeza, matándolo; a esta señal, el custodia de Quiroga ejecuta igual operación con dos disparos. Entonces, con la energía de la suprema desesperación, logra tomar el monte que lo conocía bien, buscando luego seguridad en el cuartel.

Como en primitivos tiempos, invitando al escarmiento, los cadáveres yacieron exhibiéndose en el lugar de la matanza durante varios días, mientras el arroyo, a pocos pasos de ellos, murmuraba plácidamente la sublime sonata del “agua que corre sobre la tierra”.

QHAYA KUTIRIMUY (VUELVE MAÑANA)

Alberto Ostría Gutiérrez

Golpeada por el dolor de la víspera, tuvo aún fuerzas para levantarse. Era tal vez la *chaupituta*, la media noche. Automáticamente, dobló los cueros de ovejas y los dos *fullus*: su único lecho, tendido sobre la tierra dura. Luego, asomándose a la puerta, clavó los ojos en la sombra. No se distinguía nada. Arriba, en el cielo, apenas unas cuantas estrellas brillaban entre las grietas de unas nubes negras.

Bajó por el sendero que iba a lo largo de la montaña, hasta caer en la quebrada de Viñamayu. Desde allí, el camino se hacía más fácil. Bastaba seguir el curso del riacho. Por último, entrar en la ancha carretera, que llevaba a la ciudad.

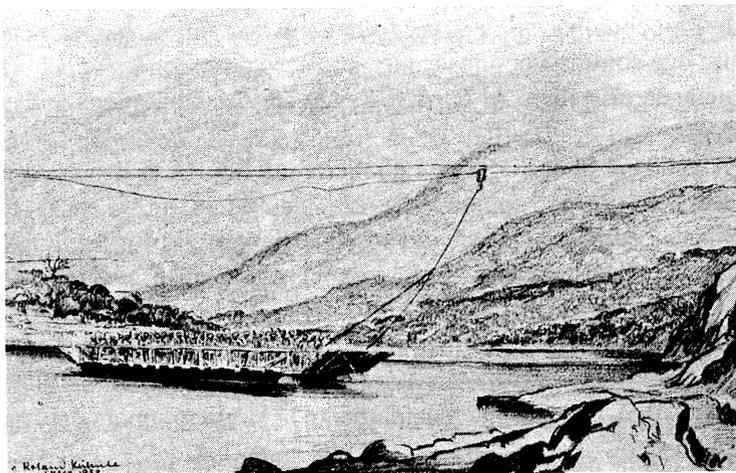
La ciudad era pequeña. Ni ferrocarriles ni tranvías que la perturbaran. Algún automóvil o algún coche. Burros con sus cargas de choclos, de frutas, de carbón. Calles rectas. Paredes blancas y limpias. Uno que otro transeúnte, muy de cuando en cuando, como para demostrar que allí había gente.

Avanzó por la calle de San Pedro que concluía en la plaza central. Tras los tejados rojos comenzaba a asomar el sol. La noche había derivado en una mañana clara y las nubes, blanquecinas ya, se hallaban refugiadas en las crestas de las montañas.

¿Qué hacer? ¿hacia dónde dirigir los pasos? El reloj de la catedral marcaba las siete. Pero ¿qué podía importarle a ella el reloj de la catedral? ¿Acaso sabía lo que significaba ese ojo grande, prendido en lo alto de la torre? Tiempo, horas, minutos eran para ella cosas sin sentido. Para ella sólo existían la mañana, la tarde, la noche, que diariamente llegaban con el sol o con la sombra.

Su instinto la empujó hacia el cuartel, contiguo a la iglesia de San Francisco. Varios soldados concluían de barrer la calle. Sucios, apenas con el pantalón de uniforme, descalzos. En la puerta se paseaba el centinela.

-Tata- dijo acercándose a uno de ellos-, ¿sabes algo de mi hijo, del Juancito? Se lo llevaron ayer...



El soldado siguió barriendo, sin ganas, engeuecido pro el polvo que levantaba su ancha escoba de thola; pero ante la insistencia de ella se detuvo un instante, la miró y dijo:

-¡Fuera de aquí!

No la ofendió la brusquedad del soldado. Solamente sintió la negativa que envolvía. Por eso se estremeció un instante. Pero no alcanzó a tener miedo. Avanzó más bien hacia donde se hallaba el centinela. Y repitió su pregunta:

-Tata, ¿sabes algo?...

El centinela no contestó. Se limitó a amenazarla con la culata del fusil, cuando ella intentó penetrar en el cuartel para saber algo de su hijo, del Juancito.

Una chola que pasaba, compadecida sin duda, se limitó a aconsejarla:

-Suyaricuy, espera.

Entonces ella se sentó al borde de la acera, donde llegaba ya el sol y esperó. La tierra, el sudor y las lágrimas, cruzando las arrugas de su rostro, habían trazado hondos surcos negros. Sus ojos menudos, gastados por los años, se hallaban enrojecidos como llagas. Una sombra pequeñita se proyectaba de su cuerpo acurrucado.

Transcurrieron dos, tres horas. En su vientre el hambre comenzó a dejarse sentir. Pero ella no hizo caso del hambre, como no había hecho caso del cansancio, ni de la dureza de la piedra donde se hallaba sentada. Siguió mirando hacia el cuartel, siguió esperando, como le habían aconsejado.

Entretanto, de su mente no se apartaba la misma obsesión: saber algo de su hijo, del Juancito, a quien unos cuantos soldados, el día anterior, habían arrastrado de su rancho para llevarlo al Chaco, a la guerra.

Esa era al menos la pobre explicación que habían alcanzado a darle los indios de otros ranchos. Más ella no alcanzaba a comprenderla. "Guirra, guirra", ¿qué era eso? Nunca había oído tal palabra y no podía, por tanto, penetrar en su significación. Además, para comprenderla habría tenido necesidad de pensar. Y ella, ¿acaso podía, acaso sabía pensar? Sólo sabía preparar la lagua y el mote en las mañanas; después, cuidar las ovejas, el burro, la yunta de bueyes; en la noche volver a preparar la lagua y el mote.

Su dolor no nacía, pues, de pensar, ni siquiera de recordar. Era un dolor animal, como el de la perra que, aun siendo perra, sufre cuando le arrancan sus hijos.

Del cuartel, hacia el mediodía, salieron unos oficiales y entraron otros. Todos parecían tener prisa y algunos hablaban animadamente. Esperanzada, ella intentó detenerlos al paso, repetir sus preguntas. En vano. Pasaban sin escucharla, sin comprender lo que decía. Por fin uno de ellos se detuvo al oírla:

-Es tarde- exclamó el oficial fastidiado, cortando la pregunta que ella comenzaba a hacerle-. Estamos muy atareados. Qhaya kutirimuy, vuelve mañana.

No satisfecha con eso, intentó acercarse a otro. Inútilmente. Ambuló todavía por los alrededores del cuartel. A la sombra de unos árboles, en la puerta del mercado, dos cholas vendían platos de ají, de lagua, de maíz tostado. A la vista de aquello, se encogieron sus entrañas apretadas por el hambre. Pero se limitó a comprar un poco de coca, para acullicar durante el regreso.

Al pasar nuevamente por la plaza central, el ojo grande del reloj marcaba las tres

de la tarde y la sombra de la torre se proyectaba ya sobre el atrio de la catedral. Más ella no miró en esa dirección. Miró hacia la calle de San Pedro, donde principiaba su camino. Luego, sus pies avanzaron con paso lento, cargando la misma pena que había traído.

Volvió al día siguiente como le habían dicho. Cinco leguas, veinticinco kilómetros había de su rancho a la ciudad; pero para ella no existía la distancia, como no existía el hambre, como no existía nada fuera de su dolor.

Encaminó los pasos hacia el cuartel, lo mismo que el día anterior. En la acera había sentadas otras indias, con los ojos enrojecidos de llorar, como ella. Se sentó en la acera también.

El centinela estaba en el mismo puesto que el día anterior. La calle había sido barrida más temprano; mirando por la boca ancha de la puerta, hacia adentro, aparecían unos soldados tomando el sol, junto a la pared del fondo.

Durante una hora no cambió el cuadro. Después, el centinela fue reemplazado por otro centinela. Ella, lo mismo que las demás indias, no se había movido de su puesto. Sólo sus ojos bailaban inquietos, rojos como llagas todavía. De vez en cuando se oía un suspiro, una tos. Pasaba un automóvil saltando sobre las piedras de la calle. En la esquina se perseguían varios perros lanudos, probablemente compañeros de las otras indias.

Llegaron unos oficiales. Tímidamente, se levantó ella. La siguieron las otras indias.

-Tata -dijo-, ¿sabes algo?

Pero no la miraron siquiera. Ni a las otras. Esas escenas se habían repetido hasta el cansancio, en el curso de más de dos años que duraba la guerra del Chaco, y nadie hacía caso de ellas. Era natural que lloraran las madres. ¡Peor era el destino de los hijos!

El sol había alcanzado a ocupar todo el ancho de la calle. Hacía calor en la acera sin sombra. Las indias se había ido dispersando una a una. Solamente quedaba ella. Esa soledad la llenó de inquietud. Comenzó a dudar. Tal vez no era allí donde debían informarle acerca de su hijo, del Juancito. Por algo las demás indias se habían ido. Vaciló todavía un instante; pero luego se decidió a ir a otra parte.

-¿A dónde?

He ahí una interrogación grande, llena de misterio para ella. Se detuvo. Siguió andando. Se detuvo nuevamente. Pasaban a su lado los transeúntes y era ella la que ahora no los miraba siquiera. Comenzaba a desfallecer.

Se sentó de nuevo en la acera y se pasó la mano por la frente, para enjugarse el sudor. De pronto, al levantar los ojos, descubrió un soldado, haciendo guardia, como aquel otro del cuartel. Estaba frente al edificio de la policía.

Al darse cuenta de ello, renació la esperanza de obtener noticias. Quién sabe era allí. Al fin y al cabo había soldados, como en el cuartel.

Cuando intentó entrar, el centinela no la detuvo, como en el otro cuartel. Se limitó a señalarle un cuartucho junto a la puerta, donde había varios hombres, fumando y charlando. Uno de ellos, el que estaba sentado al fondo, fue el primero en verla y se apresuró a gritar:

-Suyaricuy, espera.

Entonces ella se sentó en el umbral de la puerta. Y esperó nuevamente. Entretanto, los hombres siguieron charlando, como si ella no existiera.

Por fin salió uno. Después otro. Quedaron sólo tres, que hablaban en voz alta y reían constantemente. Una gran modorra la había invadido, sentada allí en el umbral de la puerta. Aquellas carcajadas, sin embargo, la despertaron a la realidad. Vio ya sólo tres hombres. Se puso de pie, avanzó unos cuantos pasos e intentó interrumpir la conversación.

-Tata...

El hombre que estaba sentado al fondo de la habitación le hizo una seña -una, dos veces- de que se callara. Como a pesar de eso ella insistiera, a los ojos oblicuos de aquél asomó la ira y en el color bronce de su rostro se acentuó el color verde.

-¡Déjanos en paz, india bruta!- masculló.

El hizo seña al guardia para que la echara a la calle, inmediatamente.

Renació entonces para ella la misma interrogación de antes, grande, llena de misterio:

-¿A dónde ir, a dónde?

Tercer día. Camino a la ciudad. Pasos inciertos. Un caserón blanco, con un patio enlosado y al centro un gran cuadrante. Oficinas. Papeles amontonados como torres. Y en todas partes la misma respuesta para ella:

-No es aquí.

Finalmente, en un segundo patio, pequeñito, inundado por la hierba, una oficina oscura, en cuya puerta había una larga fila de indias.

-Aquí es, mama- le dijo una de ellas.

Esperó varias horas; pero no alcanzó a llegarle su turno. Con el mediodía salió el hombre que trabajaba en la oficina y cerró la puerta con un candado. Cuando cruzaban el patiecito ella logró interponerse en su camino.

-Es tarde- dijo él, señalando al sol, cuyos rayos caían verticalmente-, Qhaya kutirimuy, vuelve mañana.

De nuevo diez leguas murieron con el tercer día; cinco del rancho a la ciudad; cinco de la ciudad al rancho.

De aquella oficina la mandaron a otra, en la Municipalidad, y por último a otra, situada en un edificio anexo a la Prefectura. Allí esperó como en el cuartel, como en la policía, como en el patio pequeñito e inundado por la hierba.

Espero...

Llegaron otras indias, con los ojos llorosos, al igual que ella. Y algunas lograron entrar en la oficina, por suerte o por desgracia, porque de la oficina salieron llorando.

Guaguay guañusca, mi hijo había muerto -oyó que decían-.

Entonces a ella le dio miedo. Y no se atrevió ya a insistir para entrar. Prefirió quedarse en la puerta, como de costumbre. Mirar. Callar.

Un día encontró cerradas las puertas de la oficina. Buscó en todas direcciones para saber la causa. Pero al final, como estaba acostumbrada a esperar, esperó también. Y hacia el mediodía -era domingo- las puertas cerradas bastaron para decirle lo que le habían dicho tantas veces los empleados de la oficina.

-Qhaya kutirimuy, vuelve mañana.

Entretanto, fue pasando el tiempo: diez, cincuenta, quién sabe cuántos días.

En la oficina los empleados buscaron o fingieron buscar el nombre que ella les decía. Recorrían unos papeles largos, conversando o silbando. Y acabaron moviendo la cabeza negativamente, mientras le ordenaban a ella que no se acercara tanto: mitad por pena, mitad por asco.

Tuvo así que volver a la puerta, pero conservando intacta su esperanza; acrecentada más bien por aquellos pasos que había dado hacia adentro.

Posteriormente, para los otros –para los blancos, para los cholos- llegaron grandes noticias. Había terminado la guerra. Comenzaba la desmovilización. Final de una larga pesadilla. Alegría en los corazones.

Mas para ella todo siguió igual. Ni siquiera se enteró de esas noticias. Desde que se llevaron a su hijo, al Juancito, no hablaba con nadie. Además, aún cuando le hubieran avisado, habría sido inútil, porque ¿acaso sabía ella dónde, ni cómo, ni qué cosa era la guerra?

Los empleados de la oficina, a su vez, habían acabado por acostumbrarse a la presencia de ella, humilde, silenciosa, acurrucada en la puerta como un animal inofensivo.

Cierto día, sin embargo, dos empleados que compulsaban una lista muy larga –nombre de muertos, de prisioneros, de heridos- interrumpieron de pronto su tarea. Comenzaron a discutir en voz alta. Y luego llamaron.

-¿Cuál es el nombre de tu hijo?- preguntó uno de ellos.

-Juancito, tata.

-¿Juancito, qué?

-Juancito Quespi, tata.

Los empleados volvieron a mirar en las listas, ávidamente.

-Ha muerto- dijo uno de ellos.

-No ha muerto- replicó el otro.

Los cuatro ojos se clavaron una vez más en las listas: O... P... Q... Quespi... Quespi... Quespi...

-Hay tantos Quespi entre los indios- volvió a decir el primero-, que resulta imposible distinguirlos. Son como las hormigas.

Y se encogió de hombros. El otro hizo lo mismo. Después, frente a la duda hundida como una cruz en ella, la propia duda de los dos les hizo decir, casi al mismo tiempo, lo de siempre:

-Qhaya kutirimuy, vuelve mañana...

Cuentos paraguayos

LA EXCAVACIÓN

Augusto Roa Bastos

El primer desprendimiento de tierra se produjo a unos tres metros, a sus espaldas. No le pareció al principio nada alarmante. Sería solamente una veta blanda del terreno de arriba. Las tinieblas apenas se pusieron un poco más densas en el angosto agujero por el que únicamente arrastrándose sobre el vientre un hombre podía avanzar o retroceder. No debía detenerse ahora. Siguió avanzando con el plato de hojalata que le servía de perforador. La creciente humedad que iba impregnando la tosca dura, lo alentaba. La barranca ya no estaría lejos; a lo sumo, unos cuatro cinco metros, lo que representaba unos veinticinco días más de trabajo hasta el boquete liberador sobre el río.

Alternándose en turnos seguidos de cuatro horas, seis presos hacían avanzar la excavación veinte centímetros diariamente. Hubieran podido avanzar más rápido, pero la capacidad de trabajo estaba limitada por la posibilidad de desalojar la tierra en el tacho de desperdicios sin que fuera notada. Se habían abstenido de orinar en la lata que entraba y salía dos veces al día. Lo hacían en los rincones de la celda húmeda y agrietada, con lo que si bien aumentaban el hedor siniestro de la reclusión, ganaban también unos cuantos centímetros más de “bodega” para el contrabando de la tierra excavada.

La guerra civil había concluido seis meses atrás. La perforación del túnel duraba cuatro. Entretanto, habían fallecido por diferentes causas, no del todo apacibles, diecisiete de los ochenta y nueve presos políticos que se hallaban amontonados en una inhóspita celda, antro, retrete, ergástulo pestilente, donde en tiempos de calma no habían entrado nunca más de ocho o diez presos comunes.

De los diecisiete presos que habían tenido la estúpida ocurrencia de morir, a nueve se habían llevado distintas enfermedades contraídas antes o después de la prisión; a cuatro, los apremios urgentes de la cámara de tortura; a dos, la rauda ventosa de la tisis galopante. Otros dos se habían suicidado abriéndose las venas, uno con la púa de la hebilla del cinto; el otro, con el plato cuyo borde afiló en la pared, y que ahora servía de herramienta para la apertura del túnel.

Esta estadística era la que regía la vida de esos desgraciados. Sus esperanzas y desalientos. Su congoja callosa, pero aún sensitiva. Su sed, el hambre, los dolores, el hedor, su odio encendido en la sangre, en los ojos, como esas mariposas de aceite que a pocos metros de ahí –tal vez solamente a un centenar- brillaban en la Catedral delante de las imágenes.

La única respiración venía por el agujero aún ciego, aún nonato, que iba creciendo como un hijo en el vientre de esos hombres ansiosos. Por allí venía el olor puro de la libertad, un soplo fresco y brillante entre los excrementos. Y allí se tocaba, en una especie de inminencia trabajada por el vértigo, todo lo que estaba más allá de ese boquete negro.

Eso era lo que sentían los presos cuando escarbaban la tosca con el plato de hoja-

lata, en la noche angosta del túnel.

Un nuevo desprendimiento le enterró esta vez las piernas hasta los riñones. Quiso moverse, encoger las extremidades atrapadas, pero no pudo. De golpe tuvo exacta conciencia de lo que sucedía, mientras el dolor crecía con sordas puntadas en la carne, en los huesos de las piernas enterradas. No había sido una simple veta reblandecida. Probablemente todo un cimientó se estaba sumiendo en la falla provocada por el desprendimiento.

No le quedaba más recurso que cavar hacia delante. Cavar con todas las fuerzas, sin respiro; cavar con el plato, con las uñas, hasta donde pudiese. Quizás no eran cinco metros los que faltaban; quizás no eran veinticinco días de zapa los que aún lo separaban del boquete salvador en la barranca del río. Quizás eran menos; sólo unos cuantos centímetros, unos minutos más de arañosos profundos. Se convirtió en un topo frenético. Sintió cada vez más húmeda la tierra. A medida que le iba faltando el aire, se sentía más animado. Su esperanza crecía con su asfixia. Un poco de barro tibio entre los dedos, le hizo prorrumpir en un grito casi feliz. Pero estaba tan absorto en su emoción, la desesperante tiniebla del túnel lo envolvía de tal modo, que no podía darse cuenta de que no era la proximidad del río, de que no eran sus filtraciones las que hacían ese lodo tibio, sino su propia sangre brotando debajo de las uñas y en las yemas heridas por la tosca. Ella, la tierra densa e impenetrable, era ahora la que, en el epílogo del duelo mortal comenzado hacía mucho tiempo, lo gastaba a él sin fatiga y lo empezaba a comer aun vivo y caliente. De pronto, pareció alejarse un poco. Manoteó en el vacío. Era él quien se estaba quedando atrás en el aire como piedra que empezaba a estrangularlo. Procuró avanzar, pero sus piernas ya irremediablemente formaban parte del bloque que se había desmoronado sobre ellas. Ya ni las sentía. Sólo sentía la asfixia. Se estaba ahogando en un río sólido y oscuro. Dejó de moverse, de pugnar inútilmente. La tortura se iba transformando en una inexplicable delicia. Empezó a recordar.

Recordó aquella otra mina subterránea en la Guerra del Chaco, hacía mucho tiempo. Un tiempo que ahora se le antojaba fabuloso. Lo recordaba, sin embargo, claramente, con todos los detalles.



En el frente de Gondra, la guerra se había estancado. Hacía seis meses que paraguayos y bolivianos, empotrados frente a frente en sus inexpugnables posiciones, cambiaban obstinados tiroteos o insultos. No había más de cincuenta metros entre unos y otros.

En las pausas de ciertas noches que el melancólico olvido había hecho de pronto atrozmente memorables, en lugar de metralla canjeaban música y canciones de sus respectivas tierras.

El altiplano entero, pétreo y desolado, bajaba arrastrando por la quejumbre de las cuecas; toda una raza hecha de cobre y castigo, desde su plataforma cósmica bajaba hasta el polvo voraz de las trincheras. Y hasta allí bajaban desde los grandes ríos, desde los grandes bosques paraguayos, desde el corazón de su gente también absurda y cruelmente perseguida, las polcas y guaranías, juntándose, hermanándose con aquel otro aliento melodioso que subía desde la muerte. Y así sucedía porque era preciso que gente americana siguiese muriendo, matándose, para que ciertas cosas se expresaran correctamente en términos de estadística y mercado, de trueques y expoliaciones correctas, con cifras y números exactos, en boletines de la rapiña internacional.

Fue en una de esas pausas en que en unión de otros catorce voluntarios, Perucho Rodi, estudiante de ingeniería, buen hijo, hermano excelente, hermoso y suave moreno de ojos verdes, había empezado a cavar ese túnel que debía salir detrás de las posiciones bolivianas con un boquete que en el momento señalado entraría en erupción como el cráter de un volcán.

En dieciocho días los ochenta metros de la gruesa perforación subterránea quedaron cubiertos. Y el volcán entró en erupción con lava sólida de metralla, de granadas, de proyectiles de todos los calibres, hasta arrasar las posiciones enemigas.

Recordó en la noche azul, sin luna, el extraño silencio que había precedido a la masacre y también el que lo había seguido, cuando ya todo estaba terminado. Dos silencios idénticos, sepulcrales, latientes. Entre los dos, sólo la posición de los astros había producido la mutación de una breve secuencia. Todo estaba igual. Salvo los restos de esa espantosa carnicería que a lo sumo había añadido



un nuevo detalle apenas perceptible a la decoración del paisaje nocturno. Recordó, un segundo antes del ataque, la visión de los enemigos sumidos en el tranquilo sueño del que no despertarían. Recordó haber elegido a sus víctimas, abarcándolas con el girar aún silencioso de su ametralladora. Sobre todo, a una de ellas: un soldado que se retorció en el remolino de una pesadilla. Tal vez soñaba en ese momento en un túnel idéntico pero inverso al que les estaba acercando el exterminio. En un pensamiento suficientemente extenso y flexible, esas distinciones en realidad carecían de importancia. Era despreciable la circunstancia de que uno fuese el exterminador y otro la víctima inminente. Pero en ese momento todavía no podía saberlo.

Sólo recordó que había vaciado íntegramente su ametralladora. Recordó que cuando la automática se le había finalmente recalentado y atascado, la abandonó y siguió entonces arrojando granadas de mano hasta que sus dos brazos se le durmieron a los costados. Lo más extraño de todo era que, mientras sucedían estas cosas, le habían atravesado recuerdos de otros hechos, reales y ficticios, que aparentemente no tenían entre sí ninguna conexión y acentuaban, en cambio, la sensación de sueño en que él mismo flotaba. Pensó, por ejemplo, en el escapulario carmesí de su madre (real); en el inmenso panambí de bronce de la tumba del poeta Ortiz Guerrero (ficticio); en su hermanita María Isabel, recién recibida de maestra (real). Estos parpadeos incoherentes de su imaginación duraron todo el tiempo. Recordó haber regresado con ellos chapoteando en un vasto y espeso estero de sangre.

Aquel túnel del Chaco y este túnel que él mismo había sugerido cavar en el suelo de la cárcel, que él personalmente había empezado a cavar y que, por último, sólo a él le había servido de trampa mortal; este túnel y aquél eran el mismo túnel; un único agujero recto y negro con un boquete de entrada pero no de salida. Un agujero negro y recto que a pesar de su rectitud, le había rodeado desde que nació como un círculo subterráneo, irrevocable y fatal. Un túnel que tenía ahora para él cuarenta años, pero que en realidad era mucho más viejo, realmente inmemorial.

Aquella noche azul del Chaco, poblada de estruendos y cadáveres, había mentido una salida. Pero sólo había sido un sueño; menos que un sueño: la decoración fantástica de un sueño futuro en medio del humor de la batalla.

Con el último aliento, Perucho Rodi la volvía a soñar; es decir, a vivir. Sólo ahora aquel sueño lejano era real. Y ahora sí que avistaba el boquete engeueador, el perfecto redondel de la salida.

Soñó (recordó) que volvía a salir por aquel cráter en erupción hacia la noche azulada, metálica, fragorosa. Volvió a sentir la ametralladora ardiente y convulsa en sus manos. Soñó (recordó) que volvía a descarga ráfagas tras ráfagas y que volvía a arrojar granada tras granada. Soló (recordó) la cara de cada una de sus víctimas. Las vio nítidamente. Eran ochenta y nueve en total. Al franquear el límite secreto, las reconoció en un brusco resplandor y se estremeció: esas ochenta y nueve caras vivas y terribles de sus víctimas eran (y seguirían siéndolo en un flogonazo fotográfico infinito) las de sus compañeros de prisión. Incluso los diecisiete muertos, a los cuales se había agregado uno más. Se soñó entre esos

muertos. Soñó que soñaba en el túnel. Se vio retorcerse en una pesadilla, soñaba que cavaba, que luchaba, que mataba. Recordó nítidamente al soldado enemigo a quien había abatido con su ametralladora mientras se retorció en una pesadilla. Soñó que aquel soldado enemigo lo abatía ahora a él con su ametralladora, tan exactamente parecido a él mismo, que se hubiera dicho que era su hermano mellizo.

El sueño de Perucho Rodi quedó sepultado en esa grieta como un diamante negro que iba a alumbrar aún otra noche.

La frustrada evasión fue descubierta; el boquete de entrada en el piso de la celda. El hecho inspiró a los guardianes.

Los presos de la celda 4 (llamada valle-i), menos el evadido Perucho Rodi, a la noche siguiente encontraron inexplicablemente descorrido el cerrojo. Sondaron con sus ojos la noche siniestra del patio. Encontraron que inexplicablemente los pasillos y corredores estaban desiertos. Avanzaron. No enfrentaron en la sombra, la sombra de ningún centinela. Inexplicablemente el caserón circular parecía desierto. La puerta trasera que daba a una callejuela clausurada, estaba inexplicablemente entreabierta. La empujaron, salieron. Al salir, con el primer soplo fresco, los abatió en masa sobre las piedras el fuego cruzado de las ametralladoras que las oscuras troneras del panóptico escupieron sobre ellos durante algunos segundos.

Al día siguiente, la ciudad se enteró solamente de que unos cuantos presos habían sido liquidados en el momento en que pretendían evadirse por el túnel. El comunicado pudo mentir con la verdad. Existía un testimonio irrefutable: el túnel. Los periodistas fueron invitados a examinarlo. Quedaron satisfechos al ver el boquete de entrada en la celda. La evidencia anulaba algunos detalles insignificantes: la inexistente salida que nadie pidió ver, las manchas de sangre aún frescas en la callejuela abandonada.

Poco después el agujero fue cegado con piedras, y la celda 4 (Valle-i) volvió a quedar abarrotada.





EL HOMBRE DEL INFIERNO

Hugo Rodríguez-Alcalá

*Lo vidi certo, de ancor par ch'io 'l veggia,
Un busto senza capo andar...
Inferno, XXVIII, 118-119.*

Desde el balcón del apartamento de Arturo Escalada contemplamos el río Hudson. Seis pisos abajo comienzan a encenderse las luces del Riverside Drive. -A menudo me asomo a este balcón, y siempre a esta hora -me dice Arturo-. Al atardecer el Hudson es toda una parábola. Al destroyer que ves pasar en este instante, aguas arriba, puede suceder un barco de carga de Holanda o del Japón, aguas abajo. Todos los barcos, Martín, se construyen para que naveguen; no todos para que surquen el Hudson.

Esto y otras cosas suelo pensar. Vivo ahora a un kilómetro de ese río que ya me es más familiar que ningún otro; nací en un vaporcito que navegaba el Paraná hace cincuenta años. Al Paraná apenas lo vi una vez, ya hombre, cuando me alejé para siempre de aquella tierra.

Arturo se queda absorto mirando al destroyer. El perfil gris se recorta nítidamente contra el crepúsculo. Un minuto después desaparece la proa, primero y, poco a poco, todo el buque detrás de la fronda que, hacia la derecha, oculta el panorama del Hudson.

-El barco desaparece...- murmura Arturo.

Yo, que hace veinte años que lo vi por última vez antes de este encuentro casual de hoy en Maniatan, lo observo en silencio. Recuerdo no haberle entendido nunca bien, ni cuando éramos condiscípulos en un colegio destartalado, ni en los días del Regimiento. Y menos ahora, que está avejentado y sombrío y que me

habla del destroyer y de no sé qué parábola. Arturo continúa abstraído un largo minuto. Yo vuelvo los ojos hacia su escritorio que se va haciendo oscuro; veo, sobre su mesa, un busto de Dante; en los anaqueles, centenares de libros que no he leído nunca y unas litografías de figuras atroces en cuyos vidrios se despiden el crepúsculo. Son de Doré y hay más de seis, de gran tamaño, según noté al entrar una hora antes.

-Antonio Marino, ¿te acordás de él? -inquire Arturo de pronto.

-Claro -respondo-. Murió en 1934 ó 35.

-Todo eso que ves allí dentro -me dice- tiene que ver con él: a él le debo la idea...

-¿Qué idea, Arturo?

-La de buscar una explicación, la de aclararme ciertas cosas...

Y entonces Arturo comienza a hablar con animación creciente. Apenas puedo verle la cara y en la cara los ojos cansados en que de vez en cuando se refleja una luz fugaz venida desde abajo. Ha caído la noche y ya no se ve el río. Con voz adiestrada en años de cátedra y, a veces, como si se dirigiera a todo un auditorio y no sólo a mí, en este alto balcón en que llegan incesantes los rumores del Drive, me dice:

Desde el momento en que Antonio Marino llegó a nuestro regimiento noté que, más que un hombre raro, era un hombre enigma. ¿Qué hacía él en el ejército del Paraguay peleando en una guerra que no le iba ni le venía? Era imposible son-sacarle nada. Al poco tiempo de conocerlo sospeché primero y tuve la convicción después, de que ni siquiera su apellido era verdadero. Su porte era realmente extraordinario; no me refiero a su estatura, a su complexión atlética sino a todo el aire que envolvía su persona. Vestido con el sucio uniforme de campaña que no lo lavaba nunca porque no teníamos agua, en Marino había una elegancia ingénita que a algunos irritaba y a otros imponía sujeción. El advertía esto y trataba de ser lo más llano posible para que todos se sintieran a gusto en su



rededor. Pero a veces se descuidaba, sobre todo si hablando, el tema lo enardecía. A su lado, entonces, nos era patente la distancia enorme que no se separaba de él en todas las cosas, en mundo, en señorío, en saber. Sus esfuerzos para neutralizar el efecto de aquella abrumadora personalidad, rara vez fallaba. ¡De qué compradora campechanería sabía valerse para salvar aquella distancia y cómo se las arreglaba para conseguir, allá, en aquel desierto, lo que nadie tenía y repartirlo luego entre los amigos como la cosa más natural del mundo!

En lo que se mostraba irreductible hasta la insolencia, cuando se lo presionaba, cuando menudeaban los jarros de caña, era en guardar el misterio de su origen y de su verdadera identidad. Porque ni el más ingenuo tardó en advertir que el Tano Marino, como lo llamábamos no estando él presente, no se llamaba Marino, ni era astrónomo, ni arquitecto, ni pintor, ni médico, ni todas las muchas otras cosas que parecía ser con igual competencia y plenitud. Su misma edad resultaba para nosotros en enigma. A veces aparentaba menos de treinta años; mejor dicho, esa era la edad, que normalmente aparentaba. Pero había noches y aún días enteros en que tenía la apariencia de un viejo; un viejo distinguido y triste, hercúleo y cansando al mismo tiempo.

Todos lo respetábamos, pero ninguno como yo. Vos mismo, que murmurabas acerca de esa rareza, nunca te atrevías a decirle nada personal cuando estaba presente. Ni siquiera atinabas a tutearlo aunque él sí te tuteaba y hasta te tomaba muy finamente el pelo...

Conmigo él era un poco menos reservado. De noche, cuando los de nuestro grupo se acostaban, Marino prefería quedarse dos o más horas junto al fuego, mateando. La gustaba el mate. ¿Recordás? Decía que nada mejor había en América que el mate. Yo volví tarde una noche después de un largo patrullaje. Lo encontré cebándose el mate; su ordenanza dormía como un tronco en el suelo. Aunque estaba yo cansado, me senté frente a Marino. Hablamos mucho tiempo.

-Yo creía que eras español cuando te conocí -le dije- por tu manera de hablar.

-Pasé casi toda mi niñez en España -contestó- pero nací en Italia cerca de la frontera con Suiza.

Quedé estupefacto con la insólita revelación. Tuve que hacer un esfuerzo para disimularle mi asombro. Fue el comienzo de nuestra amistad porque esto hubo desde aquella noche entre nosotros: amistad. La confianza estableció una especie de complicidad entre nosotros. Por un momento, pareció inquietarle el impensado cambio de nuestra relación. Le hablé entonces del patrullaje, de los prisioneros capturados, de lo terrible que había sido, en plena selva, el duelo con una ametralladora enemiga. Y él se escuchó con profundo, con genuino interés y quiso saber todos los detalles de mi aventura.

Aquella fue la primera de una serie de largas charlas nocturnas. Apenas te ibas vos y se iban los otros -Segur, Guzmán, Peralta- él cambiaba de tono y monologaba. Yo apenas lo interrumpía de vez en cuando para hacer una pregunta o pedir aclaración de algo difícil. Nunca nadie me enseñó tanto. Tenía él necesidad de sacar de sí una increíble cantidad de cosas que sabía y en que pensaba sin descanso. Si por casualidad me atrevía a insinuar que me contara cómo tenía aquellos conocimientos, se sonreía y contestaba con evasivas. No llegué nunca

a enterarme qué estudios especializados había cursado. Hablaba de todo menos de sí mismo y me resigné a aceptarlo como era. Renuncié a mi curiosidad. Llegué a conocer muchas de sus obsesiones. Fue un discípulo tan obstinado en aprender lo que él me iba enseñando como él obstinado en callar lo que callaba. Sus charlas solían dejarme insomne, con una lucidez que duraba a veces hasta el amanecer. A solas, meditaba sus palabras, reconstruía conversaciones enteras. Llegué al fin a descubrir al goque le apasionaba, que era su obsesión fija, su preocupación máxima, trascendiendo todo interés literario o científico: lo preocupaba el infierno.

Fue así:

Un atardecer marchábamos por una picada polvorienta como ninguna; había un gran silencio. A ambos lados de la picada, el bosque inextricable. La luz del poniente tenía no sé qué de amanecer. Eso precisamente recordaba ayer de tardecita, Martín, mirando el crepúsculo sobre las arboledas del Hudson.

Iban delante unos soldados; detrás el resto del batallón. No se oían las pisadas sobre el polvo espeso: sólo el rumor metálico de las armas y de las cantimploras moviéndose al ritmo de la marcha. Marino a mi lado fruncía el entrecejo mirando la luz que, declinando, parecía, como te dije, estar alzándose desde el poniente.

De pronto vimos dos animales de andar elástico y ojos fosforescentes salir del monte sobre la picada. En el acto, tres de los soldados que iban delante les hicieron fuego. Los animales desaparecieron ilesos, creo yo, aunque les tiraron a quemarropa o a quemapiel. La noche cayó en ese instante mismo sobre el eco de los disparos.

Marino se había detenido alzando los brazos; los que venían detrás también se detuvieron: yo había quedado inmovilizado en el sitio desde donde había visto salir las dos sombras elásticas, en el ademán de disparar mi automática. La rapidez del incidente apenas me dio tiempo de sacarla de la pistolera y amartillarla; él, ajeno al lugar y al momento, recitó con una voz magnífica que eno le conocía, algo de que apenas pude entonces entender unas palabras. La emoción de esas palabras, de todas las que dijo, me llegó hasta lo más hondo. Hoy, desde hace ya muchos años, las sé de memoria:

Questi pareo, che contra me venesse

Con la testa alta, e con rabiosa fame,

Si che pareo che l'aer en temesse...

Aquella noche, cuando hicimos alto y se sirvió el rancho, Marino, sentado sobre un cajón vacío de proyectiles y con un jarro humeante de cocido en la mano derecha, me habló del León y de la Loba en el camino de la selva oscura.

Vos viniste a sentarte con nosotros; te aburría la teología, me dijiste en guaraní, y te mandaste a mudar al poco rato. Te olvidaste de la cantimplora en que tenías la caña; nosotros la vaciamos en unas horas. El habló con insuperable hermosura de palabras; yo le escuché hasta quedarme dormido junto al fuego apagado. Al amanecer me despertaron los rumores del rancho; un infinito sonar de cucharas sobre las duras galletas redondas que se partían secamente al impacto del estaño.

Al reanudar la marcha, le dije a Marino que quería aprenderme todo el Infierno de memoria. El no respondió nada ni ese ni los días siguientes cuando volvía



insistir sobre mi propósito. Pero cuando acampamos en Algodonal y nuestras ordenanzas levantaron la carpa grande, él se acostó en su catre y, a la luz de la Petromax que brillaba colgando junto a su cabecera, me dijo:

-¿Ves este librito? No estoy autorizado a regalártelo como quisiera; lo estudiaremos todos los días si todavía te interesa saberlo de memoria. Yo te voy a enseñar un método infalible y, en pocas semanas, no tendrás dificultad en repetir lo que aquí está escrito, aunque tengas ojos vendados...

No me resultó tan eficaz el método como él predijo. Pero lo asombroso fue que muy pronto el lenguaje de aquel libro me pareció familiar. Tenía la oscura convicción de que lo había hablado antes, como en otra vida de la que no me quedara ningún recuerdo preciso aunque de cuya realidad me era difícil dudar. No sé si fueron las fiebres de aquel tiempo las que me hicieron creer aquello. Lo cierto es que a menudo, cuando Marino leía un terceto que yo aún no conocía, me oyó anticiparle palabras o versos enteros. Él se me quedaba mirando fijamente. Yo, tendido en mi catre, convaleciente de mis fiebres, le decía entonces: -Puedo recordar más, pero primero tengo que oír la mitad de un canto...

Terminamos -mejor dicho, terminé- de aprender bien todo el vocabulario del Infierno antes de la última ofensiva de aquella campaña. Pero no sabía bien de memoria todos los cantos, especialmente los del final del Infierno.

Nuestro batallón recibió orden de ocupar una posición que el enemigo había abandonado en el sector del Norte. Nos pusimos en marcha a media tarde. Nuestro Comandante tenía instrucciones de detenerse hasta llegar al paraje que debíamos fortificar.

Durante las primeras horas de marcha Marino y yo conversamos mucho. Yo tenía la imaginación llena de los grabados atroces de su librito, la edición más hermosa que he visto nunca. Recuerdo que al caer la tarde, la luz declinante transfiguraba el paisaje adusto de montes ralos, de enormes cactus y de cañadones sembrados de cadáveres desecados. Los aviones enemigos habían bombardeado durante semanas aquellos cañadones y caminos. Todavía los cuervos se posaban sobre los uniformados esqueletos buscando alguna piltrafa entre los huesos. Marino señalaba los árboles desnudos que se erguían a uno y otro lado de la picada y los comparaba con imágenes del librito. Se exaltaba al divisar los cráteres abiertos por las bombas rodeados de cactus erguidos aquí y allí como cruces vegetales que al crecer perdían su forma hasta parecer hombres verdes cubiertos de espinas. Yo podía seguirlo en sus alucinaciones porque ya comprendía la alusión menos obvia.

-Mañana es Domingo de Ramos- le dije al verlo callado un largo rato-. Es la fecha en que prometí darte una sorpresa.

-¿Qué sorpresa?- interrogó.

-Recitarte completamente de memoria, el Canto XXVIII.

-¿Por qué el Canto XXVIII? ¿No hay cualquier otro mejor que éste? Me asombró la violencia con que me respondió.

Yo estaba orgulloso de saberme los cuarenta y siete tercetos de ese canto. Tuve para aprenderlo una facilidad sorprendente. Memorice también las copiosas notas que explican y aclaran sus pasajes más oscuros.

Cómo es posible que no recuerdes de qué trata, te diré algo sobre este terrible canto. En el círculo noveno penan los que siembran disturbios civiles y querellas religiosas; los réprobos allí están atrozmente mutilados. Allí purga su culpa Beltrán de Born, el Trovador de Gascuña que intrigó contra Enrique II de Inglaterra. Al hijo de ese rey Beltrán incitó a destronar a su padre.

Dante, en el Canto XXVIII, hacia el final, ve la sombra del trovador, Beltrán de Born lleva en una mano su propia cabeza sosteniéndola de los cabellos. El réproba avanza hacia el puente desde donde lo contempla el poeta. La cabeza, dice éste, cuelga como una linterna. Cuando llega el trovador al puente, alza el brazo para acercar lo más posible su voz hacia Dante y le pregunta si ha visto castigo igual en el infierno y luego se identifica: Yo soy Beltrán de Born; yo me interpose entre el Rey Enrique y el príncipe su hijo:

"Hijo y padre entre sí torné crueles..."

Te contaba, Martín, que Marino hubiera preferido otro canto y que me contestó destempladamente. Pero yo no le hice caso y allí mismo, mientras marchábamos, tomé mi cantimplora por la correa como si fuese la cabeza de Beltrán y acercándosela a la cara, le recité, en el original, que es mucho mejor que la versión que te doy:

*Cuando del puente al pie llegó terrible,
Paró, y el brazo alzó con la cabeza
Para acercar su voz lo más posible,
Y dijo: ¡Oh, tú, que vivo, la crudeza
De las penas van viendo de los muertos,
Mira si alguna ves de más fiereza!
Vedi se alcuna é grande come questa!*

Marino, entonces me arrancó la cantimplora de la mano y la arrojó furioso contra un cacto.

Anochece cuando llegamos a nuestro destino. Era un paraje sin árboles ni arbustos en ninguna parte. Había, sí, cráteres de bombas de avión sobre y a los bordes del camino.

Nos tendimos en tierra, exhaustos. Yo me hundí en el sueño como si cayera cabeza abajo por un precipicio, hacia el centro de la tierra. Todos nos dormimos así, como si nos hubiéramos muerto, los centinelas inclusive. Fue aquella noche la víspera del Domingo de Ramos.

Nos despertó una explosión atroz. Temblaba la tierra como en un terremoto. A esta explosión siguió otra más cercana. Y luego otra más. Entonces comprendimos que había aviones en el cielo y que tenían muchas bombas para nosotros. El aire estaba lleno de polvo y no sé de dónde venía una niebla inmensa. Yo recordé uno de los cráteres vistos la noche anterior, a pocos metros de donde había dormido. Y fui hacia él y me tiré de cabeza porque el zumbido de una bomba me urgíó a protegerme sin parar mientes en el golpe. Caí sobre el fondo del cráter en el momento mismo en que una explosión como de diez rayos abría otro cráter aún más grande, cerca. Y fue la última explosión. Miré hacia arriba y no se veía el cielo ni siquiera el sol. Esa niebla de que te hablaba nos cubría todo el desierto paraje. Los aviones revolaban más lejos; sus motores apenas se oían.

Lo que se oía, sí, ahora, era un grito ronco y duro. Creí que era de un solo hom-

bre pero era de muchos. Aunque magullado por el golpe de la caída dentro del cráter, pude salir fuera, al polvo y a la niebla.

Y fue cuando vi, y todavía sigo viendo, un hombre sin cabeza que avanzaba a largos trancos. Avanzaba entre la niebla con los brazos extendidos en cruz. El muñón del cuello le sangraba a borbotones. Pasó el hombre—era alto aunque iba sin cabeza— y sus botas hacían crujir la tierra dura del camino. Pasó a unos metros de mí y desapareció entre la niebla.

Hice enterrar a Marino en el mismo lugar en que descubrimos su cuerpo decapitado. No le encontramos nunca la cabeza. En el bolsillo izquierdo de su guerrera estaba, casi limpio de sangre, el ejemplar de la Divina Comedia, que todavía conservo. Es éste...

La niebla que nos escondió de los aviones, fue un milagro, dijeron los soldados, del Domingo de Ramos. Hoy me tenés aquí, estudiando siempre el libro de Marino en muchas ediciones y comentarios. Y trato de enseñar lo que ese libro dice, a los que no han de saber nunca en esta tierra, lo que es ver pasar, en el Infierno, un busto senza capo, un hombre sin cabeza, amigo mío, entre la niebla...



EL ABOGADO

Vicente Lamas

El simple fuego de hostigamiento de que hablaban los comunicados bélicos fue aquel día realmente espantoso. El pequeño abrigo que ocupábamos los hombres

del 2º pelotón en el extremo de aquel áspero aromita, resistió por un verdadero milagro el furioso huracán de fuego y acero. Tres horas interminables el suelo tembló bajo mi cuerpo pegado a la tierra reseca y maloliente y durante tres horas cruzó sobre nuestras cabezas el alarido brutal de las granadas y el escalofriante chirrido de las ráfagas de muerte, entre el trueno incesante de las explosiones.

Cubierto de tierra y bañado en sudor frío y pegajoso, permanecí encogido y corno presa de una embriaguez extraña. El estómago se me encogió como en un puño; mi boca reseca y amarga era un ascua viva; lágrimas corrían de mis ojos escaldados y me acometieron náuseas cortadas como sollozos. Era el pánico de las trincheras, ese temor sin control ni freno que es miedo físico y espanto psicológico que muerde el corazón, tiembla en la mandíbula y rompe los nervicos como cuerdas demasiado tensas. El supremo esfuerzo de voluntad que venía haciendo para sobreponerme a aquella crisis comenzaba a flaquear, cuando, a todo correr, un hombre llegó hasta el abrigo que yo ocupaba y se tendió a mi lado. Una extraña sensación de bienestar y tranquilidad se apoderó de mi espíritu al contacto de aquel hombrecillo, a pesar de las malas noticias que me traía. Idéntico fenómeno había ya experimentado en otras ocasiones como ésta y hasta sentí la sensación física de serena tranquilidad que distendía mis pobres nervios maltrechos.

Era el cabo Martínez, mi ayudante, un indiecito esquelético y desdentado, quien con palabras entrecortadas por la fatiga me daba parte de la situación de nuestro sector, que viniera de recorrer impávido entre una granizada de proyectiles; tres muertos y siete heridos, la provisión de agua totalmente agotada y, lo que era más grave, nuestro contacto con la retaguardia cortado a raíz de la rotura del hilo telefónico y la obstrucción de la zanja de comunicación ocasionada por la explosión de un obús enemigo.

Entretanto, el fuego había cesado por completo para ser proseguido a los pocos segundos; pero no ya en el frente de nuestras posiciones sino en nuestro flanco izquierdo. Varias ráfagas de ametralladoras disparadas desde dicha dirección nos obligaron a buscar amparo a todo escape en la trinchera. Como movido por un resorte, el cabo Martínez se puso en pie de un salto y cargando trabajosamente su fusil ametralladora y varios cargadores, emplazó el arma en un sitio totalmente descubierto, pues los escasos arbustos habían sido ya arrasados por las balas. Dile voces desesperadas para que desistiera de aquel propósito suicida, pero pareció no escuchar mis gritos e imprecaciones.

Y se produjo lo estupendo. Varios minutos cargados de tensión duró aquel duelo temerario de un solo hombre contra las fuerzas enemigas que accionaban por el flanco, ya que los cuatro soldados que habían acudido para apoyar a mi ayudante habían quedado fuera de combate a los pocos segundos. Un grito de triunfo que atronó los aires y ondeó a lo largo de toda la línea como una bandera victoriosa, me anunció el rechazo del ataque enemigo.

Rodeado por un grupo de soldados sudorosos que le palmoteaban las espaldas, el cabo Martínez se acercaba. Una sonrisa irónica desnudaba sus dientes podridos y sus encías piorreicas.

He desobedecido sus órdenes, mi teniente; pero los "bolis" dispararon como



“apereases”.

El valor temerario de aquel hombre y esa especie de sobrenatural poder de sugestión que emanaba de su ruda personalidad de campesino me imponían, a la par que respeto, admiración y temor supersticioso. Nada le dije por su heroica y suicida imprudencia y, maquinalmente, estreché su diestra callosa en un fuerte apretón de manos que los soldados subrayaron con vítores y aclamaciones.

Sin que me hubiese dado cuenta, la avalancha apocalíptica había pasado. Una calma chicha, un silencio de muerte y de angustia reinaba en todo el frente con una pesadez precursora de tormenta.

El número de heridos que no podían ser evacuados al puesto sanitario más cercano por la circunstancia apuntada, se había elevado a doce. No obstante la ventaja obtenida, nuestra situación se tornaba cada vez más crítica por la imposibilidad en que nos hallábamos de recibir socorro y la inminencia de un nuevo asalto enemigo que esta vez ya nos sorprendería sin municiones casi y extenuados por la sed, el hambre y la fatiga.

Mis soldados, rotos, sucios y enflaquecidos, semejaban espectros y no hombres. Extenuados y semienloquecidos por la sed tremenda y alucinante del Chaco, permanecían tendidos o sentados, indiferentes y trágicos como estatuas del destino. Nuestra perdición era segura si antes de la noche no llegaban el ansiado relevo y el agua. Cada minuto que transcurría nos acercaba más y más al desenlace. Impuesto de la extrema gravedad de la situación y ahogando todo resto de escrúpulo, ordené que dos hombres trataran de llegar, en cualquier forma, hasta la retaguardia en busca de socorro.

Los vi partir con pena y remordimiento. Se alejaron, primero a gatas y luego reptando.

Tac... tac... tac. Las ametralladoras enemigas que dominaban nuestra retaguardia habían descubierto a nuestros exploradores. Oí distintamente u grito de angustia y unos ayes que lentamente se acercaban a la trinchera: era uno de los patrulleros que volvía con una bala en el estómago. Su compañero había quedado fulminado por una ráfaga que le destrozó el cráneo, y por algunos minutos siguió siendo blanco de los disparos enemigos.

Sólo su ayudante Martínez —me decía el sargento con un tono de convicción profunda— puede ir a traernos el agua y la ayuda. Es el único que pude cruzar entre el fuego porque las balas le respetan y no pueden herirle.

—“Iyabogado mbareté” —siguió diciendo en su gráfico guaraní el viejo sargento. —¡Su “payé” es poderoso”.

Esto, que en otro ambiente y en otra circunstancia hubiera hecho sonreír a mi incredulidad, me pareció lo más natural y lógico. Todo resto de mi antiguo escepticismo había desaparecido en aquel ambiente de muerte, de dolor y de sangre. Pero sería un crimen, me dije, y no obstante, llamé a Martínez para confiarle la arriesgada misión.

Un silbido monstruoso seguido de una explosión infernal nos cubrió de tierra y la violenta conmoción me arrojó contra el parapeto de la zanja. La granada de mortero había estallado a unos diez metros de distancia, precisamente en el sitio donde segundos antes viera a mi enjuto ayudante entregado por entero a una con-

cienzuda labor de higienización personal, a base de una ofensiva general contra los piojos, voraces rotarios de las trincheras.

Desvanecida la nube de polvo y humo levantada por la explosión, mis ojos dilatados por el estupor, observaron la magra silueta del cabo, siempre encogida y en la misma actitud anterior, abstraído por entero en su meticulosa tarea. Cuando llegué a su lado volvió la cabeza y me miró con sus ojillos cargados de malicia. No podía dar crédito al testimonio que me ofrecía este extraño suceso:

La tierra rabiosamente revuelta, los arbustos tronchados por la brutal explosión, astillas y hierros retorcidos. Y en medio de ese caos, impasible y sonriente como un Buda, el hombrecillo aquel que no parecía haberse percatado de lo ocurrido.

—Es el “abogado”, mi teniente, aunque Ud. No lo crea, sólo que esta vez perdí la liviana y me lastimé este pie. Y extendiendo la pierna izquierda me enseñó, tumefacto e hinchado hasta reventar casi, un pie negro y deforme.

En rápida reflexión híceme cuenta de este nuevo inconveniente. Martínez ya no se hallaba en condiciones de cumplir la misión salvadora que pensara encomendarle.

Entretanto, la noche, que significaba para nosotros la perdición, la muerte tal vez, se acercaba rápida ominosa e inexorable.

—Yo iré en busca del relevo— me dijo uno de los soldados que aún conservaba un resto de vigor en su cuerpo enflaquecido— Iré y volveré si mi cabo Martínez me presta su “abogado”.

Este, que nos observaba en silencio, quedó como sobrecogido por intensa angustia. En sus ojos, empequeñecidos por un doloroso esfuerzo mental, brilló el relámpago de una determinación extrema y de un solo tirón desprendióse la blusa rotosa y extrajo con una mano temblorosa de entre el matorral de cerda que le cubría el pecho, un pequeño objeto. Era el famoso talismán que lo hacía impune y que tenía oculto debajo de la piel en una especie de ojal o nicho vivo abierto en la carne.

—Para mí ya ha perdido con esto su virtud, puesto que jamás debí sacarlo de su lugar y mucho menos enseñarlo a nadie —me decía con voz débil y cansada, a tiempo que alargaba con la diestra el extraño objeto. Toda arrogancia había desaparecido de su figura como un súbito desmoronamiento de su personalidad. Un dejo de tristeza y miedo temblaba en la voz de aquel valiente y toda su persona pareció encogerse en una insignificancia humilde y resignada. Martínez ya no sonreía y en sus facciones endurecidas se reflejaba la tragedia de aquel sacrificio para él supremo.

Con cierto temor supersticioso tomé en mis manos un objeto duro, cuya naturaleza no pude apreciar en las medias tintas del crepúsculo, y una especie de conmoción eléctrica pareció sacudirme a su contacto.

—Son los nervios— me dije, a tiempo que entregaba el amuleto al soldado que se había brindado para acudir en busca de socorro.

No había tiempo que perder, pues el esperado ataque enemigo se insinuaba ya con un infernal fuego de fusilería y ametralladora. A pesar de la fe que tenía depositada en los poderes sobrenaturales del “abogado”, di por muerto al abnegado voluntario que había partido a la carrera entre una lluvia de proyectiles que

le asediaban como avispas rabiosas.

Bruscamente, sin transacción casi, cayó la noche como un telón gigantesco y cuando ya abandonábamos toda esperanza, llegaron a la línea las tropas del relevo por la zanja de comunicación que había sido excavada de nuevo.

Mientras la tropa fresca se encargaba de contener y de repelerlo luego, mis soldados y yo entre ellos, nos abalanzamos como bestias sobre el tanque de agua que había traído rodando por la zanja; luego asaltamos, frenéticos, las bolsas de galleta y carne conservada.

Restablecida la calma y también nuestras fuerzas, el soldado que había ido en busca de socorro y regresado sano y salvo con el relevo, me significó la conveniencia de devolver al cabo Martínez su "abogado". Llegamos hasta el sólido nido de troncos de quebracho donde éste se había refugiado, tembloroso de miedo, cuando se inició el ataque boliviano. Martínez se hallaba de pie, rígido como un poste y parecía mirarnos con ojos de loco, desmesuradamente abiertos. Como no respondiese a mis preguntas, sacudile por los hombros y como un poste se desplomó cuan largo era en el fondo de la zanja.

Un hilo de sangre coagulada le brotaba del pecho. Y a la luz de mi linterna eléctrica pude observar que precisamente en el nicho del "abogado" presentaba un pequeño orificio negro abierto por un proyectil que se le había incrustado en el pecho, como si la muerte hubiese querido sustituir la ausencia del misterioso talismán de vida y condecorar su sacrificio oscuro en pro de la salvación de sus camaradas en peligro.

EL AVISO MISTERIOSO

Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez-Alcalá

¿Fue un sueño, o qué fue?

Despertó con nítida visión de las imágenes que acababan de moverse ante su retina y aún le parecía que los ecos de las palabras oídas vagaban por el estrecho ámbito de la carpa. Afuera todo era quietud. Las tropas descansaban. Una fina llovizna caía lentamente, como un desgano, cesando y volviendo a caer por momentos. De cuando en cuando, la luz de una linterna eléctrica proyectaba su acecho en la sombra densa y dilatada.

¿Fue un sueño?

Púsose a recapacitar, a reconstruir lo que acababa de pasar, a repetir las palabras. ¿Vio o no vio que la carpa se abría y que el padre Cardozo entraba y se llegaba junto a su catre de campaña? Si, él vio eso... Pareciera estar viéndolo todavía. Alzóse el trozo de lona que servía de puerta y el padre Cardozo entró. Tenía bien grabada en la visión la conocida silueta del sacerdote. Entró, detúvose un instante a contemplar la figura yacente en el catre y luego avanzó muy quedamente con paso extraño que parecía un oscilante andar en el espacio.

Parecía que el capellán estaba muy delgado, casi transparente y que había en

sus ojos y en la vaga expresión de sus labios y en sus movimientos todos un resplandor misterioso. Avanzó hasta quedar cerca del lecho. Una vez allí miró atentamente al que dormía; luego adelantó una mano y le dio unos golpecitos en el pecho para despertarlo:

-¡Mayor! ¡Mayor!

A pesar de lo profundo del sueño, el mayor despertó. ¿Despertó verdaderamente? Sí, estaba seguro de que había despertado. Después abrió los ojos y vio junto a su catre al padre Cardozo.

-¡Padre Cardozo!

Le llamó casi con un grito en su estupor. No le quedaba duda de que así había sido: sí, él había gritado el nombre del capellán, con sorpresa miedosa, sintiendo un estremecimiento en su cuerpo. Y el padre Cardozo, llevando un dedo a los labios, había pedido silencio. Y hablado así:

-Tranquílcese, mi mayor. Tengo prisa. Sólo he venido para darle un aviso importante. Levántese en seguida y corra a disponer su tropa.

El mayor oía asombrado. ¿Oía realmente? Se puso a recordar. Un día se le presentó un sacerdote joven, que vestía los arreos militares. Era el nuevo capellán de su unidad, el paí Cardozo. Lo estaba viendo en aquella dura ocasión en la que le tocara ponerse a prueba. Allí donde un gemir de herido indicaba que alguien reclamaba socorro, allí corría el joven sacerdote, bajo las balas, sin tasar el peligro, a cumplir con su piadoso deber. Su presencia era una promesa de consuelo en medio del combate. Depositario de los mensajes postreros de los que morían, por su intermedio llegaban a los hogares lejanos las palabras de recordación cariñosa con que los hijos y los padres sellaban para siempre sus labios junto a su pecho. Y cuando no se combatía, el paí Cardozo era un compañero más, siempre jovial y sereno, siempre atento a sembrar en el cultivo de la camaradería la buena semilla que en su evangélica sinceridad era como un dulce espontáneo brotar de su corazón. Un día el capellán no salió de su carpa. Súpose que ardía de fiebre. Hubo que evacuarlo y todos le vieron partir con una tristeza silenciosa y honda. Una infección contraída en ejercicio de su misterio acabó en pocos días con su vida.

Pero el mayor, tras evocar rápidamente estos recuerdos, volvió a oír la voz del capellán:

-Mi mayor, no hay tiempo que perder. Los bolivianos avanzan en este momento por un pieque oculto. ¡Pronto, pronto mi mayor..."

Crujió el catre de campaña sacudido por un movimiento brusco del que lo ocupaba, y éste se puso de pie de un brinco, calzose, cubriose con un poncho tomó sus armas y se precipitó fuera. Una orden resonó, con dilatado eco, en la quietud profunda de la noche. Hubo un activo ir y venir de hombres. Sonaron los teléfonos. La tropa, dormida un minuto antes, ocupó posiciones. Partieron estafetas y patrullas por todos los piques y se cernió una enorme ansiedad en todo el sector, comunicada de hombre a hombre a través del frenesí de los preparativos. Segundos después tronaban todas las armas y el espacio se incendiaba en la estremecida llamarada de los disparos.

Rechazado el ataque boliviano, todo volvió a la calma. El comentario de lo acon-

tecido corría ahora a lo largo de nuestras trincheras, con un eco milagroso que sumía en el asombro a los soldados. ¿Quién diera el aviso de aquel ataque nocturno no previsto? ¿Quién señalara el pique no conocido por donde se deslizaba cautelosamente la sorpresa? El mayor no sabía precisar, en la confusión de sus ideas, si efectivamente estaba despierto cuando le visitó el paí Cardozo; pero sí aseguraba que había oído claramente la voz del capellán:

-Mayor, mi mayor, no hay tiempo que perder. Los bolivianos avanzan en este momento por un pique oculto...

NOSTALGIA

José S. Villarejo

La estrecha senda, pique abierto en la frondosidad del monte inmenso, era burda rastrillada más que incipiente camino. Nexo entre dos retenes alejados de las trincheras, su patrullaje debía de ser continuo precaviendo posibles infiltraciones enemigas, y amparado la cercana ruta.

Una oscuridad impenetrable dificultaba la marcha. Troncos y raigones tendían a los mal cubiertos pies dolorosas celadas. El recorrido se hacía casi a tientas, con el avisado instinto racional del humano en peligro. Los ojos se cerraban a veces, cansados de su momentánea ceguera. Entonces el sueño, solícito, se complacía en acudir con su muelle embeleso. Adormilábanse cerebro y reflexiones, mientras flojeaban las caminantes piernas. Un golpazo y rápida lucidez.

Tenían por misión recorrer medio pique. Los del retén contiguo vigilaban la siguiente mitad. Mareaba, aburría y cansaba ese ir y volver, esperar y, de nuevo, avanzar y retroceder por turnos.

Patrullas de tres hombres. Las bolivianas siempre aparecían superiores a treinta plazas. Si se apartaba el dicho de la verdad, fuera la culpa sobre el ruso, cuyos labios lo habían apropiado aquella mañana. El ruso, ese rubio miope y tallado, constante trotador, con sus raros instrumentos, de las extensas posiciones... "Mi Mayor, ¿qué piensa usted de los militares bolivianos?... Mi Mayor, ¿nos atacarán en este frente?... Mi Mayor, ¿lograrán?, chiquilleaban los tenientes, circuyéndolo. Abrumándolo, hastiándolo. El, parsimonioso, humilde, con apocada voz, replicaba, rehuía. Y emitía de cuando en cuando científicas peroratas.

Tres hombres. Siempre así. ¿Para patrullar con tres en la lobreguez nocturna había venido él, acomodado terrateniente del extranjero?

Agriando la realidad, temía mortales acechanzas, encuentros desiguales, exterminadoras refriegas. Y su espíritu agotaba la embriaguez de una sorda protesta. Protesta contra todo y contra nadie. Protesta contra todos y contra nada. Gran sutileza sería achacarla a lo interminable del luctuoso conflicto. ¡Retenes, patrullas, ataques, asaltos! Saltos a la eternidad, al infierno! Curas a la buena de Dios, a la de Dios es grande... Caminatas, caminatas, caminatas. Noches sin dormir. ¿sin ropa...? Era demasiado. Era insoportable.

¿Qué estaban igual los otros, los de enfrente? La similitud de situaciones no le satisfacía. Mal de muchos, consuelo de tontos es de tontos consuelo. Aunque se hallasen peor, como se hallaban.

¿Qué tenía el Chaco la culpa? ¿Y quién la tenía de que el Chaco la tuviese?

Rebelde andaba el buen patriota, alistado un día como voluntario.

-“Pi... puuu” –moduló su grito un “tayazú-guira”. Su lúgubre grito, según las viejecitas mañaneras de todos los pagos. “Alguien muere” –murmuran al verlo pasar, al oír su batir de alas, o al percibir, medrosas, el agreste desahogo.

Las aguerrías y el recuerdo de las viejucas trajeron a su mente la nostalgia del nativo pueblecillo, con el umbrío “ycúa” donde conoció a la madre de Micaela. Fue en uno de los viajes que la añoranza preparó a su lejano morar. La anciana, junto a la fuente, y colmado el fragilísimo cántaro, pretendió llevárselo a la cabeza. Resbaló, empero, y fuele propicia la presencia del fornido mozallón.

-Es el barro, señor- musitó viéndolo abarajar el quebradizo recipiente.

Era el barro, sí, mas también era la tensa debilidad.

Fue con ella a su casa. Y vio una moza gracil y armónica, cómodamente repatingada en tosco sillón. Antes que aleve pensamiento turbarse su encanto, la vieja aclaró posibles reflexiones:

-Está enferma. Dice el médico que no pasa este año.

No pasó aquel año Micaela, la flor enfermiza que su amante corazón amarró para siempre a las ansias del cariño y a las del amargo recuerdo. Sus negros ojos, su boca chiquirritina, sus abundosos cabellos, su piel suave, perfumada, su penetrante mirar, renacían ahora envolviéndolo con dulce hálito. Quizá la muerta querida lo estuviese guiando, protegiendo, acariciando... hasta besando.

Aquella triste noche, aquella noche triste cantó el “tayazú-guira. Como ahora... Como ahora...

Suspiró hondamente, y su mano se crispó sobre la correa del fusil. Un ligerísimo soplo de aire acarició sus mejillas. Iba entrando en el medianero cañadón.

-“¿Maapa ndé?” -¿Quién es usted? –dijo alguien a media voz.

El singular ¡Quién vive! Usual recurso chaqueño, pasó desapercibido para el patrullero.

En el frente no se repiten los inquisitivos avisos. Inmediatamente, cercanos fogonazos retumbantes, y la lloradera de las balas persiguiéndolo, aventaron el ensimismamiento del meditabundo.

Entonces él replicó, y a gritos, con el santo y seña del momento:

-“¡Tupas y memby!” -¡Hijo de la Virgen!

A la vez, en el embrollo de la sorpresa, se preguntaba: ¿Dónde están mis hombres, de extraño silencio?

Atónito, pudo comprobar su absoluta desaparición. Quizá, perdido el contacto, habíanse rezagado. Acaso fuera un voluntario abandono, para tumbarse en cualquier rincón esperando su vuelta. Los hombres estaban muy cansados. Todos.

Varios bultos lo rodearon. Eran sus agresores: otra patrulla conterránea. El toparse y el reconocerse fueron casi simultáneos, merced a las vivaces antenas idiomáticas. Surgieron explicaciones, amargadas por el afán recriminatorio de los agrupados.

El otro, poco paciente, dejase llevar pronto por el cólera, y volviéndoles la

espalda, ganó rumbo a su base.

Atormentábanle turbadores pensamientos: “¿Dónde se habrán metido esos idiotas? ¿Y si se han perdido?” El teniente le preguntaría: “Cabo: ¿dónde están sus hombres?”.

¿Dónde estaban sus hombres?

Invasióle un creciente desaliento. Sufría hartazgo de enredos, y la suerte, con turbias trapisondas, se los acumulaba. Nada le beneficiaban penurias y esfuerzos por mantener su prestigio incólume; mil trabas confluían desde distintas encrucijadas para amustiárselo. El destino mostrábasele opuesto, poco afecta la Diosa Fortuna. Se sentó. Hiriéndole las espinas de unos “caraguatás”. Revolvióse sobre ellas, casi con voluptuosidad. Ansiaba un cilicio. Sentía hambre de sentimientos. Buscaba expiar su estupidez primigenia, flagelando el castigado cuerpo. Sin exagerar un ápice, habría agradecido la mortal picadura de cualquiera de las víboras que infestaban el lugar.

Unas notas conocidas atrajeron su atención. Era el “ynambú tataupá”, perdiz montés de grato sabor, solemne anunciadora de la entrante amanecida. ¡Cómo se descubría la proximidad de la aguada!

¡La aguada! La laguna de su campito. Recordó las frecuentes cacerías en los alrededores de su caso...

¡Qué bien se estaba en su casa! Olor a vacas, a bosta, a leche... Magnífica visión del cuidado sembradío... ¡El horno, retostando el casero pan!... Para tomar café con leche, café con leche y pan con manteca...

¿Cuándo podría volver a tomar un café con leche?... ¡Café con leche!

Sin darse cuenta, largó al misterio de la noche las cinco liebres de sus balas, mientras murmuraba con rabia, tratando de atravesar con su vista la opacidad nocturna: ¡En toda su perra vida, esos indios de mierda...!

Después, con feroz estridencia, arrojó al destino su grito de desafío, el nacional grito del campesino:

-¡Piiiiiiipu!

En la lejanía, el eco repitió blandamente:

-¡Piiiiiiipu!.

EL CAPITAN DE LAS SOMBRAS

Oswaldo González Real

*“... y, yo vi con horror
presa del vértigo
que le cosían los exangues labios.
Ante mis propios ojos
el corazón inmóvil le arrancaron...”
(H.R.A.)*

El capitán se incorporó lentamente del polvo y miró con atención a su alrededor. Se encontró en medio de una oscuridad crepuscular. Una atmósfera etérea de entresuelo lo rodeaba como un halo. En medio de esta penumbra fosforescente, acertó a distinguir algunas siluetas, como bultos grises, moviéndose en ese lugar sin tiempo ni fronteras. Eran hombres, aparentemente soldados, que se movían a cierta distancia, como esperando su presencia, su decidida aproximación. Fue entonces cuando se dio cuenta que estaba muerto.

El oficial, empuñando su negro Parabellum, había caído después de ser alcanzado por una ráfaga de ametralladora, mientras dirigía un asalto a las trincheras bolivianas. Sus hombres se aproximaron rápidamente para auxiliarlo, pero él pudo indicarles apenas, por señas, que siguieran avanzando, que debían concluir con éxito el ataque. Momentos después de conquistar la posición enemiga, los combatientes se acercaron para llevarlo al campamento. La pistola de 9 mm. todavía estaba apretada entre sus dedos rígidos. Un soldado se la quitó con delicadeza, y la puso en la gastada funda de cuero.

No se inmutó después de este sombrío descubrimiento, aunque un repentino escalofrío recorrió lo que habría sido su cuerpo. Se aproximó, con cautela, al grupo de hombres que parecían aguardarlo, y se sorprendió cuando descubrió que eran parte de su batallón, muertos en combate. Al acercarse, ellos formaron fila —como para una revista— y se pusieron firmes, con la mirada al frente. El fantasma recién llegado los saludó llevando instintivamente la mano a una intangible visera y comenzó a revistarlos, uno a uno.

Un sargento de rostro lívido dio un paso al frente y se identificó, con voz asordada: —Soy el sargento López. Caí en la batalla del Parapití y fui herido de una bala en la cabeza. Se acordará de mí, capitán, porque más de una vez peleé a su lado y usted me ayudó a vencer el miedo con su ejemplo...

Otra sombra —con la cara surcada por un tajo— salió de la formación, anunciando como en un susurro su jerarquía. “Soy el teniente Asunción Martínez, mi capitán, muerto hace un año en las riberas de este río, que nos separa del otro mundo. Fui atravesado por una bayoneta boliviana, cuando intentaba tomar un retén de avanzada. Agonicé durante un día entero, antes de entregar mi alma”. Y así, por turno riguroso, fueron presentándose —dando el parte reglamentario— los restos de este ejército espectral, eclipsado por la presencia del jefe que todavía recordaba y mantenía la disciplina de los vivos.

Después de reflexionar durante cierto tiempo, el recién llegado pensó que era el comandante de estas almas en pena y que, de alguna manera, era responsable de su suerte. El combate, por lo visto, continuaba al otro lado de la vida, como aquella eterna e inconclusa guerra entre el Bien y el Mal.

Pedro ¿dónde estaba el enemigo? ¿Estaban también formados sus batallones para reiniciar el combate en esta tierra baldía? ¿Se volvería a encontrar, cara a cara, con algunos famosos y valientes jefes bolivianos ya fallecidos? Estas y otras preguntas se hizo mientras miraba el desolado aspecto de la tropa cuyos ojos ardían con fuegos fatuos.

Se le ocurrió, de pronto, que todo esto no era sino un sueño del que no podía despertar, una pesadilla absurda. El delirio demencial de un cuerpo desencarnado: el suyo. Pero no, estaba allá, respirando un aire intemporal. Y estaba sintiendo cosas y hablando aunque sabía que a su cadáver le habían cosido la boca y le habían extraído el corazón para enviarlo a sus parientes como símbolo de su valor. Y además, la sed: ya no sentía su fatal acoso.

Después de comprobar que sus hombres se hallaban dispuestos a proseguir el combate interminable, en medio de las tinieblas, le vino a la mente la idea terrible, aquélla que habría de justificarle ante los vivos y los muertos; la de ganarse la propia muerte, obtener el respeto de la muerte, ser digno del silencio y el poder que ella otorga a sus fieles. Era sabido por todos que él había elegido, libremente, ir a la guerra, que había decidido arriesgar su vida ofreciéndose de voluntario para las misiones más peligrosas. Merced a una disciplina de hierro había logrado dominar —en forma absoluta— el miedo.

Creía, honestamente, que había hecho todo lo posible para merecer el respeto de los seres que ahora lo saludaban con marcialidad y que le reconocían como uno de los suyos, un alma que estaba allá, tan naturalmente, como si fuera un árbol, una roca, pero que, sin embargo, era un espíritu inmortal.

Comenzó a caminar en medio de la noche bajo la oscura penumbra de ese páramo infernal, seguido de cerca por sus soldados, en orden de batalla.

Se sentía como si estuviera vivo. ¿No lo estaba acaso, de alguna manera? Iría, como siempre, en busca del enemigo que, seguramente, le esperaba agazapado entre los espinos.

El capitán Pablo Lagerenza, héroe de Parapití, avanzó alegre y decidido por la picada. Se sentía satisfecho. Los hombres habían aceptado con naturalidad su mando, en este mundo y en el otro. En ambos su poderosa voluntad había sido acatada y se había ganado el respeto de sus subordinados y colegas por igual.

Desde que asumió el mando en el más allá, los pálidos fantasmas —las almas vagabundas— que merodeaban el lugar en esta guerra fratricida, estaban tranquilos, no molestaban ni aterrorizaban a los vivos con sus voces y susurros de difuntos. Habían sido domados y disciplinados bajo el poder de una voluntad superior. La fuerza de su espíritu se seguiría imponiendo, esta vez por toda la eternidad.

De pronto se escuchó una orden. Por entre los arbustos avanzó con paso silencioso el Capitán de las Sombras, seguido de su famélica hueste, rumbo a la batalla final. Un fortín chaqueño lleva su nombre....

SE FIRMO LA PAZ

EL ORDEN

FUNDADO EL 12 DE OCTUBRE DE 1903

El Tiempo Hoy

Fueron salvadas las dificultades surgidas anoche para la firma del acuerdo de paz Según las últimas informaciones el viernes deberán cesar las hostilidades en todo el "Chaco Boreal"

EN LA PAZ
LA PAZ, 11. — El gobierno realizó un acuerdo, considerando el protocolo, pero sin facilitar datos a la prensa.

IMPRESIONES EN GINEBRA
GINEBRA, 11. — No se ha recibido con satisfacción el acuerdo entre Paraguay y Bolivia para la terminación de la guerra.

CONSEJO DE MINISTROS
LA PAZ, 11. — El gobierno realizó dos horas de consejo de ministros. Al terminar este, se dió un comunicado por el que el gobierno de Bolivia acepta sin reserva el memoran duo firmado en Buenos Aires y autorizando al canciller Elio a suscribirlo.

EL REPRESENTANTE ARGENTINO
GINEBRA, 11. — El representante argentino señor Guinard, dió cuenta a la Liga del curso de las negociaciones de pacificación del Chaco.

SIN RESERVAS
LA PAZ, 11. — A las 10 y 30 horas de hoy, el gobierno dió a conocer que habiendo aceptado sin reserva de ninguna clase el protocolo de pacificación de Buenos Aires.

RESOLUCION FAVORABLE
BUENOS AIRES, 11. — A las 2 y 50 de esta tarde se supo en la cancillería boliviana la resolución del gobierno de La Paz con relación al cese de las hostilidades.

CASTO ROJAS
BUENOS AIRES, 11. — Inmediatamente de traducir el cable que contenía la respuesta boliviana, el ministro residente señor Casto Rojas se trasladó al 19 y 11 del ministro de relaciones de su país Sr. Elio.

EN LA CANCELLERIA
BUENOS AIRES, 11. — No bien el Sr. Elio recibió la respuesta favorable del gobierno de su país, se comunicó a la cancillería avisando en consecuencia al Sr. Guinard en la ciudad de La Paz la grata noticia.

NUEVAENTE EN LA CANCELLERIA
BUENOS AIRES, 11. — Una vez en conocimiento de la aprobación por el gobierno de Bolivia, a las 17 y minutos se reunieron en la cancillería el grupo mediador.

PARA LA NOCHE
BUENOS AIRES, 11. — Según noticias que ha trascendido, se ha fijado para esta noche la firma de armisticio entre Paraguay y Bolivia, con la asistencia del presidente de la república, el vice presidente, los ministros, el grupo mediador, los cancilleres de las partes acompañados de sus asesores y otras altas personalidades.

LOS CANCELLERES DE CHILE Y PERU
BUENOS AIRES, 11. — Se espera en esta capital la llegada de un momento a otro los cancilleres de Perú y Chile que vienen viajando juntos en avión con sus respectivos secretarios y asesores para participar en la conferencia de pacificación del Chaco.

EL DOCUMENTO DE PAZ
BUENOS AIRES, 11. — En este momento los plenipotenciarios de los beligerantes rubrican el documento de paz. Esta noche a las 22 horas, en acto solemne se procederá a la firma del tratado que pone fin a la guerra.

COMUNICADO PARAGUAYO
BUENOS AIRES, 11. — La delegación paraguaya dió un comunicado diciendo que Bolivia propuso un armisticio limitado en su respuesta aceptando las condiciones de paz, razón por la cual se hacía necesaria una consulta al gobierno de Asunción.

EL grupo mediador sigue reunido.
HOY SERA FIRMADO EL ACUERDO
BUENOS AIRES, 12. — Las dificultades surgidas anoche para la firma del protocolo de paz han sido salvadas. El acuerdo será firmado hoy al medio día.

EL VIERNES CESARA EL FUEGO EN EL CHACO
BUENOS AIRES, 12. — Hoy a las 12 será firmado el acuerdo de paz debiendo cesar el viernes las hostilidades en el Chaco.

LAS GESTIONES REALIZADAS AYER
BUENOS AIRES, 11. — También transcurrió ayer sin recibir la respuesta de Bolivia a la consulta que le fue hecha por el canciller a los efectos de proceder a la firma del protocolo correspondiente al acuerdo aceptado por R y A y Elio para la pacificación del Chaco.

En su edición vespertina del 12 de junio el diario "El Orden" de Asunción anunciaba la firma del acuerdo las campanas se echaron a fuego, las serenas de los barcos adhirieron al acontecimiento



Mariano Baptista Gumucio, con el Gral. Marzana, héroe de Boquerón, en su retiro de La Paz. 1975

Mariano Baptista Gumucio nació en Cochabamba. Como periodista viajó alrededor del mundo y por una década fue director del vespertino "Última Hora" donde fundó y dirigió la revista "Semana" y la Biblioteca Popular que editó cincuenta volúmenes de autores bolivianos. Es autor de libros de ensayos, pedagogía e historia. Ha ocupado tres veces la cartera de Educación y Cultura, en 1969, 1979 y 1989.

Es redactor y firmante del

Convenio "Andrés Bello" de Educación, Ciencia y Cultura de los países del área andina, en Bogotá, en 1979 y firmante también del Convenio modificatorio en Madrid en 1990, oportunidad en la que los demás ministros asistentes lo distinguieron con la medalla creada en esa reunión para honrar a las personalidades que se destacan en el campo de la integración cultural.

En 1976, la UNESCO le concedió el premio de alfabetización "Reza Pahlevi" por el programa que llevó a cabo en 1970. Ha sido distinguido también por la Organización de Estados Americanos en 1989 con el premio "Andrés Bello" de educación. Es miembro de la Academia Boliviana de la Lengua y de la Historia y de la Sociedad de Historia de Bolivia.

Actualmente desempeña el cargo de Director Gerente de Canal 7 y tiene bajo su responsabilidad tres programas culturales: "Identidad y Magia de Bolivia", "Voces en libertad" y "Conversatorio".



El autor sentado en los restos de un tanque boliviano, cerca de Boquerón, 1975

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2002
en **Comunicaciones el País**
Alto Auquisamaña, Colinas de Santa Rita
Telf-piloto: 277 14 15 • Fax: 277 09 08 • Casilla: 13100
La Paz - Bolivia